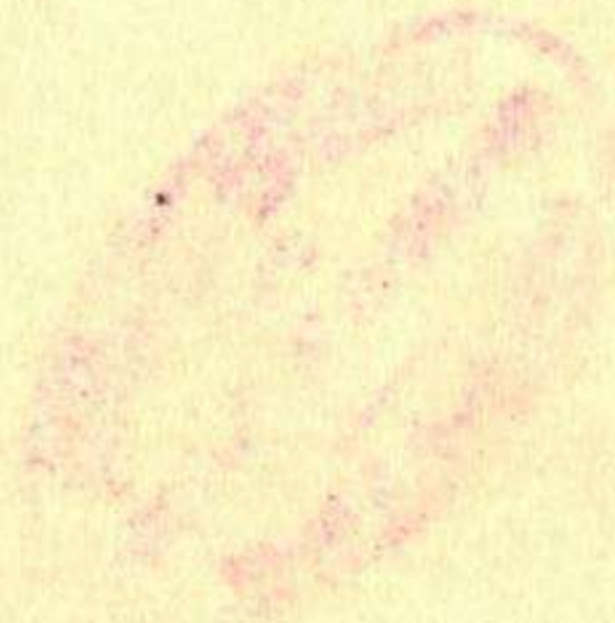


7056
C. de America





V/1/194

~~3346~~

LOS ANIMALES FAMILIARES



ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe. — Madrid, 1922



Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.



Perros de San Bernardo. Un monje les enseña a buscar a los viajeros perdidos.

LIBROS DE LA NATURALEZA

GH Natural
200(1)

LOS ANIMALES FAMILIARES

POR

ANGEL CABRERA

Profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales



CALPE

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN, PROVISIONES, 12. — MADRID

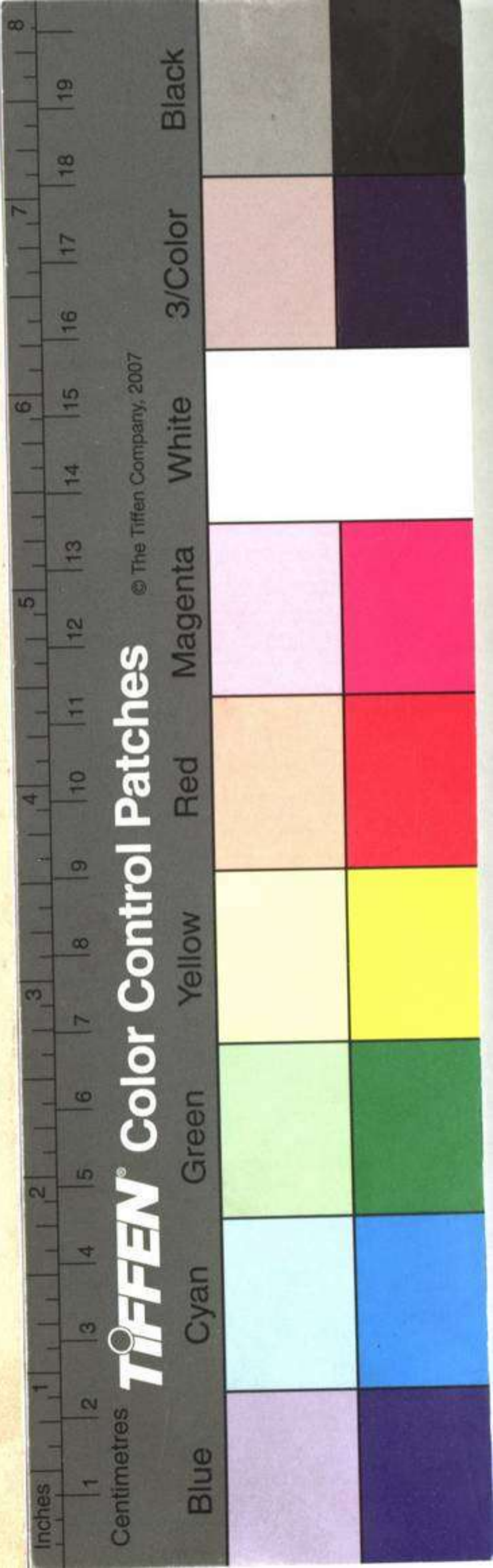
INDICE

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCIÓN.....	7
I.—Los amigos que nos comemos	9
II.—Las bestias de carga.....	21
III.—Los animales de silla.....	31
IV.—Los motores vivos.....	39
V.—Los auxiliares en la caza.....	51
VI.—La leche y sus productores.....	61
VII.—Los animales que nos visten.....	69
VIII.—Los huéspedes del corral.....	79
IX.—Las aves de adorno.....	89

INTRODUCCIÓN

Este es un librito de animales domésticos, escrito principalmente para los niños. No es un tratado de zootecnia, claro está; pero tampoco es uno de esos libros que parecen escritos con el único propósito de demostrar, mediante anécdotas más o menos verídicas, que el perro es fiel, el caballo noble y el gato egoísta. El objeto del autor ha sido dar a la gente joven una idea de tres cosas algo más trascendentales, a saber: del valor que los animales domésticos tienen para la humanidad, de su origen e historia, y de la influencia que el hombre tiene en su conservación y en su mejoramiento.

Este último punto es de una importancia inmensa. Yo no diré que la culpa de la decadencia de nuestras razas de caballos, de carneros o de perros la tengan las personas que educan a la infancia, no; pero estoy seguro de que, para que en un país prospere la ganadería, es preciso que los hombres sepan desde niños que los animales domésticos son obra del hombre, y que del hombre depende su mejora o su ruina. Las consecuencias de educar a la juventud en la idea de que estos animales han sido providencialmente dispuestos para su servicio pueden ser desastrosas, porque nos habituamos a dejarlo todo en manos de la Providencia y nos olvidamos de que los animales domésticos son productos artificiales, y que, por consiguiente, somos nosotros los que debemos perfeccionarlos.



Ya sé que este librito no resultará tan ameno como esos de anécdotas a que me he referido; pero si en él aprenden los chicos una o dos cosas, nada más, que puedan serle útiles el día de mañana, tendré derecho a creer que he hecho algo provechoso.

A. C.

I

LOS AMIGOS QUE NOS COMEMOS

ESTÁ plenamente demostrado, aunque debiera darnos cierta vergüenza confesarlo, que si la humanidad no comiera carne casi seguramente no existirían animales domésticos. El hombre no domesticó al noble caballo para tener un fiel compañero en la guerra, ni amansó al toro para que tirase del arado o de la carreta. Su único objeto al asociarlos a su vida fué tenerlos más a mano cuando necesitase matarlos para aprovechar su carne.

Los hombres primitivos eran unos terribles comedores de carne, y, por consiguiente, unos cazadores incansables, como lo son todavía los pueblos salvajes, que siguen viviendo como vivían los habitantes de Europa en los tiempos prehistóricos. En España hay una porción de cuevas en cuyas paredes pintaron aquellos hombres escenas de su vida; sus pinturas, aunque muy estropeadas por la acción de los siglos, se conservan todavía, y la mayor parte de ellas representan escenas de caza. En aquellos remotos tiempos vivían en Europa, además de los animales que viven todavía, otras muchas especies que ya han desaparecido, tales como el bisonte, el elefante y el caballo salvaje. Todas ellas las cazaba el hombre primitivo con sus toscas armas de piedra para aprovechar su carne, y al mismo tiempo emplear sus pieles y sus huesos en la fabricación de ves-

tiduras y de diversos utensilios. En las referidas cuevas y en sus inmediaciones se encuentran con frecuencia huesos de animales que, por el modo de estar rotos, revelan haberlo sido por la mano del hombre; los huesos largos aparecen rajados a lo largo, sin duda con el propósito de sacar el tuétano.

La caza, que cuando se practica por gusto resulta un pasatiempo muy agradable, deja de serlo en cuanto se convierte en una necesidad, y hay que cazar con ganas o sin ellas, con mal tiempo como con buen tiempo, porque de lo contrario se queda la familia sin comer. Por consiguiente, el primer hombre a quien se le ocurrió que, en vez de ir a buscar la caza al campo, era posible tener los animales en casa para matarlos cuando hiciera falta, resolvió un problema de los más trascendentales.

Probablemente, el descubrimiento se hizo como se hacen casi todos: por casualidad. Algún cazador afortunado mató con sus flechas una yegua salvaje o una oveja salvaje y pudo coger la cría viva sin ninguna dificultad. Esto ocurre ahora constantemente en Africa y en otras regiones donde viven pueblos salvajes que se dedican a la caza, los cuales venden con frecuencia a los viajeros blancos toda clase de animalitos jóvenes, que han capturado después de matar a sus madres: monitos, crías de antilopes, pequeños rinocerontes, y hasta cachorros de león y de pantera. De este modo se obtienen la mayor parte de los animales raros que vemos en los parques zoológicos. El cazador prehistórico que cogiera un animal joven lo mataría en cuanto llegase a una edad conveniente; pero al repetirse el caso una y otra vez, no tardarían aquellos hombres en hacerse cargo de que, criando los animales en cautividad, podían evitarse la molestia de ir a cazarlos.

Hoy día, en las naciones civilizadas, no es cosa corriente comer carne de caballo, que parecía ser el manjar predilecto de los pueblos prehistóricos, pero comemos la de muchos otros

animales que criamos principalmente con este objeto. Y el hombre no se ha contentado con domesticar los tales animales, sino que los ha mejorado, los ha perfeccionado, haciendo que den más carne, o carne de mejor calidad. Esto se consigue por medio de modificaciones en la alimentación, llevando los animales de unos países a otros, y por otros procedimientos que influyen profundamente en el organismo del animal. La Naturaleza hace lo mismo con las bestias salvajes: los leones del Norte de Africa, por ejemplo, son más grandes y tienen más melena que los del Africa central; el tigre de la Malasia es casi un pigmeo junto al gigantesco tigre de la Siberia, y el conejo de campo, originario del Sur de Europa, al ser llevado a la Europa central se ha hecho más grande y fornido. Es, pues, indudable que las condiciones del país en que vive un animal influyen en su tamaño, y del mismo modo influyen en sus formas y hasta en sus colores. El hombre ha aprovechado esta influencia para obtener diferentes razas de animales domésticos. Las razas destinadas principalmente a suministrarnos la carne llámanse «razas de cebo» o «de matadero».

El ganado vacuno es el más universalmente empleado para este fin. En España, cuando decimos «carne», a secas, se entiende que nos referimos a la de vaca; para los ingleses, el plato nacional es el *roastbeef*, el buey asado; en muchos países, como en la Argentina y en la parte accidental de los Estados Unidos, el ganado vacuno constituye una de las principales riquezas, y hay muchos pueblos salvajes o semisalvajes que basan su vida en esta clase de ganadería. En Marruecos, tribus enteras viven dedicadas principalmente a la cría de las pequeñas vacas del país, y el sacrificio de una ternera es en aquel país una ceremonia simbólica de la sumisión y el vasallaje. Los nandis, pueblo del Africa oriental inglesa, apenas comen otra cosa que carne de toro cruda, ni beben más que la sangre del mismo animal. En

Abisinia, en fin, es plato obligado en todos los banquetes el *brundo*, que es simplemente carna de vaca cruda, que se sirve en grandes trozos y que cada comensal va cortando con su sable al nivel de la boca a medida que tira de ella con los dientes.

Lo que comúnmente llamamos carne son los músculos, masas elásticas en forma de huso, compuestas de numerosas fibras paralelas, que envuelven el esqueleto del animal, fijándose sobre los huesos por sus extremos, que generalmente ofrecen el aspecto de una cuerda dura y blancuzca. A estas cuerdas es a lo que en términos vulgares llamamos nervios de la carne; mal llamado, porque su verdadero nombre es «tendones», y los nervios son una cosa completamente distinta. Los músculos son muy elásticos, y gracias a su elasticidad, al encogerse y estirarse hacen que se muevan los huesos, por lo cual se dice que los tales músculos son los órganos activos del movimiento. Cuando nosotros levantamos el brazo, cuando el gato saca las uñas o el perro mueve la cola, funcionan determinados músculos, y si estos músculos se cortasen, nuestro brazo iría siempre colgando, el gato quedaría indefenso y el perro llevaría la cola constantemente caída.

Los músculos no son lo único que nos comemos de las reses vacunas; también empleamos con el mismo fin los bofes o pulmones, la asadura o hígado, los sesos o cerebro, y hasta los callos, que son las tripas y el estómago; pero la carne, es decir, las masas musculares, es lo que más comúnmente se come y lo más sano, lo más comestible. Se comprenderá, por tanto, que lo que interesa en el ganado vacuno de matadero es que estas masas musculares estén muy desarrolladas y sean a la vez muy tiernas. Ambas cosas se consiguen mediante el empleo de ciertos pastos, de tales o cuales alimentos, combinado con una vida reposada y tranquila para el animal. Un buen criador de vacas

«para carne» debe tener conocimientos especiales, cuyo estudio forma parte de la *zootecnia*, que es la ciencia que se ocupa de la cría de los animales domésticos y de su mejoramiento, según el uso a que se los destine.

En España tenemos buen ganado de cebo, especialmente el de Galicia, que se distingue por su pelaje claro y sus cuernos muy levantados, a veces muy largos; pero debemos reconocer que en esto nos aventajan otras naciones. Los españoles preferimos dedi-

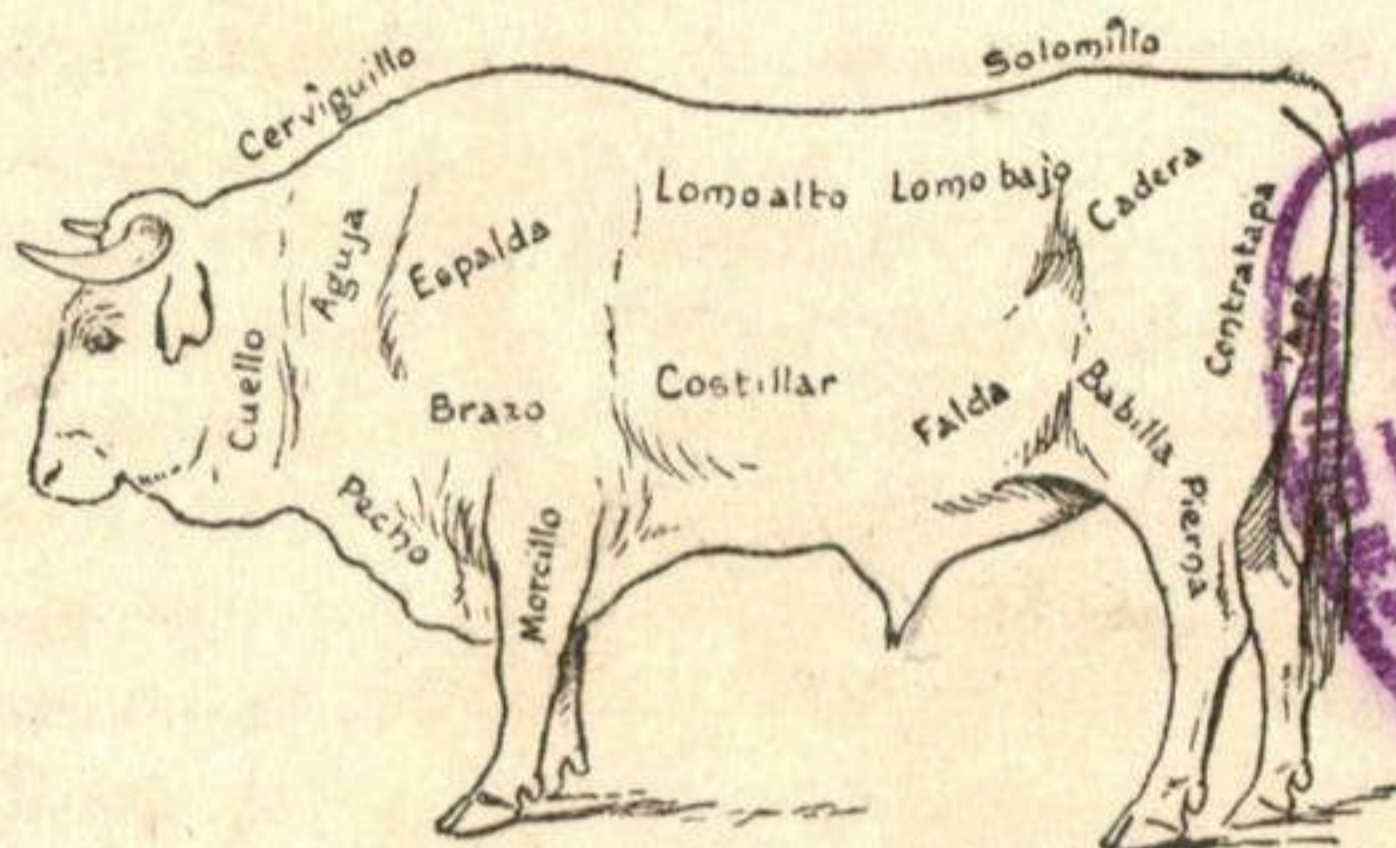


FIG. 1.ª—Distribución de la carne de buey, según sus regiones.

car nuestro ganado vacuno a las plazas de toros, y consagramos extensos terrenos a criar ganado bravo, para darnos luego el gusto de ver cómo se le excita, se le martiriza y se le mata en un recinto cerrado, donde todo el que entra se considera con derecho a vociferar, a blasfemar y a demostrar mala educación. En realidad, las corridas de toros no son más que un recuerdo de la caza del toro salvaje por el hombre primitivo; pero entre lo que era en la antigüedad una ocupación necesaria y la fiesta de hoy, hay la misma diferencia que entre una cacería de tigres en la India y el sangriento espectáculo que constituiría la entrada de unos hombres en la jaula de un tigre para matarlo a tiros.

Nuestros vecinos los franceses poseen excelentes razas vacunas de matadero, como la de Salers, la del Mèzenc y, sobre todo, la de Normandía, en la que no es raro encontrar bueyes

de dos toneladas de peso. En París, uno de los números obligados de las fiestas de Carnaval es la cabalgata del Buey Gordo, cuyo protagonista es un buey normando vivo, de tamaño lo más colosal posible. El Buey Gordo del año 1846 tenía cerca de dos metros y medio de alzada.

Pero quienes mejor han entendido eso de obtener reses productoras de carne son los ganaderos ingleses. La raza más famosa de Inglaterra es la de cuernos cortos. Un buey o una vaca de esta raza es un enorme cilindro de carne sobre cuatro patitas pequeñas, con una cabeza pequeña también y unos cuernos muy cortos. Las masas musculares adquieren un desarrollo enorme, y junto a la base de

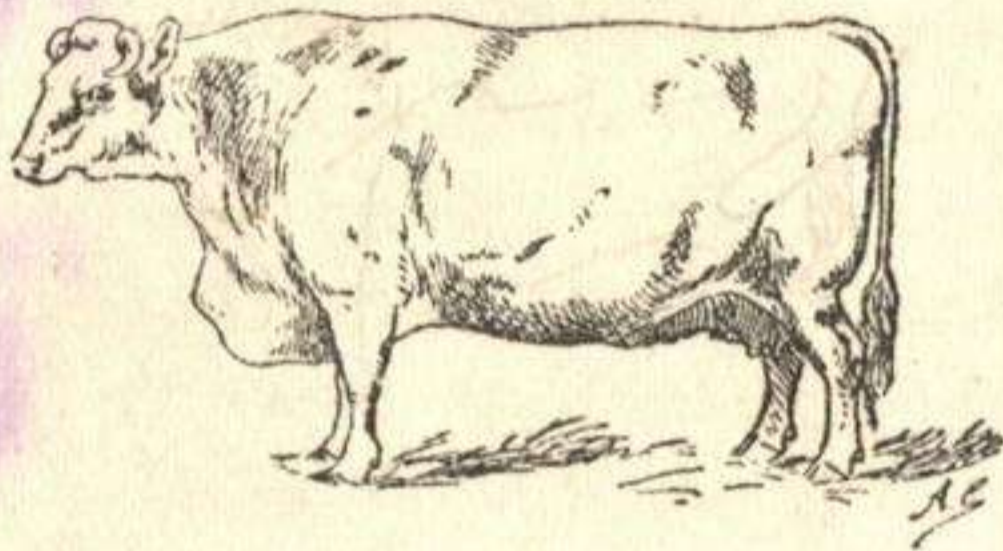


FIG. 2.^a—Vaca inglesa de matadero. Raza de cuernos cortos.

la cola hay debajo de la piel gran cantidad de grasa. Algunas de estas reses pesan hasta tres toneladas. Los criadores ingleses, muy celosos de la conservación de la raza, llevan un registro o «libro de orígenes», que así se le llama, donde se anota cada ternero que nace, con el nombre de sus padres y toda clase de particularidades. Cuando una res de cuernos cortos resulta descendiente de padres o abuelos que hayan sido famosos por su gordura o por cualquier otra circunstancia, puede decirse que no tiene precio; algunos toros se han vendido en cuarenta y dos mil duros.

Estos toros y vacas de cuernos cortos han sido llevados de Inglaterra a otros países para mejorar las razas que había en ellos. La República Argentina, por ejemplo, es un país donde se crían numerosos rebaños para aprovechar la carne, haciéndolos pastar en las grandes llanuras conocidas con el nombre

de pampas. En otro tiempo, todo el ganado que había allí procedía del que llevaron los colonizadores españoles; pero cuando la Argentina quiso llevar carne a otros países, se encontró con que este ganado era poco a propósito para el caso, y entonces los ganaderos de las pampas decidieron propagar allí la raza inglesa, pagando precios fabulosos por algunos buenos ejemplares. Más de una vez se han dado treinta y cinco mil duros por un solo toro. Hace unos veinte años, la Argentina enviaba ganado de matadero a diversos países; pero se observó que las reses transmitían a veces, de unos sitios a otros, terribles epidemias, y entonces lo que se hizo fué matar las reses en la misma pampa, helarlas artificialmente y transportar a Europa la carne helada, en barcos con grandes cámaras frigoríficas. Una gran parte de la carne que se come en Londres es carne helada de la América del Sur.

Después de la vaca, el carnero es el animal que más frecuentemente emplea el hombre para su alimentación, o, mejor dicho, el cordero, es decir, el carnero joven, porque cuando este animal empieza a hacerse viejo su carne toma el gusto del sebo, que no a todo el mundo agrada ni sienta bien a todos los estómagos. Sin embargo, el cordero es menos alimenticio que el carnero, y más difícil de digerir.

El carnero es para los hombres de ciencia un problema viviente. No se ha podido saber todavía de qué especie salvaje descende, ni dónde fué domesticado por primera vez. En muchas partes del mundo hay carneros monteses, pero todos ellos tienen la cola muy corta, y el carnero doméstico tiene una cola muy larga. Hay que advertir, sin embargo, que la domesticidad, en el transcurso de muchos siglos, puede modificar considerablemente las formas de los animales. En Persia y en el Africa del Sur hay carneros que no sólo tienen la cola enormemente larga, sino extraordinariamente gruesa, hasta tal punto, que para

que no les estorbe al andar, en algunos sitios acostumbran los pastores atársela sobre un carrito con dos ruedas, que el animal arrastra en pos de sí. Podéis imaginaros lo grotesco de un rebaño de ovejas pastando cada cual con su carrito, como de juguete, debajo de su cola. Os parecerá que sería mucho más sencillo cortarles la cola, como hacen nuestros pastores por motivos de limpieza; pero hay que tener presente que en esos carneros de cola gorda es precisamente la cola lo que más vale, porque casi todo el grueso se debe a una gran cantidad de grasa excelente.

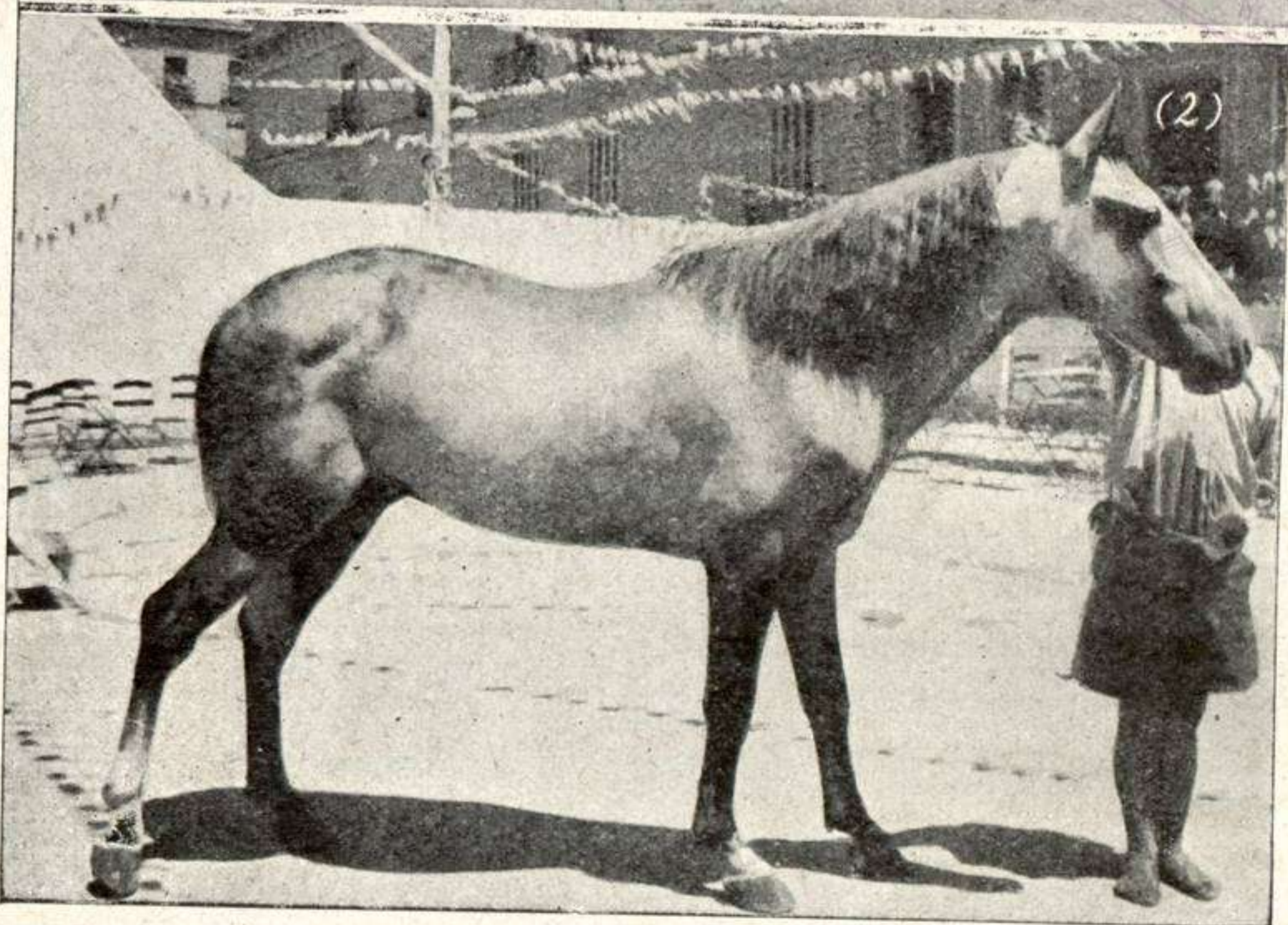
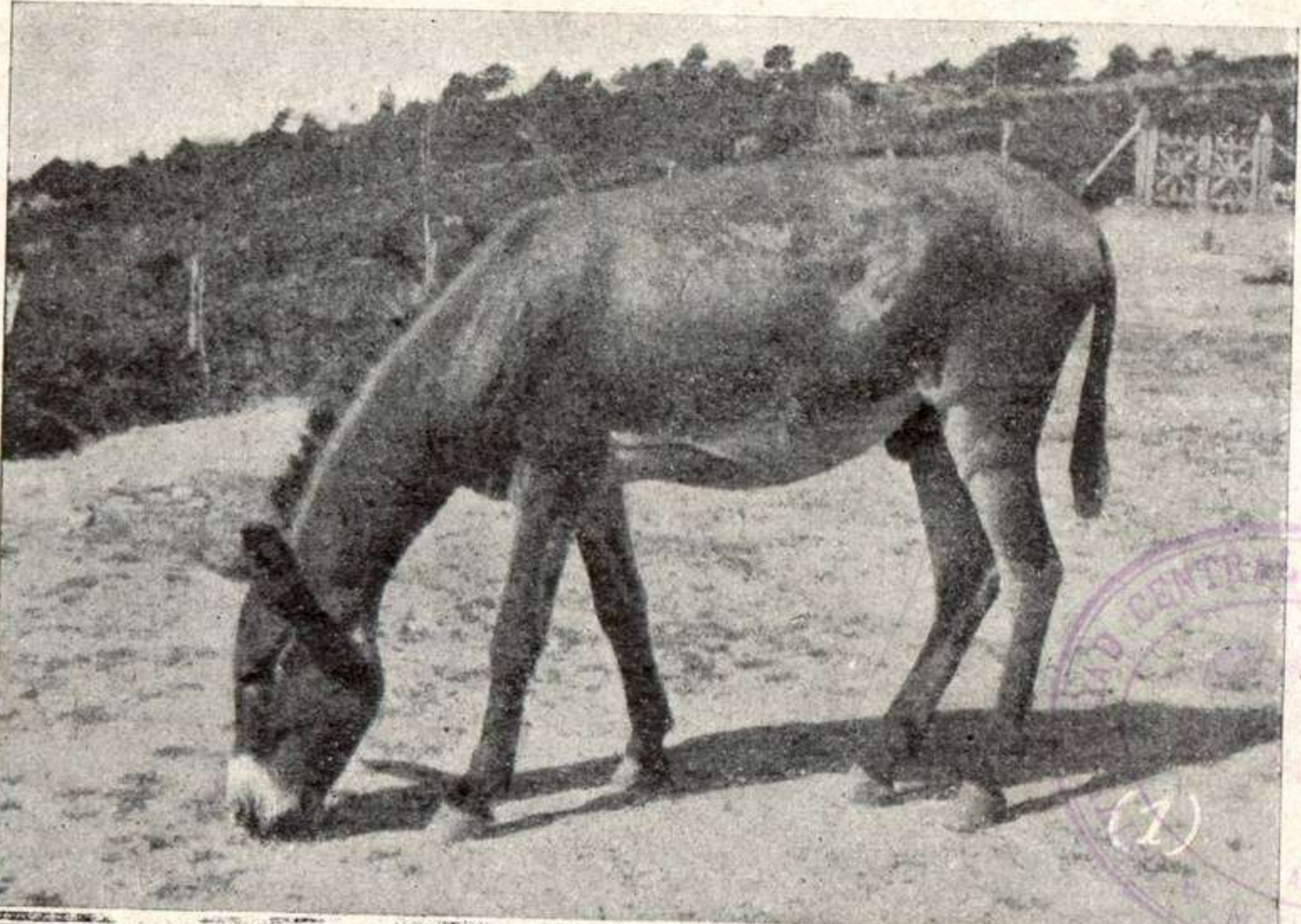


FIG. 3.^a—Carnero de cola gruesa, con el carrito para transportarla.

Otro curioso resultado de la domesticidad en el carnero es la gran variabilidad en el número de cuernos. Lo corriente es que el macho, o morueco, tenga dos cuernos, y la hembra ninguno; pero hay razas en que ambos sexos poseen cuernos, otras en que no los tiene tampoco el macho, y hay carneros que tienen tres o cuatro cuernos, y hasta con uno solo. En este último caso, lo que realmente ocurre es que los dos cuernos se reúnen en una sola asta, que se levanta en medio de la frente y se encorva hacia atrás de tal manera, que para que no se les clave en el cuello es preciso algunas veces



FIG. 4.^a—Carnero de un cuerno, del Nepal.



(1) El asno, animal de carga que domesticaron los pueblos del Nilo.—(2) El caballo, que tan útiles servicios presta al hombre.



cortar la punta. Estos carneros unicornios se crían solamente en el Nepal, al Norte de la India.

Así como el ganado vacuno, que muerto nos proporciona excelente carne, nos es en vida de gran utilidad por su trabajo y por su leche, el ganado lanar, como en general se denomina a los carneros y ovejas, nos suministra su leche y su lana; pero hay otro animal que el hombre ha domesticado exclusivamente para comérselo, y es el cerdo.

Suele decirse que el cerdo no tiene desperdicio, y es verdad. Su carne, fresca, es excelente; salada, se conserva mucho tiempo y es un gran recurso para la gente de las aldeas, donde no todos los días se mata; la sangre y los intestinos son también comestibles, y la grasa es uno de los principales condimentos usados en las cocinas. Por añadidura, el cerdo es animal fácil de criar, porque come todo lo que se le da, lo mismo substancias vegetales que animales. Bien alimentado, se pone sumamente gordo, llegando a pesar más de media tonelada.

Pero no todo son ventajas. La carne del cerdo, sus deliciosos jamones, su substancioso lomo, contienen con frecuencia parásitos que, adquiridos por el hombre al comer todas estas cosas tan apetitosas, dan origen a terribles enfermedades. De estos parásitos, los más frecuentes son la solitaria y la triquina. La solitaria es una lombriz gigantesca, a veces de diez metros de longitud, que procede de unos embriones llamados *cisticercos*, que se hallan en la carne o en el tocino del cerdo, el cual los contrae comiendo basuras procedentes de casas donde haya personas que tengan la lombriz en cuestión. En cuanto los tales



FIG. 5.ª—Un cerdo extremeño.

cisticercos entran, con la carne, en el intestino de un hombre, se convierten en tenias o solitarias, que ocasionan fuertes dolores de vientre y otras molestias. Con frecuencia se oye decir de alguno que come mucho que parece que tiene la solitaria; pero este dicho popular es una equivocación, porque una de las cosas más desagradables cuando se padece la presencia de este

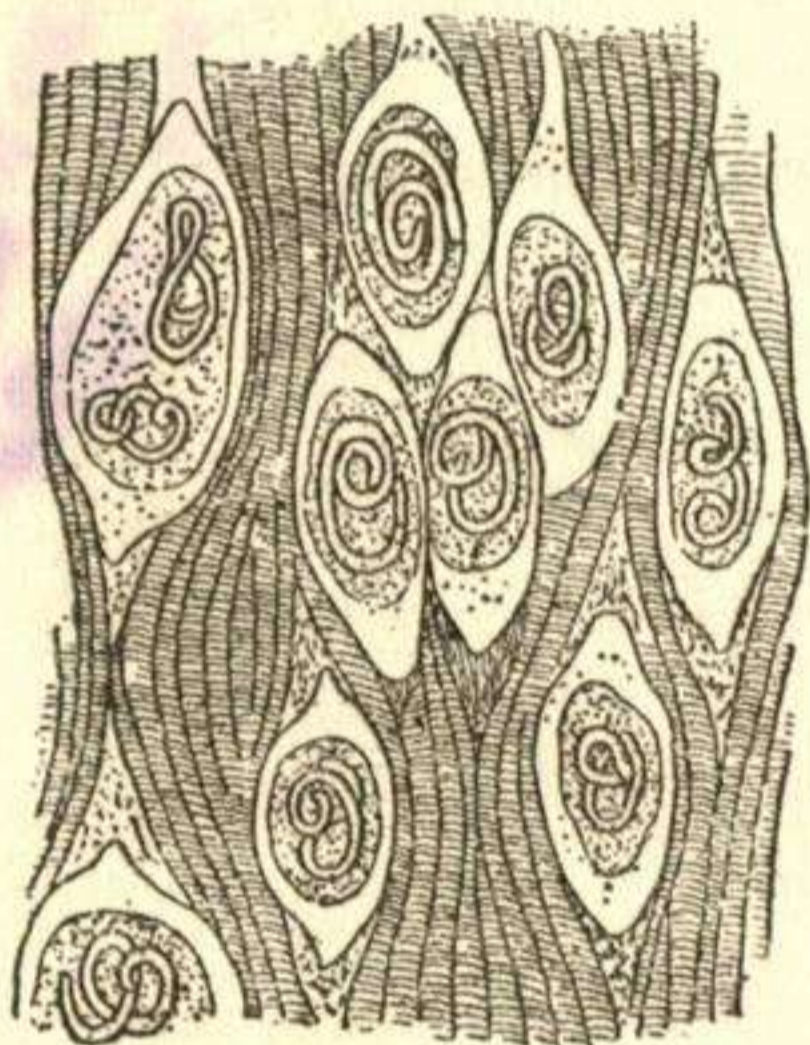


FIG. 6.^a—Trozo de carne de cerdo con triquinas, visto al microscopio.

animalito es que se pierde el apetito por completo. Mucho más temible, sin embargo, es la triquina, con ser muchísimo más pequeña que la tenia. La triquina es también una lombriz, pero casi microscópica. Sus embriones o crías se desarrollan en el cuerpo de las ratas, sin llegar nunca a hacerse adultos; pero si un cerdo se come las ratas, cosa que ocurre con frecuencia, las triquinas acaban allí de desarrollarse, se multiplican e infestan su carne. Cuando el hombre come luego esta carne, las triqui-

nas invaden sus músculos y dan lugar a la triquinosis, enfermedad muy grave y con frecuencia mortal.

Cociendo bien la carne del cerdo desaparece todo peligro, lo mismo de coger la solitaria que de contraer una triquinosis; pero, por aquello de que quien quita la ocasión quita el peligro, lo mejor es criar los cerdos en sitios limpios, higiénicos y con agua limpia y abundante para que se bañen; porque si estos animalitos se revuelven en el fango es porque no tienen agua clara a su disposición. No teniendo el cerdo oportunidad de comer ratas ni basuras, claro está que se evitan los parásitos. Lo malo es que los cerdos criados de este modo tienen, según pa-

rece, una carne menos substanciosa, y, además, en los pueblos no suele haber medios para criarlos con tanto aseo. Por consiguiente, lo que se hace hoy día es reconocer muy bien la carne del cerdo, con ayuda del microscopio, antes de ponerla a la venta.

En los países cálidos parece ser todavía más peligroso el uso de la carne de cerdo. Moisés, que fué indudablemente un hombre dotado de un talento poco común, prohibió al pueblo de Israel la carne de cerdo, y más tarde Mahoma, que en muchas cosas fué un imitador suyo, dictó la misma prohibición a los musulmanes. Cuando un moro se niega a probar el cerdo cree cumplir un mandato divino; pero lo que en realidad hace es acatar un precepto higiénico, de indiscutible oportunidad tratándose de pueblos que, por lo general, no se distinguen por su amor al aseo.

II

LAS BESTIAS DE CARGA

LOS primeros hombres que domesticaron animales debieron pensar que éstos podían servir para algo más que para matarlos y comérselos, y es lógico que se les ocurriera emplearlos para llevar objetos cargados encima, de un lado a otro. Cuando una tribu primitiva viajase para buscar mejores terrenos de caza, para huir de cualquier enemigo o para evitar las consecuencias de una sequía, de una inundación o de cualquier otra calamidad por el estilo, seguramente no dejaría de aprovechar la fuerza de sus animales domésticos para trasladar sus utensilios caseros.

En la historia de los medios de transporte, la bestia de carga ha precedido siempre al carro o al coche, y hasta al animal de silla. Los antiguos peruanos, que ignoraban la equitación y desconocían toda clase de vehículos, ya habían domesticado la llama para cargarla; los árabes del desierto usaron el camello mucho antes que el caballo, y en el África del Norte se han encontrado pinturas antiquísimas que prueban que los primitivos habitantes de aquella región usaban bueyes de carga.

Todavía hoy, en el Sudán y en el Senegal, hay tribus enteras que no conocen más bestias de carga que los bueyes, unos bueyes que tienen una pequeña joroba sobre los hombros y unos cuernos enormes. En el Senegal hay una raza de bueyes

de éstos que ofrece la curiosa particularidad de tener un tercer cuerno en medio de la cara, entre la frente y el hocico.

A mis lectores, que están acostumbrados a ver los bueyes tirando de una carreta, les parecerá una cosa muy rara uno de estos rumiantes con albarda o con serones encima, cargado de

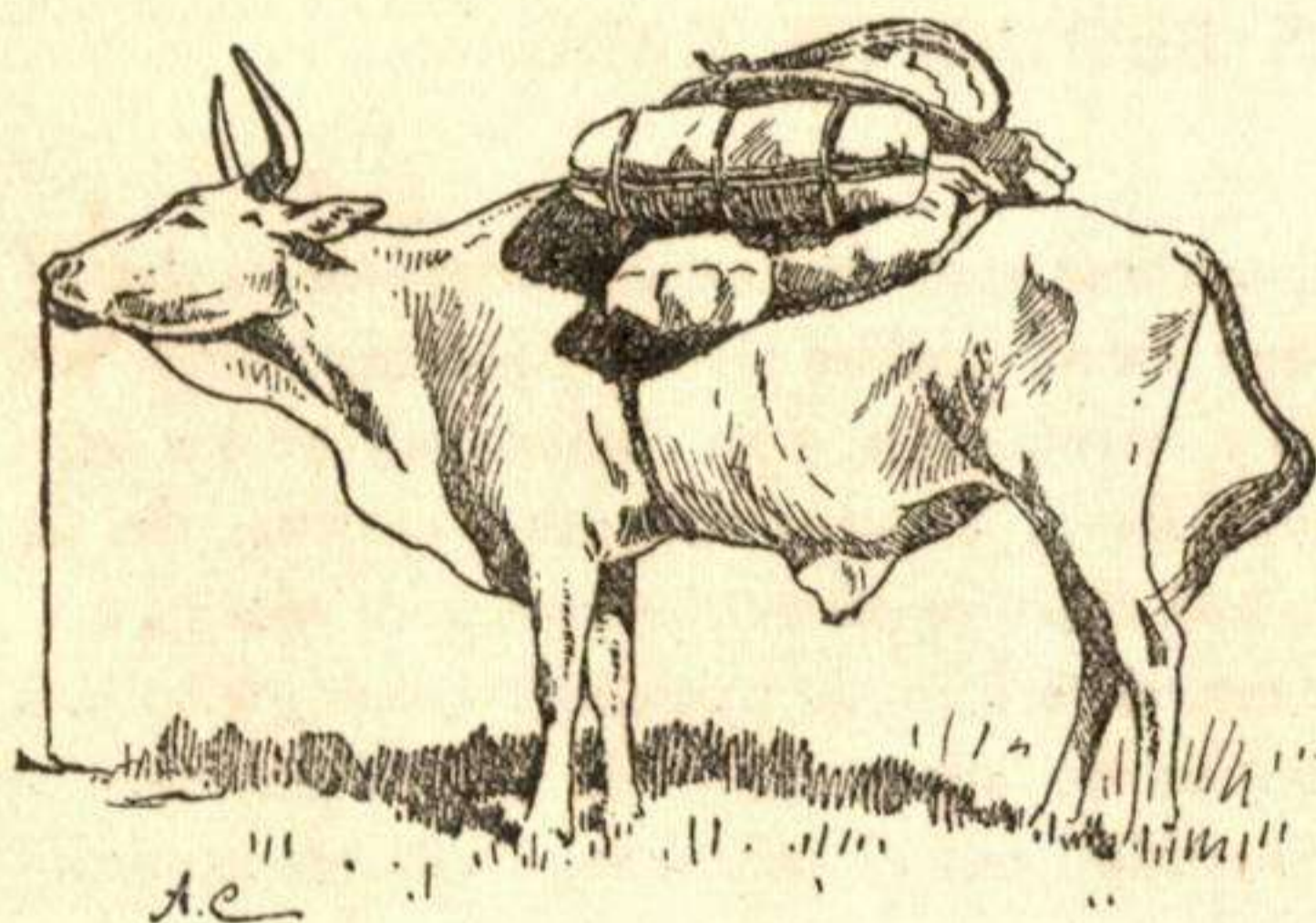


FIG. 7.^a—Buey de carga, del Sudán.

fardo y paquetes; pero no sólo se emplean bueyes de carga en algunos países, sino que en otros, como el Tibet, hay también carneros de carga. Podéis figuraros si será una cosa pintoresca encontrarse por los caminos, entre las

montañas tibetanas, un rebaño de carneros llevando cada uno encima el peso proporcionado a sus fuerzas, marchando todos en fila y sin detenerse, en vez de ir pastando indolentemente, como los rebaños que vemos en nuestras sierras.

Puede decirse que el hombre no ha domesticado ningún cuadrúpedo suficientemente fuerte para sostener un peso respetable sin que lo haya utilizado alguna vez como bestia de carga; pero hay tres clases de animales que han sido dedicados especialmente a esta clase de trabajo, que son los animales de carga por excelencia: el asno, los camellos y la llama. Todos estos animales se parecen en que son muy resistentes a la fatiga y poco delicados en cuestión de comida, lo cual es una gran ven-

taja en los largos viajes, que es para lo que el hombre debió empezar a emplearlos.

El asno fué domesticado en la Nubia, donde todavía existe la especie en estado salvaje. Hoy tenemos borricos chicos y grandes, grises, pardos y negros; pero todos ellos tienen caracteres que recuerdan a su antecesor silvestre. Su domesticación data de tiempos remotísimos. En esas pinturas que, como todos

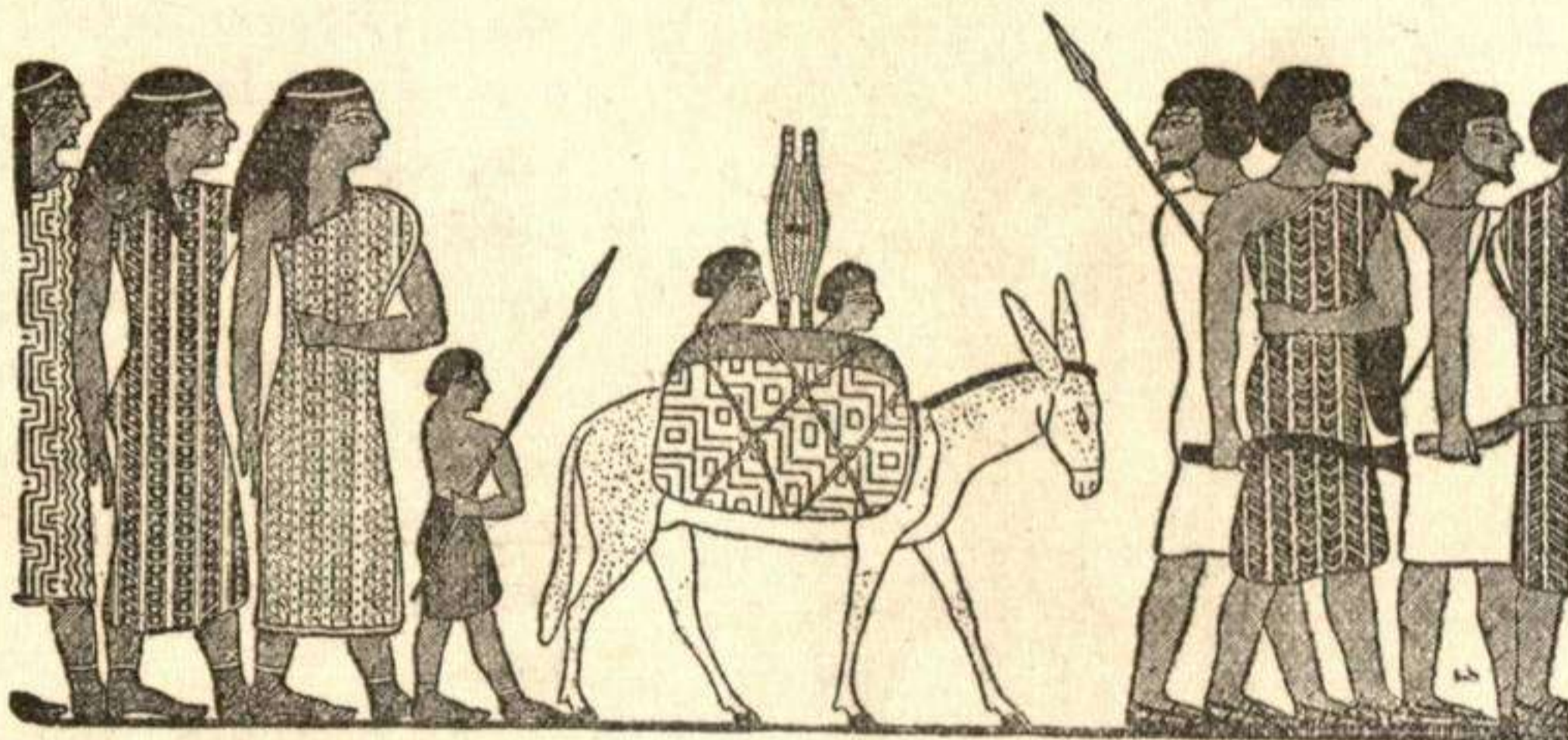


FIG. 8.^a—Pintura egipcia representando un grupo de caminantes con un burro de carga.

sabéis, adornan los monumentos y las tumbas del antiguo Egipto, ya se ven representados arrieros llevando sus borriquillos cargados. De Egipto se llevaron estos útiles animales a todos los países que rodean el Mediterráneo y al Sur de Asia, donde pronto se hizo indispensable para todo el mundo, desde el más rico al más pobre. En Siria y en Arabia, donde en aquellos tiempos aun no había caballos, los asnos debían prestar inestimables servicios. Job, el hombre que alcanzó mayor celebridad por su paciencia en los días de su mayor prosperidad, tenía nada menos que mil borricas. En las leyes que Moisés dió al pueblo hebreo está perfectamente reglamentado todo lo que concierne al cuidado y al trabajo del asno, al robo de asnos,

etcétera. «Si encuentras al asno de un enemigo tuyo perdido, vuelve a llevárselo; si vieres el asno del que te aborrece, caído debajo de su carga, sin demora le ayudarás a levantarlo»; tales



FIG. 9.^a—Un borrico egipcio moderno, con su burrero.

son algunos de los preceptos consignados en la ley mosaica, y no estaría de más que los recordasen muchas personas que, en nuestro país, tienen la costumbre, cuando ven una caballería caída, de detenerse a mirar, como quien contempla un espectáculo divertido, pero sin intentar prestar ayuda para levantarla.

Es corriente considerar al asno como prototipo de la ignorancia y la desaplicación; pero cuando se llama burro al muchacho poco inteligente o perezoso para el es-

tudio, el verdadero ofendido con la comparación es el asno. Este animal, en efecto, está siempre dispuesto a trabajar, y su inteligencia, o mejor diríamos su memoria, es realmente notable. Esto lo saben muy bien nuestros carreteros, que suelen enganchar un borriquillo delante de una reata de mulas para que sirva de guía. Por añadidura, el asno es un animal de pie muy seguro

aun en los peores caminos, muy fuerte con relación a su tamaño y muy poco delicado en cuestión de comidas, devorando con placer hasta los cardos. Lo único en que es algo exigente es en el agua, que hay que darle muy limpia, porque de lo contrario no la bebe.

En los países donde se trata bien a los burros, como sucede en Egipto y en Persia, estos cuadrúpedos valen mucho más que en Europa, y hay algunos ejemplares verdaderamente hermosos. En las ciudades egipcias hay burros de alquiler que



FIG. 10.—Recua de camellos en marcha.

hacen el oficio de nuestros coches de punto. Los muchachos que cuidan de ellos y los alquilan constituyen una de las notas más típicas del país y una verdadera plaga para el turista europeo, que difícilmente consigue verse libre de la pegajosa solicitud con que a cada paso le ofrecen sus servicios.

Así como los antiguos habitantes del valle del Nilo domesticaron el asno, los pueblos del Asia occidental domesticaron los camellos. Conócense dos especies de estos animales: el camello común, que sólo tiene una joroba, y el camello bactriano, que tiene dos jibas, y debe su nombre al hecho de ser el animal doméstico más común en la antigua región de Bactriana, entre el Turquestán y Persia. En muchos libros de Historia Natural se llama al camello de una joroba «dromedario»; pero esto

es una equivocación, porque este nombre es solamente el de una raza especial de camellos, notable por su ligereza, y que sólo se emplea para montar. Llamar dromedario a cualquier camello por el solo hecho de que tenga una joroba es como si se llamase galgos a todos los perros.

El camello, llevado por los árabes a Egipto y todo el resto del África septentrional, es el mejor auxiliar que en los desiertos y áridas llanuras de aquellos países puede encontrarse. Sus pies parecen hechos a propósito para marchar por la arena sin hundirse; su sobriedad es realmente asombrosa, contentándose con cualquier alimento; en caso de necesidad, hasta con la paja que rellena las albardas, y su resistencia a la sed se ha hecho proverbial. En verano, el camello puede estar sin beber dos o tres días, y en invierno, hasta semana y media. Su estómago, dividido en varios compartimientos, como el de todos los ruminantes, tiene unas celdillas donde el animal almacena una regular cantidad de agua, que basta a sus necesidades durante algunos días. Del mismo modo, cuando ha de estar algunos días sin comer, se nutre de la grasa que forma su joroba; de modo que cuando los camellos regresan de un viaje largo y penoso vienen sin joroba, o, mejor dicho, con la piel de la joroba colgando a un lado, como un saco vacío.

Si mis lectores no conocen el camello más que por lo que hayan leído en los libros que suelen ponerse en manos de la juventud, es probable que se figuren que se trata de un animal dócil y sumiso, una especie de esclavo injustamente tratado en pago de sus excelentes servicios; pero nada más lejos de la verdad. Yo he conocido muchos camellos, y todos me han parecido huraños, gruñones, insociables, irascibles y hasta peligrosos, por su propensión a morder a todo el que se acerca. No solamente son los más desgarrados de los animales domésticos, sino también los más antipáticos. Jamás trabajan sino

protestando con una especie de ronco lamento, ni obedecen más que por temor al palo del camellero. Se asustan de cualquier cosa, y entonces procuran arrojar la carga y se contagian el espanto unos a otros. A cada camello se le pone una albarda llamada *kteb*, provista de una especie de acolchado para que no ulcere la joroba con el roce. La carga máxima que puede llevar es de unos ciento sesenta kilos, y si la marcha ha de ser muy larga o penosa, no se ponen más de ciento treinta kilos. Para cargarlo o para descargarlo se le obliga a echarse doblando las rodillas, y si no ha de echar a andar en seguida, mientras está en el suelo se le ata una de las patas anteriores, de modo que al levantarse quede en tres patas y no pueda escaparse.

A pesar de su mal carácter, el camello es tan útil como animal de carga, que se ha tratado de aclimatarlo en diversas partes del mundo para utilizarlo; pero solamente se ha conseguido que prosperase su cría en Canarias y en Australia. En la provincia de Huelva, donde hace más de un siglo se llevaron unos cuantos camellos para las obras de una carretera, los arrieros no supieron tratarlos y hubo que acabar por abandonarlos en el campo. Refugiados en las marismas del Guadalquivir, volviéronse salvajes, o, mejor dicho, cimarrones, que es como se llama a los animales domésticos asilvestrados, y todavía pululan allí sus descendientes en completa libertad.

Lo que es el camello común para los pueblos nómadas del Sur del Asia y del Norte de África lo es el camello de dos jorobas para los habitantes del Asia central; y así como el primero parece organizado especialmente para resistir el calor y vivir en los ardientes arenales, el segundo sufre el frío y las heladas y parece haber sido hecho para la vida de las grandes estepas que en el invierno se cubren de espesa capa de nieve.

Los mogoles tienen muchos camellos de esta clase, y no

sólo los cargan, sino que también los enganchan a unos carros de dos ruedas. La ciencia debe a estos sobrios rumiantes el conocimiento de los grandes desiertos del centro de Asia. Sin su auxilio, el famoso explorador sueco Sven Hedin no hubiera podido penetrar en aquellas soledades desprovistas de agua y

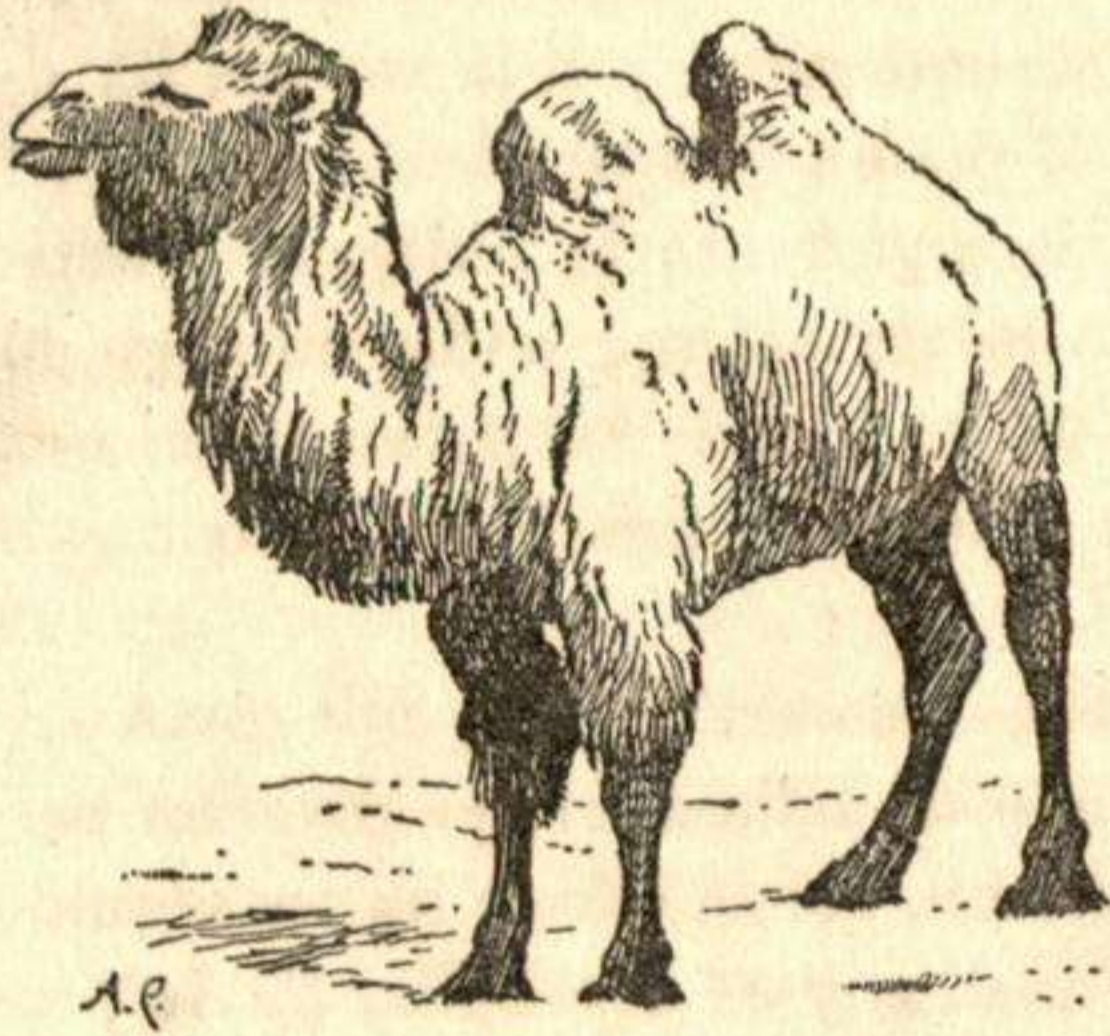


FIG. 11.—Camello bactriano, o de dos jorobas.

de vegetación, donde se han descubierto las ruinas de grandes ciudades que en otro tiempo debieron formar un imperio floreciente.

El camello de dos jibas es tan antipático y tan repulsivo como su congénere de una sola, aunque parece más dócil. Los mogoles creen que su aliento es venenoso y que acorta la vida de quien lo respira.

Es muy curioso cómo dos pueblos muy separados, y que no tienen la menor comunicación entre sí, poseen a veces las mismas ideas y análogas costumbres. Del mismo modo que los pueblos de Asia domesticaron las dos especies de camellos que se conocen, un pueblo de América, al otro lado del globo, demesticó al camello del Nuevo Mundo, a la llama, o, mejor dicho, al guanaco, que es el nombre de la llama en estado salvaje.

La llama no es más que un camello sin joroba. Ambos animales son, por decirlo así, primos hermanos, y tienen un origen común. Los primeros animales que hubo en el mundo de la familia de los camellos vivían en la América del Norte en

aquellos remotos tiempos que los geólogos llaman época terciaria, es decir, mucho antes de que existiese el hombre sobre la tierra. Eran unos camellos en miniatura, no mucho más grandes que un perro. En aquel entonces, la América del Norte estaba unida a la del Sur y al Asia por muchas zonas de tierra firme, y los descendientes de aquellos camellos primitivos pudieron emigrar en aquellas dos direcciones, pasando a lo que hoy es el continente asiático y a lo que ahora llamamos América meridional, donde todavía viven los últimos restos de la familia, mientras las especies primitivas desaparecieron hace muchos cientos de miles de años.

Mientras los camellos verdaderos son animales de estepa y de desierto, la llama es propia de las montañas, o más bien de las altas mesetas, y como en éstas nunca falta la vegetación, no necesita la reserva de grasa nutritiva que los camellos tienen en sus jorobas. Los antiguos peruanos, que fueron los que domesticaron este rumiante, no conocieron otro animal de carga, y todavía hoy se hace mucho uso de él en los Andes del Perú y de Bolivia. Cuando el Perú pertenecía a España, sólo en el acarreo de la plata de las famosas minas de Potosí se empleaban unas trescientas mil llamas.

En la actualidad, los indios aymaras de Bolivia son los que crían más llamas y los que mejor saben servirse de ellas. Jamás las pegan, y apenas les hablan; con un ligero empujón o unas palmadas en el lomo las hacen obedecer; verdad es que estos rumiantes, cuando no se les maltrata, son sumamente dóciles y no dan jamás la menor muestra de rebeldía ni de impaciencia. Para cargarlas las hacen colocarse en círculo, con la grupa hacia fuera. No les ponen albarda de ninguna clase, limitándose a echarles sobre el lomo un saco conteniendo la carga y atándoselo con una cuerda de lana que les da dos o tres vueltas al cuerpo. El peso que lleva encima cada llama suele osci-

lar entre veinticinco y cincuenta kilos; si se le pone mucho más o se le quiere hacer andar más de lo justo, se echa al suelo y no hay modo de hacerla levantarse; si se la maltrata, echa las orejas hacia atrás, levanta el labio superior y escupe a su enemigo, por regla general con excelente puntería. Es muy raro, sin embargo, que un indio tenga que pegar a sus llamas, empleando siempre con ellas la mayor dulzura, a pesar de lo cual bastan dos o tres para manejar medio centenar de estas extrañas acémilas.

Una de las cosas más notables de estos animales es que en cuanto sale el sol, aunque estén echados en el campo, se levantan todos y, volviéndose hacia el astro naciente, le saludan con ligeros balidos, que suenan como una especie de murmullo. Esta singular costumbre, que parece como una adoración al sagrado emblema de los antiguos incas peruanos, acaso no haya dejado de influir en los sentimientos supersticiosos de los indios, y puede haber contribuído a ese cariño con que éstos tratan a las llamas.

III

LOS ANIMALES DE SILLA

DECÍA el conde de Buffon, el famoso naturalista francés del siglo XVIII, que el caballo es «la conquista más noble que ha hecho jamás el hombre», y hay que reconocer que el conde de Buffon dijo muy bien. Cuando los hombres primitivos empezaron a criar caballos para no molestarse en ir a cazarlos; cuando empezaron a utilizarlos para cargar sus enseres domésticos, la leña que cortaban para el hogar o los productos de su caza, y cuando por primera vez se les ocurrió hacerse transportar por ellos, dando el primer paso en el arte de la equitación, aquellos toscos salvajes no podían figurarse que se habían buscado uno de los principales auxiliares del progreso.

En el caballo, en efecto, ha tenido el hombre un compañero fiel y un colaborador activo en la caza, que era el principal medio de vida de los primeros pueblos; en las emigraciones, que pusieron en relación a unos pueblos con otros, y en la guerra y, por tanto, en las grandes conquistas, que forman como la armazón de la historia del mundo. Sin el caballo, Alejandro Magno no habría llegado hasta la India, Julio César no habría podido llevar a las Galias la civilización romana, los cristianos no hubieran logrado echar a los mahometanos de Europa, no habría habido Cruzadas, ni Conquista de Méjico,

ni nuestro compatriota Vázquez de Coronado habría descubierto las regiones que hoy son el Oeste de los Estados Unidos, ni los norteamericanos habrían podido colonizar dichas regiones, ni la pampa argentina sería el venero de riqueza que hoy es.

Los pueblos que han hecho uso del caballo en gran escala son los que, en uno o en otro momento de la Historia, han alcanzado mayor grandeza.

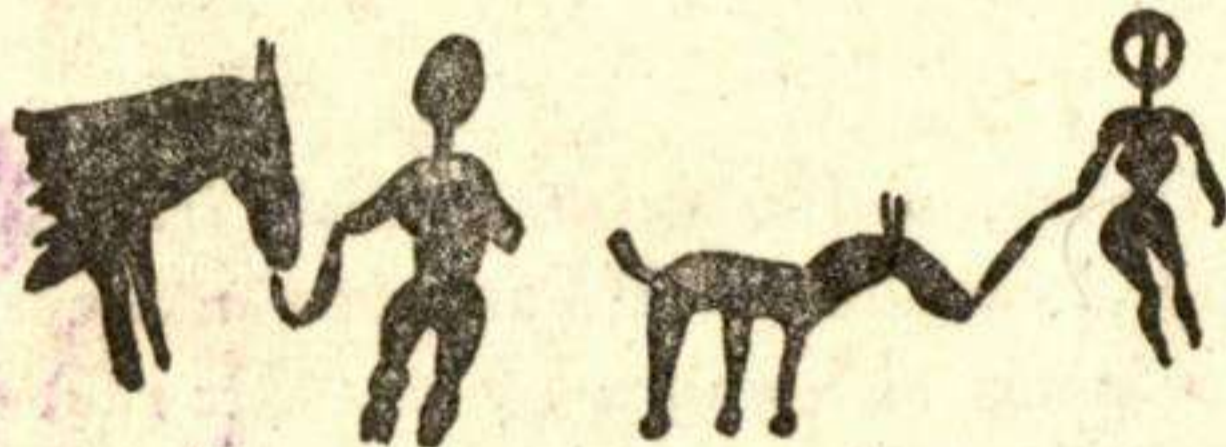


FIG. 12.—Pintura prehistórica con caballos domésticos.

Sirven de ejemplo los árabes. Mientras sólo tuvieron camellos, no tenían relaciones más que con los pueblos vecinos; en cuanto poseyeron caballos en

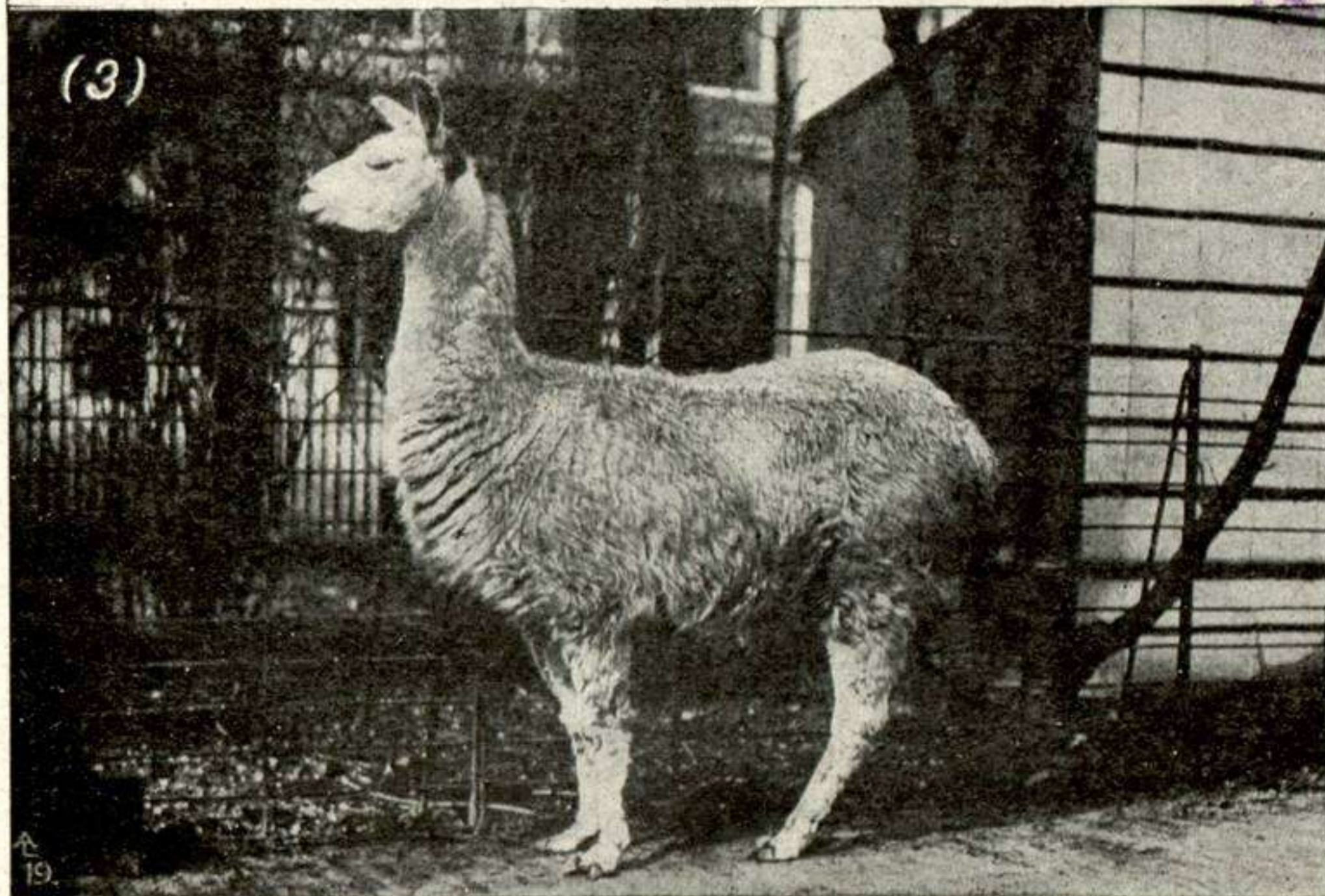
abundancia, llevaron sus armas, y con ellas su religión y su civilización, a más de la mitad del mundo entonces conocido, desde Marruecos y España hasta la India y el Archipiélago Malayo. Su profeta, Mahoma, sabía que sin caballería no triunfarían jamás sus doctrinas, y llenó su libro santo, el Corán, de sentencias y preceptos referentes al caballo. He aquí algunos de ellos:

«El dinero que se gasta en los caballos, a los ojos de Dios vale tanto como una limosna hecha con la propia mano.»

«Cada grano de cebada que se da al caballo está inscrito por Dios en el registro de las buenas obras.»

«Aquel que no pueda cumplir todos sus deberes religiosos, que mantenga un caballo para la causa de Dios, y todos sus pecados le serán perdonados.»

El pueblo judío tenía prohibido por su ley poseer caballos; su mayor gloria y poderío correspondió precisamente al reinado de Salomón, que, desoyendo aquella prohibición, llegó a tener cincuenta y dos mil caballos en sus cuadras.



(1) Un moro a caballo haciendo «fantasías». — (2) Camellos rifeños atados por la pata. — (3) La llama, el camello del Nuevo Mundo.





(1) Lebel árabe. Tipo primitivo de perro de caza.—(2) Gatos de Angora.

Los grandes triunfos de nuestros descubridores y conquistadores en el Nuevo Mundo se debieron en gran parte a sus caballos, que no sólo hacían más fácil el viajar por aquellas regiones desconocidas, sino que infundían un terror supersticioso a sus habitantes, los cuales pensaban que cada jinete y su cabalgadura formaban un solo animal monstruoso.

Lo curioso es que precisamente en América vivieron los primeros caballos que hubo en el mundo. No eran caballos domésticos, naturalmente, porque esto ocurría en una época en que todavía faltaban miles de años para que apareciese el hombre sobre la tierra, y, además, aquellos precursores del noble corcel se diferenciaban mucho de los caballos que hoy conocemos. Tenían solamente el tamaño de un perro, y en cada pata tenían cuatro dedos. Vivían en los bosques, probablemente escondiéndose entre la maleza para huir de sus enemigos. Los naturalistas, que sólo conocen aquellos animalitos, desaparecidos hace tantísimos millares de años, por los restos fósiles que de ellos se encuentran, los designan con los nombres de eohipos y protorohipos. Desde aquellas especies al caballo actual hay toda una serie de curiosas transformaciones, motivadas principalmente por la necesidad que tuvo la familia de los caballos de amoldarse a vivir en grandes llanuras. Todos los animales de llanura, para librarse de sus enemigos, necesitan ser muy corredores y, por consiguiente, tener las patas muy largas. En el transcurso de las edades geológicas, los caballos fueron aumentando de alzada, sus patas se alargaron progresivamente, y como para correr no hacen falta dedos, sino sólo un buen punto de apoyo, fueron perdiendo los dedos laterales, mientras el del centro se desarrollaba cada vez más. Así, después de los caballitos de cuatro dedos, hubo otros, los mesohipos y parahipos, que sólo tenían tres; más tarde los hipariones y pliohipos, en que había un dedo central

muy largo y dos laterales muy cortitos, y, por fin, los verdaderos caballos, con un dedo único.

El lector se habrá fijado en la frecuencia con que entra la palabra «hipo» en la composición de los nombres de todos estos caballos extinguidos. Esta palabra procede del antiguo idioma griego, donde se pronunciaba «hippos», y quiere decir sencillamente caballo. Esta misma palabra entra también en los

substantivos «hipódromo», «hipología» y en el adjetivo «hípico», voces todas que tienen relación con los caballos.

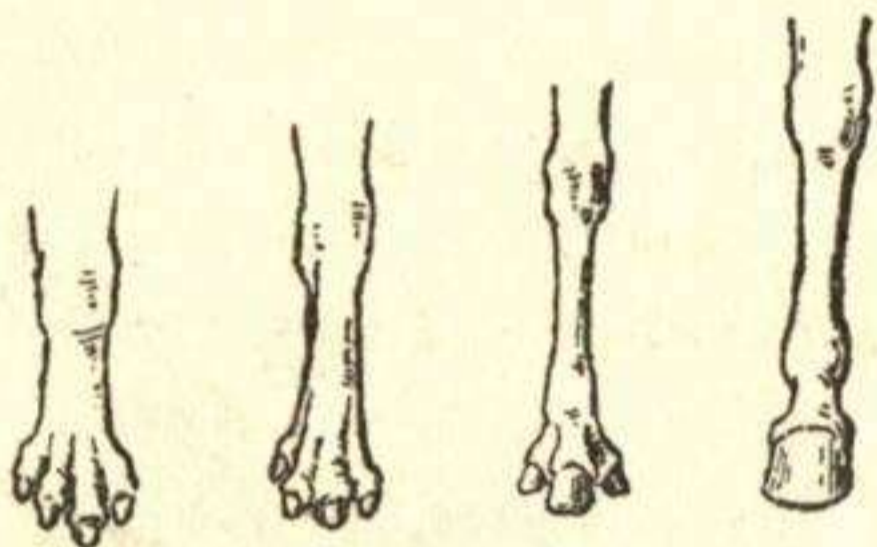


FIG. 13.—Evolución de la pata del caballo, desde la forma primitiva de cuatro dedos hasta el caballo actual.

Cuando apareció en la tierra la especie humana, hacía mucho tiempo que habían desaparecido los pequeños caballos primitivos; solamente quedaban los de un solo dedo, los verdaderos caballos, y

aun éstos se extinguieron en todos aquellos países en que al hombre no se le ocurrió domesticarlos; de modo que cuando los españoles descubrimos el Nuevo Mundo, allí no había caballos, ni los indígenas tenían la menor idea de su existencia.

Hoy no quedan caballos en estado salvaje mas que en el Asia central; con frecuencia se habla de los caballos salvajes de América, pero no son verdaderos caballos salvajes, sino cimarrones o alzados; es decir, animales descendientes de otros domésticos que se escaparon o se perdieron en la época de la colonización, y que se habituaron a la vida libre de las praderas y de las pampas. En Tejas y Nuevo Méjico llaman a estos caballos «mesteños», y «brancos» cuando han sido cogidos pero aun no se los ha domado. Sin duda todos mis lectores saben ya que a estos caballos se los coge con lazo. Algunas veces, los cazan también de un tiro, dándoles un balazo en la

parte alta del cuello, en un sitio donde la herida cura pronto, pero en los primeros momentos deja al animal atontado e indefenso; pero para eso es necesario que el cazador sea un excelente tirador.

En algunos sitios de Europa hay también caballos que viven en libertad, como si estuviesen salvajes. Así ocurre en algunas localidades de Galicia, donde hay numerosas piaras de jacas que, aunque tienen dueño, vagan por los montes como si no fuesen de nadie. En las islas Shetland, al Norte de Escocia, viven en el mismo estado independiente numerosas jaquillas sumamente pe-

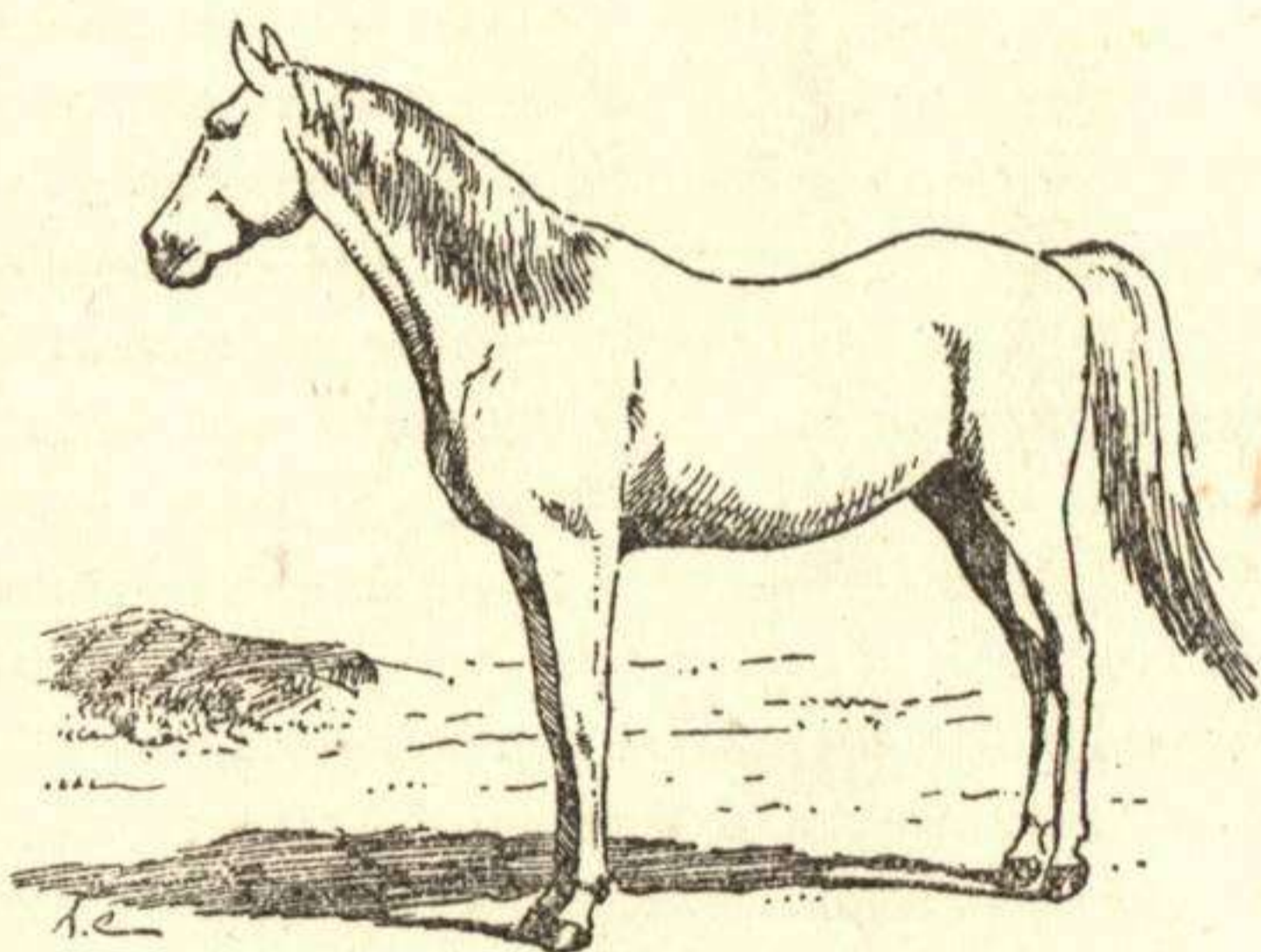


FIG. 14.—Un caballo árabe.

queñas, que son muy apreciadas para cochecitos de niños y para exhibirlas en los circos.

Los caballos de silla que tienen mayor fama son los árabes y los morunos o berberiscos. Estos últimos eran ya célebres en la antigüedad, cuando la caballería de los nómadas del Norte de Africa se consideraba la primera del mundo. Salomón y otros reyes asiáticos contemporáneos suyos adquirían en Africa todos sus caballos. Los moros trajeron a España esta raza, y aquí dió origen al caballo español, que en la Edad Media era el más apreciado en el mundo entero, aunque hoy está muy

degenerado. De la mezcla de los caballos africanos con la raza asiática resultó el caballo árabe, considerado universalmente como el primer caballo de silla por sus cualidades de belleza, ligereza y resistencia.

Se habla mucho del aprecio en que los árabes y los moros tienen sus caballos. Es verdad que los estiman mucho, sobre todo cuando alguien trata de comprárselos, pero los maltratan mucho también, les hacen trabajar demasiado y les dan de comer muy poco, porque tienen la creencia de que el pienso abundante estropea al caballo y lo hace perezoso. La montura que el moro pone a su caballo es mucho más molesta para el jinete que va sobre ella que para la cabalgadura misma; pero, en cambio, obligan a ésta a llevar un bocado espantoso con un gran pedazo de hierro dentro de la boca, que la hace sangrar al menor tirón de la rienda.

Los moros y los árabes figuran entre los mejores jinetes del mundo, pero en esto no les van en zaga otros pueblos, como los patagones, los indios comanches de la América del Norte y los mogoles. Estos últimos poseen muchísimos caballos, pequeños, peludos, feos, pero muy ligeros y resistentes. Hombres, mujeres y chicos pasan la mayor parte de su vida a caballo, montando para ir a pocos pasos de distancia, y cuando se apean, sus piernas torcidas y su marcha oscilante revelan que no tienen costumbre de andar a pie.

Los ingleses, que son maestros en la ciencia de criar animales domésticos, han conseguido tener caballos de silla para todos los usos: para las carreras, para la caza, hasta especiales para los niños. El caballo inglés de carreras, descendiente de las razas moruna y árabe, es un animal verdaderamente maravilloso. Las personas que se ríen de él y lo caricaturizan es porque no han visto nunca de cerca uno de estos caballos. Tratándose de animales domésticos, debemos considerar que

un animal es tanto más perfecto cuanto mejor cumple el fin a que se le destina, y es indudable que no hay caballo que sirva mejor para correr que el caballo inglés que vemos en los hipódromos. Lo malo es que su velocidad sirva de pretexto a mucha gente para jugarse grandes sumas de dinero, que podría emplearse en cosas más provechosas. Algunos caballos de carreras han llegado a alcanzar fama imperecedera, como *Eclipse*, que corrió por vez primera en 1769, y al morir, veintiún años más tarde, había ganado a su amo cinco millones de pesetas en premios, habiendo llegado el primero en cuantas carreras corrió.



FIG. 15.—Mejari o dromedario.

En el Oriente se emplean con mucha frecuencia para montar el asno y la mula, sobre todo cuando el jinete es un anciano.

no o una mujer. En Marruecos, en Egipto y en Siria no está mal visto que un hombre grave, tal como un juez o un gobernador, vaya caballero en una borrica. Los beduínos del Sahara y de los desiertos de Arabia prefieren otro animal muy distinto, el dromedario o camello de silla, que es una raza del camello común, notable por su ligereza. En el Sahara llaman a este camello *mejari* (en plural, *mejara*), y de aquí que se dé el nombre de mejaristas a los soldados de un cuerpo especial que los franceses tienen en Argelia, los cuales van montados en dromedarios.

Entre un mejari y un camello vulgar de carga hay tanta diferencia como entre un caballo de carreras y uno de esos percherones que vemos arrastrando los carros de mudanzas. Los árabes dicen: «Cuando encuentres al mejari, date prisa a gritar a su jinete: *Selam alik* (la paz sea contigo); antes de que pueda responderte: *U alik selam*, habrá desaparecido de tu vista, porque su cabalgadura corre como el viento.» Dicen también que esta clase de camello anda con facilidad cuatrocientos kilómetros en veinticuatro horas, marchando sin detenerse, sin comer y sin beber, y que el jinete que lo monta debe taparse bien la boca y las orejas para que, con la rapidez de su carrera, el aire del desierto, a través del cual pasa como una flecha, no le sofoque o le aturda. Todo esto, naturalmente, es muy exagerado, porque los musulmanes son todavía más dados a la hipérbole que los andaluces; pero es perfectamente posible hacer con un mejari más de cien kilómetros al día, y algunos llegan a los trescientos. Se conoce un caso auténtico de un dromedario que recorrió en nueve horas doscientos kilómetros, pero murió al llegar al punto de destino.

IV

LOS MOTORES VIVOS

MUCHOS de los animales de que nos hemos ocupado en los capítulos anteriores, como el caballo, el asno, el buey y el camello, no sólo son empleados por el hombre para cargarlos y para montar en ellos, sino también para arrastrar grandes pesos, es decir, como bestias de tiro.

Es muy difícil averiguar qué animal fué el primero que la humanidad empleó para llevar un vehículo en pos de sí; pero puede asegurarse, eso sí, que el primer vehículo debió ser una especie de trineo, no un carro ni un coche. La construcción de las ruedas, en efecto, supone cierto ingenio que no debieron tener los primeros domesticadores de animales.

Un trineo no necesita ser precisamente un vehículo para deslizarse sobre la nieve. En algunos puntos de Filipinas los labradores usan una especie de trineo, que allí llaman *canga*, para transportar la caña de azúcar, y, sin embargo, en aquellas islas no nieva jamás.

El modo como los pieles rojas trasladan sus campamentos de un punto a otro indica tal vez cómo empezó el hombre a convertir sus animales de silla y de carga en animales de tiro. El piel roja toma dos largos palos, generalmente dos postes de los que emplea para armar sus tiendas, y los ata por un ex-

tremo a la montura de su caballo, de modo que arrastren por el suelo. Sobre los otros extremos, cerca ya de tierra, ata un paquete formado con las pieles o lonas de la tienda y los enseres domésticos.

El empleo del caballo o del toro como bestia de tiro tuvo

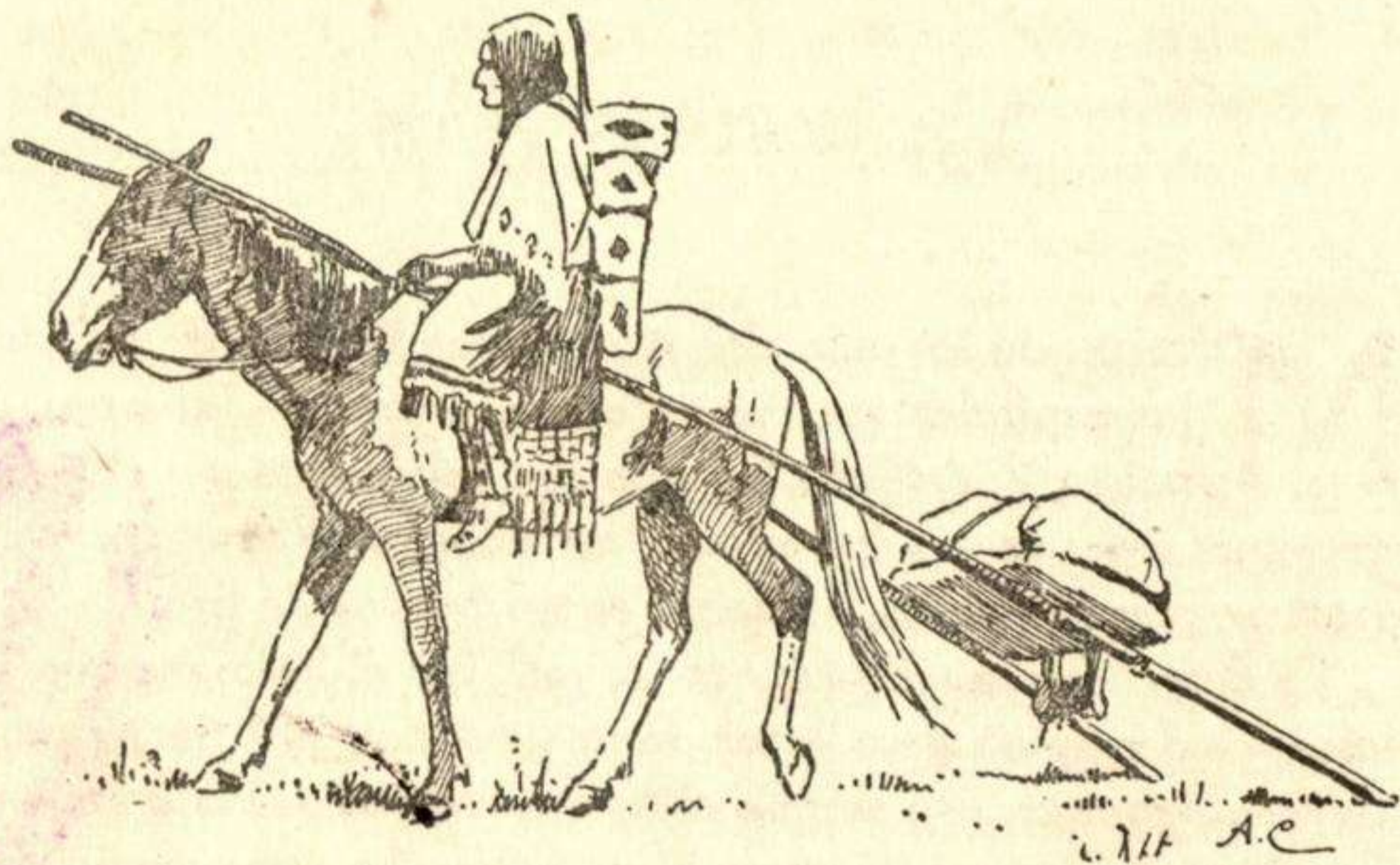


FIG. 16. —Yegua de los pieles rojas arrastrando la carga. Es el paso de la bestia de carga a la de tiro.

para el hombre inmensa trascendencia. Los surcos que en el suelo dejaba el vehículo debieron sugerirle la idea del arado, gracias al cual, de cultivador en pequeño pudo convertirse en labrador en gran escala. Una vez en posesión de un motor de carne y hueso, las aplicaciones del mismo debieron sucederse rápidamente. En los países agrícolas, los mismos animales que se emplean para tiro son los que se utilizan en la labranza.

Antes hemos tratado extensamente de los caballos de silla, y ahora debemos decir algo de los de tiro, en los que cabe distinguir los de tiro ligero y los de tiro pesado. Los primeros se

usan para los coches, y los segundos, para el arrastre de pesados carromatos y para las faenas del campo. A este último tipo corresponden los caballos percherones, boloñeses, ardeneses, flamencos y la raza inglesa llamada *shire*, o caballo de condado, de tamaño enorme, formas macizas y monstruosas patas. Todas estas razas sirvieron en otro tiempo para silla, siendo muy apreciadas en aquellos tiempos en que caballo y jinete iban a la guerra y a los torneos cubiertos de hierro, por lo que era necesario que el primero, más que velocidad, tuviera la fuerza necesaria para sostener el peso de su armadura y la del caballero.

En España, para los trabajos agrícolas y el arrastre de carros, más que el caballo se emplea la mula, animal

híbrido que tiene por padre al asno y por madre a la yegua. El uso de las mulas tiene muchas ventajas en los países de clima muy variable, como el nuestro, porque estos animales resisten el calor y el frío excesivos mejor que los caballos. Además, son menos delicados para la comida, están menos expuestos a las enfermedades, desarrollan más fuerza con relación al alimento que consumen y pueden trabajar hasta una edad más avanzada. Suele decirse que la mula es obstinada, terca y poco inteligente; pero realmente estos defectos nacen de los malos tratos a que suele verse sujeta. La mejor prueba de la inteligencia y docilidad de la mula, cuando no se abusa de ella, la tenemos en

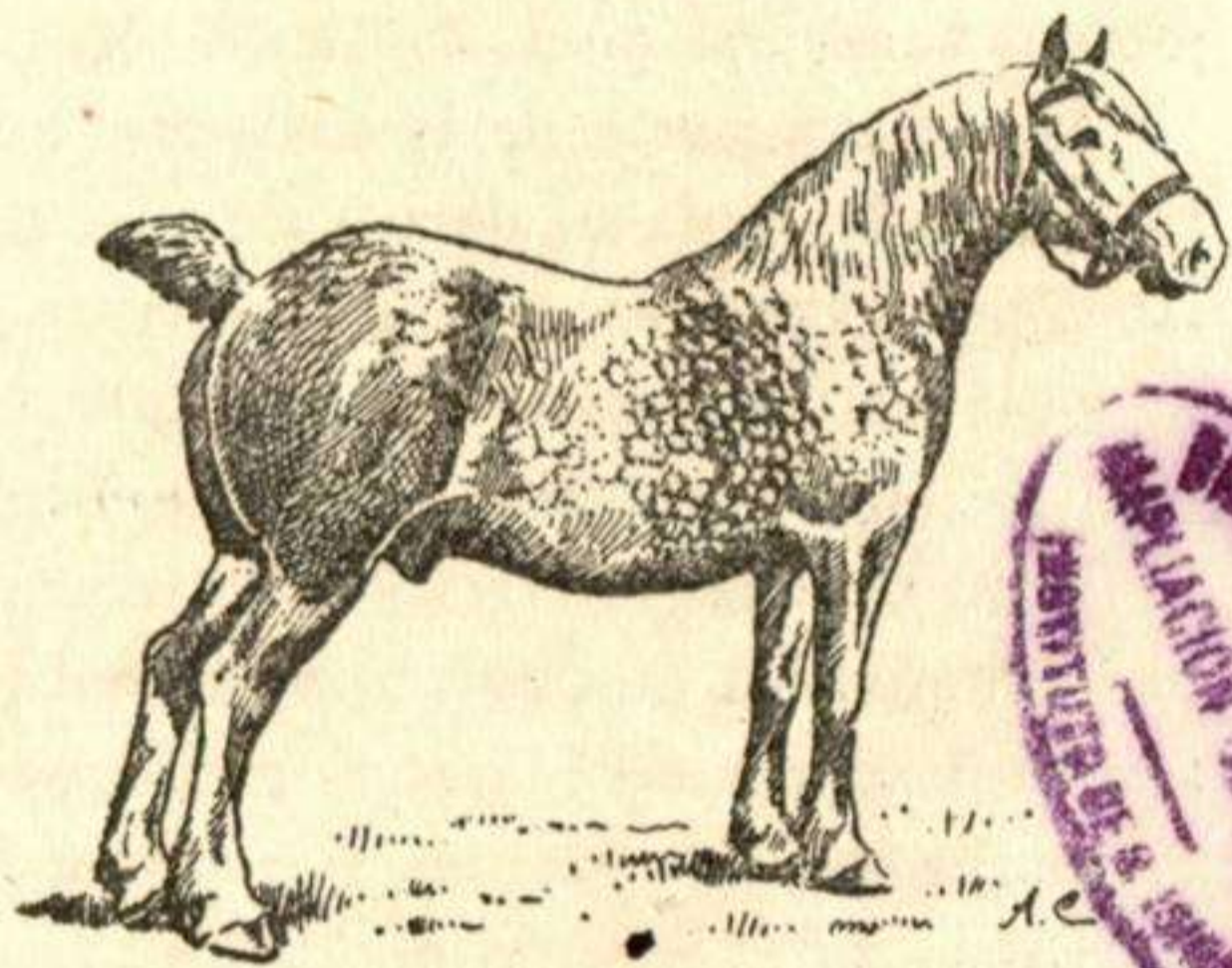


FIG. 17. —Caballo percherón.



que nuestros carreteros rara vez la guían más que con la voz, y solamente en los pasos difíciles o en las circunstancias imprevistas tienen que echar mano de las riendas. Las mulas aprenden en seguida que «arre» quiere decir que hay que andar; «so», que deben detenerse; «riá», volver a la derecha, y «huesque», doblar a la izquierda, y con este breve vocabulario y unas cuantas blasfemias, su conductor tiene lo bastante para hacer de ellas lo que quiere y puede recorrer kilómetros y más kilómetros tumbado cómodamente sobre su carro.

Una gran parte de la antipatía que algunas personas sienten hacia la mula se deriva de ciertas creencias supersticiosas sin ningún fundamento serio. Cree el vulgo, por ejemplo, que la mula es un animal maldito, por haberse negado a abrigar con su aliento al Niño Jesús cuando estaba en el pesebre que le sirvió de cuna; pero esto no es más que un cuento ridículo; los Evangelios, que son la principal fuente de información que tenemos acerca de lo que ocurrió cuando nació Cristo, no mencionan semejante hecho, ni siquiera dicen qué clase de animales había en el establo de Belén.

España es uno de los países donde se crían mejores mulas. Las de Cataluña, Aragón y la Mancha pasan por ser las mejores. También las hay excelentes en la parte Oeste de Francia, en el Poitou.

Así como la mula es el producto híbrido de la yegua y el asno, hay otro animal doméstico, el burdégano, o mulo romo, que es hijo de caballo y burra; pero, más que para el tiro, se emplea como bestia de carga, por ser siempre de menos alzada y más flojo que la mula.

Aunque parezca imposible en estos tiempos de automóviles y de tractores de vapor, en nuestro país y en muchos otros se hace todavía mucho uso del buey para el arrastre de carros, y sobre todo para la labranza. En la mayor parte del mundo, el

ganado vacuno es el auxiliar clásico del labrador. «Sin el buey —decía Buffon—, pobres y ricos vivirían difícilmente, la tierra permanecería inculta, los campos y hasta los jardines serían secos y estériles; sobre él pesan todos los trabajos del campo; es el servidor más útil de la granja y el sostén de la familia campesina; él hace lo más rudo de la agricultura; en otro tiempo constituía toda la riqueza de los hombres, y hoy es todavía la base de la opulencia de las naciones, que no pueden sostenerse ni florecer sino por el cultivo de la tierra y por la abundancia del ganado, ya que éstos son los únicos bienes verdaderos, no siendo los otros, aun el oro y la plata, sino bienes arbitrarios, representaciones, monedas de crédito, que no tienen valor sino mientras se lo dan los productos de la tierra.»

Es verdaderamente sensible que no podamos saber quién fué el primer hombre que acertó a quitar al toro su fiereza y a uncirlo al yugo. No pudiendo honrar al domador, los pueblos han honrado al animal domado. El antiguo Egipto hizo del buey una divinidad y levantó templos de granito y de mármol al buey Apis; el pueblo se prosternaba con la frente contra el suelo cuando pasaba el majestuoso rumiante con su cortejo de servidores. En otros países de Oriente la religión ordenaba que cada uno, como obra de las más meritorias, criase por lo menos un buey; en otros, las leyes castigaban con la muerte a todo aquel que mataba uno de estos animales o simplemente lo maltrataba.

Todavía hoy, en la India, la vaca es una bestia tres veces santa. Su cola, símbolo de la felicidad, se lleva a modo de estandarte delante de los grandes, y para atraerse los favores del cielo, el pueblo cree una obra meritoria frotarse todo el cuerpo con boñiga de vaca para ir en seguida a lavarse en las aguas del Ganges, el río sagrado. Estas friegas de estiércol nos podrán parecer repugnantes, o, cuando menos, ridículas; pero tienen un profundo significado, porque indican hasta dónde llega

el agradecimiento y la veneración de los pueblos que viven exclusivamente de la agricultura hacia el animal que les ayuda a cultivar los campos.

Los bueyes de la India son muy diferentes de los nuestros. Tienen sobre los hombros una joroba carnosa, la piel muy fina, las orejas muy largas y péndulas, y los cuernos levantados y a veces muy grandes. Dase a esta clase de bueyes el nombre de

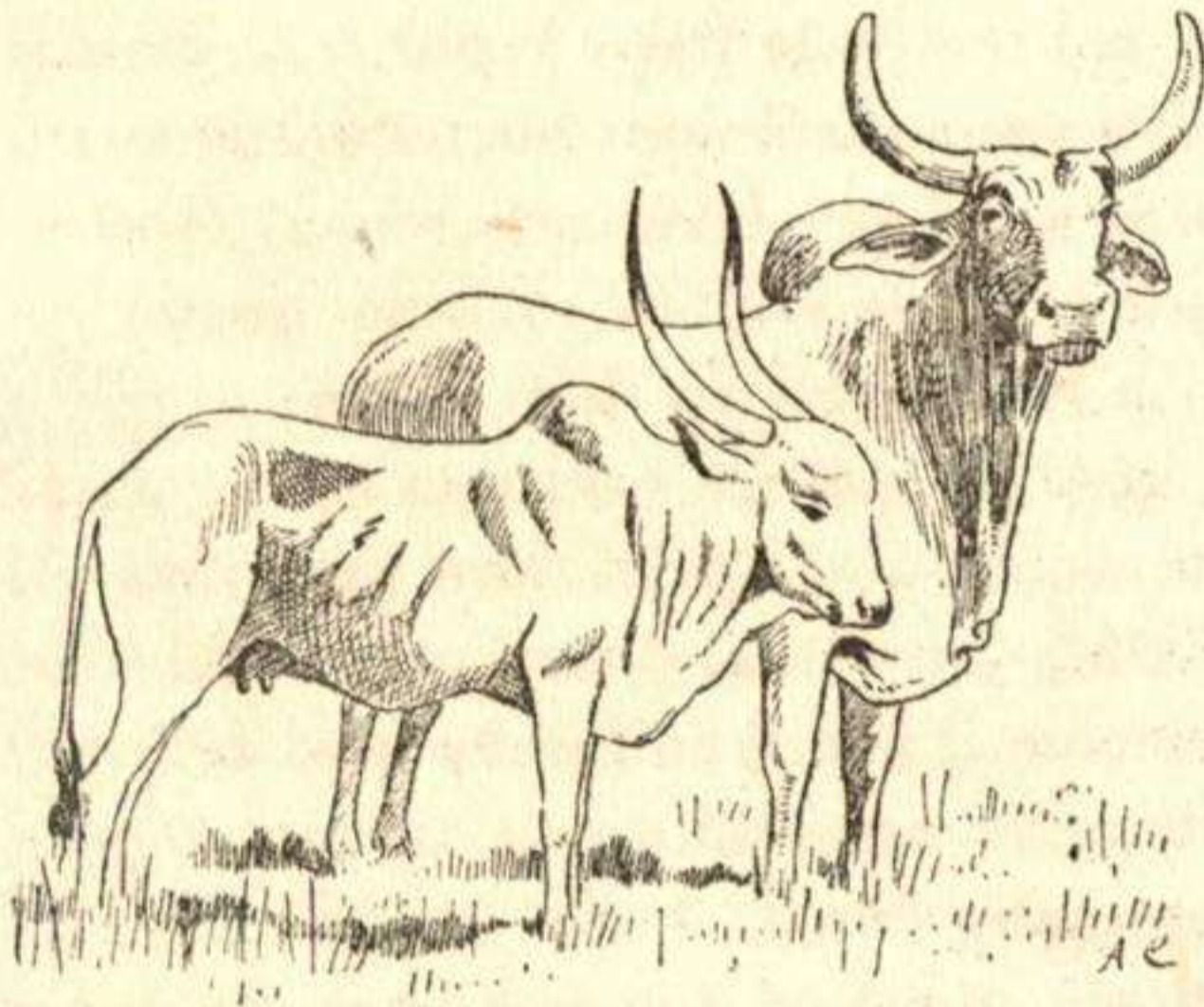


FIG. 18.—Cebús de la India.

cebús, y también se los encuentra en Africa, donde algunas razas son notables, como ya hemos visto, por el enorme desarrollo de los cuernos. En el Museo Nacional de Ciencias Naturales hay un cuerno de un buey africano que mide un metro y diez y ocho centímetros

de largo por ochenta y tres centímetros de contorno en la base.

Los cebús son notables por su ligereza; trotan y galopan como si fuesen caballos, y algunos saltan los vallados con una agilidad asombrosa. Otra particularidad curiosa de este ganado consiste en que jamás le atacan muchas de las enfermedades que en el ganado europeo constituyen terribles epidemias. En la India existen muchas razas de cebús, que se distinguen por su tamaño y por la forma de los cuernos. Una de estas razas es tan pequeña como un perro de Terranova, y, en cambio, el cebú

del Guyerati es enorme y de aspecto imponente. Algunos de estos animales son enteramente blancos, y se comprende que su estampa, verdaderamente soberbia, inspire respeto y veneración.

En algunos países de Europa, entre otros en Galicia, el Norte de Portugal, Italia y Checoeslovaquia, hay bueyes notables por sus descomunales cuernos. Generalmente, son de pelaje claro y de poca alzada. Estos bueyes andan más ligeros que los que empleamos en el centro y Mediodía de España, donde el tardo paso de los bueyes de carreta es ya proverbial; pero esto no parece ser ninguna particularidad de la raza, sino que depende del modo de uncirlos. En efecto, no en todas partes se uncen los bueyes por los cuernos; en las regiones citadas es costumbre sujetarles el yugo al cuello, y de este modo, aunque tal vez desarrollan menos fuerza, van más cómodos y llevan un paso más rápido. Los portugueses suelen adornar los yugos de sus carretas con mucho gusto, habiendo llegado a hacer de su ornamentación un arte especial.

En ciertos países, especialmente en el Sur de Asia y en el Archipiélago Malayo, además del buey o del cebú se usa mucho el búfalo, que es más fuerte y resiste mejor el calor y la humedad. En Filipinas, donde le dan el nombre de *carabao*, es la principal bestia de trabajo. En Persia y en la India ya lo empleaban en tiempo de Alejandro Magno, y más tarde los musulmanes lo llevaron a Siria y a Egipto. Actualmente se le halla también en Turquía, en los países regados por el Danubio y en las regiones pantanosas de Italia.

El búfalo no puede vivir sin agua abundante. Comer, come cualquier cosa, lo mismo los carrizos y los juncos que los vegetales más secos y más duros; pero necesita mucha agua, no sólo para beber, sino para bañarse constantemente. Todo el tiempo que no está trabajando lo pasa metido en una charca o

en algún río, sin sacar fuera más que las narices, los ojos y los cuernos, y si no dispone de agua suficiente se revuelca en el cieno como los cerdos. Se ha visto a una yunta de búfalos, que llevaba algunos días sin agua, olfatear un río a larga distancia, echar a correr como locos y arrojarse entre las ondas con la carreta y cuanto en ella había.

El búfalo se diferencia del buey por su piel casi desnuda y



FIG. 19.—Carabao.

sus grandes cuernos aplastados, echados hacia atrás y encorvados en figura de media luna. Algunas razas de búfalos llaman la atención por el enorme desarrollo de su cornamenta. En Filipinas no es raro ver carabaos con los cuernos de más de un metro de longitud. Son estos animales muy lentos y pesados,

pero muy fuertes, y no tienen miedo a nada. En la India, los muchachos encargados de pastorear los rebaños de búfalos se consideran perfectamente seguros de los ataques del tigre mientras van rodeados de este ganado, que en caso de necesidad sabe dar buena cuenta de la fiera. Para el arrastre de toda clase de vehículos, el búfalo es tan útil, por lo menos, como el buey, pero donde resulta insustituible es en los campos de arroz. Como esta gramínea requiere mucha humedad y se cultiva en terrenos encharcados, las labores en los arrozales constituyen para el búfalo, que tanto gusta de andar metido en el agua, un trabajo verdaderamente agradable.

En las regiones árticas, donde ni el caballo, ni el buey, ni el búfalo pueden subsistir, el hombre ha tenido que buscar otras bestias de tiro, pues aunque allí no se conozca ni sea posible la agricultura, el único procedimiento para trasladarse de un punto a otro consiste en el uso de los trineos, y éstos requieren algún motor animal que los arrastre. El reno y el perro son los que prestan este servicio en aquellos climas.

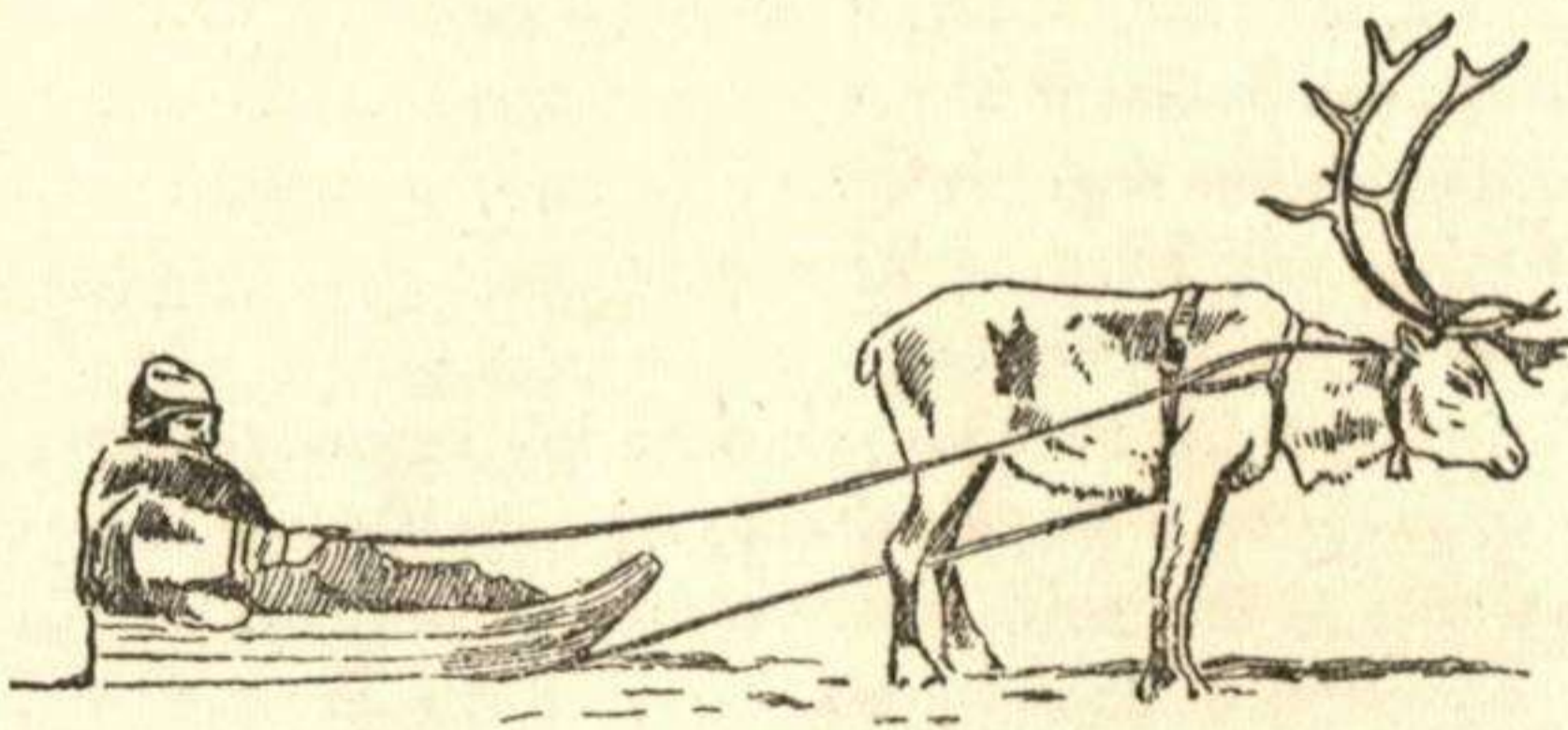


FIG. 20.—Trineo lapón tirado por un reno.

El reno es un rumiante muy parecido al ciervo, pero con los cuernos algo diferentes y las pezuñas muy anchas, lo cual le permite sostenerse muy bien sobre la nieve. En épocas remotísimas hubo renos hasta en el Norte de España, pero hoy sólo viven en los países muy septentrionales. Domesticados, se los encuentra en el extremo Norte de Noruega, en Laponia y en la Siberia, y recientemente han sido introducidos en Alaska. Para los habitantes de dichas regiones son estos animales tan útiles como el camello para los beduinos. Los lapones calculan su fortuna por el número de renos que poseen; los más ricos tienen un millar o más, y aun los más pobres son dueños de una pareja, por lo menos. Entre los tchukes y tungusos de la Sibe-

ria no se considera en situación desahogada nadie que no posea por lo menos una veintena de renos. De estos rumiantes aprovechan todos estos pueblos la leche, la carne y la piel; pero, sobre todo, los emplean para arrastrar los trineos. En Siberia se enganchan tres o cuatro renos a cada trineo, pero en Laponia no suele ponerse más de uno. Se le ata al trineo, que tiene la figura de una barquichuela, por medio de un solo tirante que le pasa por entre las patas, y se le sujetan las riendas a los cuernos. De este modo, arrastrando un peso de ciento veinticinco kilos, puede hacer el reno diez y seis kilómetros por hora durante doce horas seguidas; pero llevando solamente una persona en el trineo, hace algunas veces más de mil doscientos kilómetros en un par de días.

El lector preguntará cómo pueden los lapones mantener su numeroso ganado en un país donde durante todo el invierno no se encuentra ni una sola mata verde, y donde no se cultivan granos ni forrajes de ninguna clase. Pero es que el lapón no da de comer a sus renos: les deja que se busquen la comida por sí solos. En el invierno, esta comida consiste en ciertos líquenes de color blancuzco que se crían bajo la nieve, y que los renos buscan escarbando con las patas y con los cuernos. Algunas veces, la nieve se hiela de tal manera que forma una dura corteza y los pobres animales no pueden romperla. Cuando esto ocurre, no es raro que mueran de hambre centenares de renos. Al llegar el verano, los renos están flacos por exceso de trabajo y la escasez de comida. Para que se repongan, sus dueños los dejan en libertad, y entonces los rumiantes, reuniéndose en rebaños inmensos, se van a pastar a las montañas, porque abajo, en los valles, hace demasiado calor y abundan las moscas y los tábanos, que les molestan extraordinariamente.

En la América del Norte también hay muchos renos, pero en

estado salvaje solamente. No se sabe por qué, a los esquimales, que son, por decirlo así, los lapones del Nuevo Mundo, no se les ha ocurrido jamás domesticar este útil rumiante, y como animal de tiro emplean exclusivamente el perro. Constituyen los perros de los esquimales una raza especial, con algo de lobo en su tipo, pero con la cola muy enroscada hacia arriba. Son animales muy ariscos, aficionados a morder y a reñir entre sí, armando una pelotera por la menor cosa. No saben ladrar, o, por lo menos, yo solamente los he oído aullar, casi como los lobos. Los esquimales enganchan a cada trineo cinco o seis perros de éstos, y a veces más, cada uno de ellos con un solo tirante de distinta longitud, de manera que queden en diferentes distancias del vehículo. Para marchar delante de todos se busca el perro más inteligente.

Mientras los están enganchando no dejan de regañar y de aullar como locos, pugnando por echar a correr, hasta que se les deja partir a escape. El conductor lleva un látigo de mango muy corto y tralla muy larga, que maneja con sorprendente habilidad, tocando con la punta al perro que desea en las orejas, en una pata o donde se le antoja.

Los perros esquimales son auxiliares preciosos para las expediciones árticas. Sin ellos, esos peligrosos viajes a las regiones polares serían absolutamente imposibles, porque estos animales son los únicos que pueden resistir las penalidades del invierno boreal y que saben orientarse en aquellos desiertos de

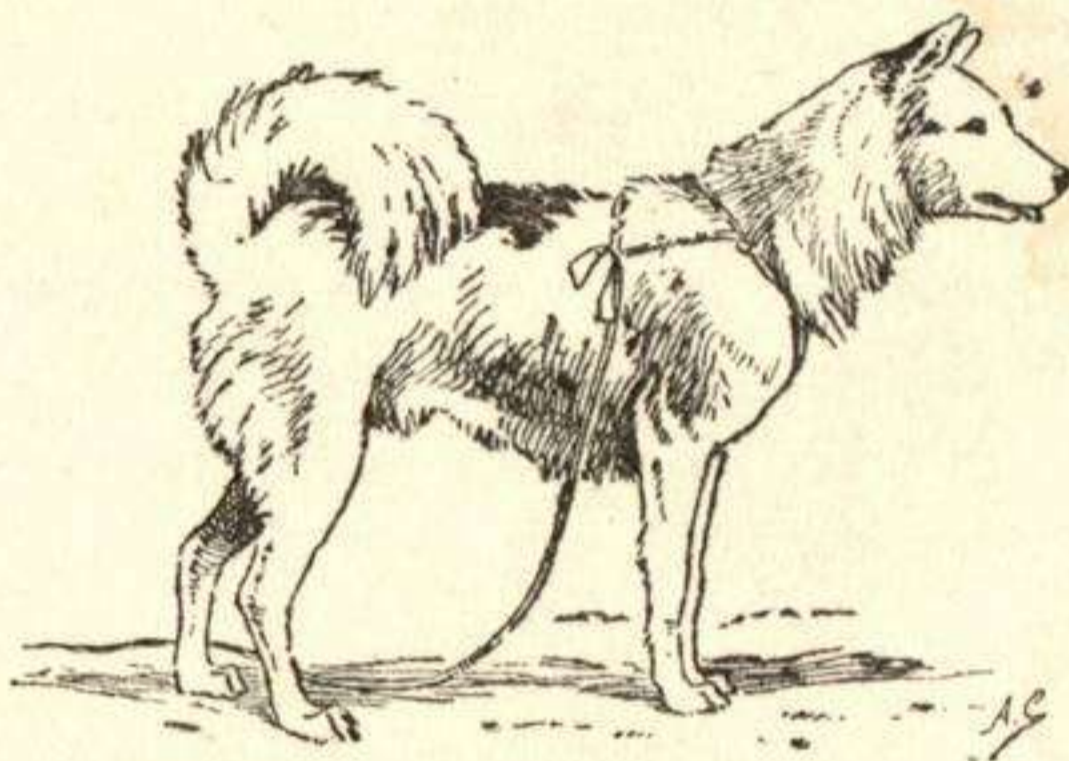


FIG. 21.—Perro esquimal.

hielo. Cuando en Groenlandia se muere un niño, los esquimales entierran junto a él una cabeza de perro, en la creencia de que este animal indicará al ignorante pequeñuelo el camino del País de las Almas, pues un perro puede encontrar cualquier camino que se le indique.

V

LOS AUXILIARES EN LA CAZA

YA que hemos empezado a hablar de perros, bueno será que continuemos ocupándonos de estos fieles compañeros del hombre, que desde los tiempos más remotos le han seguido en todas sus emigraciones, en todas sus conquistas, extendiéndose por el mundo entero, hasta el punto de que actualmente apenas habrá rincón del planeta habitado donde no exista alguna raza de perros domésticos, ni tribu salvaje que no se sirva de ellos.

Es muy difícil, casi imposible, saber dónde empezó a domesticarse el perro, ni de qué especie salvaje descende. Lo único que se puede asegurar, por el examen de su esqueleto, es que sus antecesores debieron ser animales muy parecidos al lobo, probablemente una especie de lobo ya exterminada, y que su domesticación data de los tiempos conocidos bajo el nombre de «edad de piedra». En algunas pinturas prehistóricas encontradas en nuestro país se ven figuras de perros acompañando al hombre en la caza. Evidentemente, el hombre primitivo no necesitó hacer grandes esfuerzos para domesticar al perro. Todos



FIG. 22.—Pintura prehistórica representando cazadores con sus perros.

los cánidos salvajes, el lobo, el chacal, etc., son aficionados a rondar las aldeas y los campamentos, y sus crías, si se cogen muy pequeñas, se habitúan sin dificultad a la compañía del hombre. En un principio, éste se limitaría a aprovechar el instinto que tienen para la caza todos los perros salvajes, y sólo con el tiempo, cuando, por la influencia de los climas y de los cruzamientos, fueron formándose razas diferentes, empezó a aplicarlas a otros usos; las más fuertes o de mayor tamaño se destinaron a custodiar la casa o los ganados, y cuando la humanidad empezó a conocer el refinamiento de las costumbres, las más pequeñas se convirtieron en meros animales de lujo. En el fondo, sin embargo, todos los perros siguen siendo cazadores: el mastín y el perro de presa son cazadores de lobos; el grifón es un cazador de ratas; hasta el pequeño falderillo que coge los zapatos de su ama y corre por toda la casa sucudiéndolos hasta hacerlos trizas, está demostrando que descende de cazadores.

Los nombres de muchas razas caninas de lujo demuestran que fueron primitivamente empleadas para perseguir o atrapar determinados animales. «Foxterrier», por ejemplo, quiere decir raposero, es decir, un perro que saca los zorros de su madriguera; «bulldog» significa perro para los toros, y a esos perritos larguiruchos, de patas cortas y torcidas, que tanto agradan a las damas elegantes, les llaman en Alemania «Dachshund», es decir, perro cazador de tejones.

Algunas de las razas caninas son muy antiguas. En los restos de los pueblos lacustres prehistóricos de Suiza se han encontrado huesos fósiles de una casta de perros que debía ser idéntica a los que hoy llamamos lulús o perros de Pomerania, y la misma raza, o una muy parecida, aparece pintada en algunas vasijas de la antigua Grecia. El perro esquimal, que los habitantes de Groenlandia, no sólo emplean para tirar del trineo,

sino también para cazar el reno y el oso blanco, es enteramente como un lulú de gran tamaño; de modo que cuando vemos hoy uno de esos perros de regalo, blancos como la nieve o de un delicado color gris de plomo, que ostenta orgulloso un gran lazo de seda, debemos mirarlo con el respeto que merece el representante de una familia antiquísima.

Los arqueólogos han hallado en Egipto momias y pinturas de perros que representan, por lo menos, cuatro razas diferentes. Uno de ellos se asemejaba extraordinariamente a los galgos o lebreles que se ven todavía en el Norte de Africa, y que los moros llaman *slugui*. El galgo, en efecto,

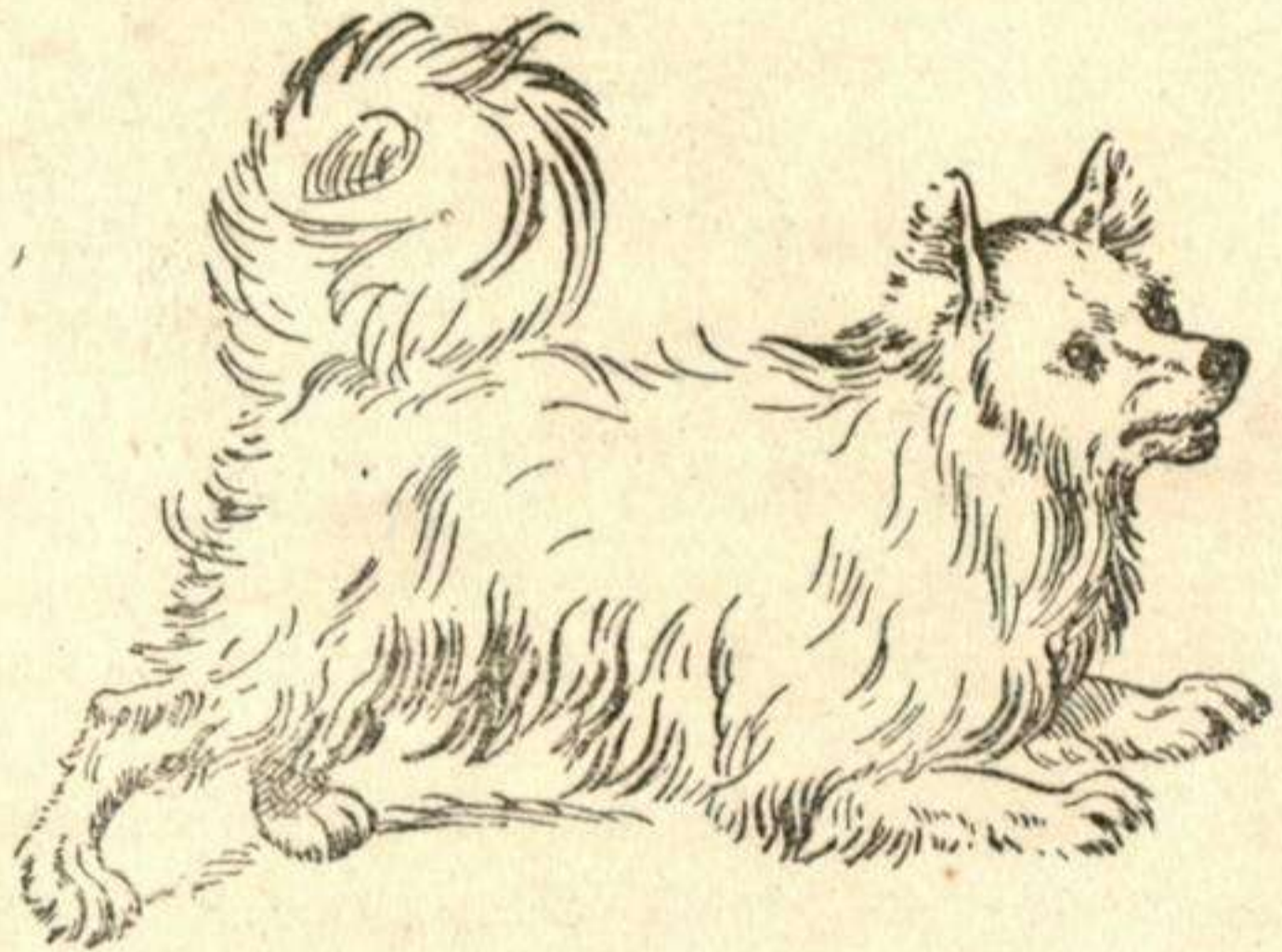


FIG. 23.—Lulú o perro de Pomerania.

debe de ser también una raza muy antigua, que alcanzó su mayor importancia en los tiempos en que no se conocían las armas de fuego y era preciso seguir la caza a la carrera, hasta rendirla y poder tenerla al alcance de la lanza o del venablo. Los árabes y los bereberes no conocen otra clase de perro de caza, y lo tienen en gran aprecio. Mientras a los mastines que guardan sus aduares les llaman simplemente *el kelb*, el perro, al galgo le dan nombres significativos: *Arui* (carnero montés), *Guezala* (gacela), u otros por el estilo. El galgo tiene siempre un lugar reservado en la tienda o la choza de su amo, y una ración en su mesa. En el Sahara, un lebrél que alcance a las gacelas corriendo no se

vende por ningún dinero; si acaso, se cambia por un buen caballo o por una camella de gran alzada. Su dueño lo considera como un animal maravilloso, y si se le pregunta si su perro

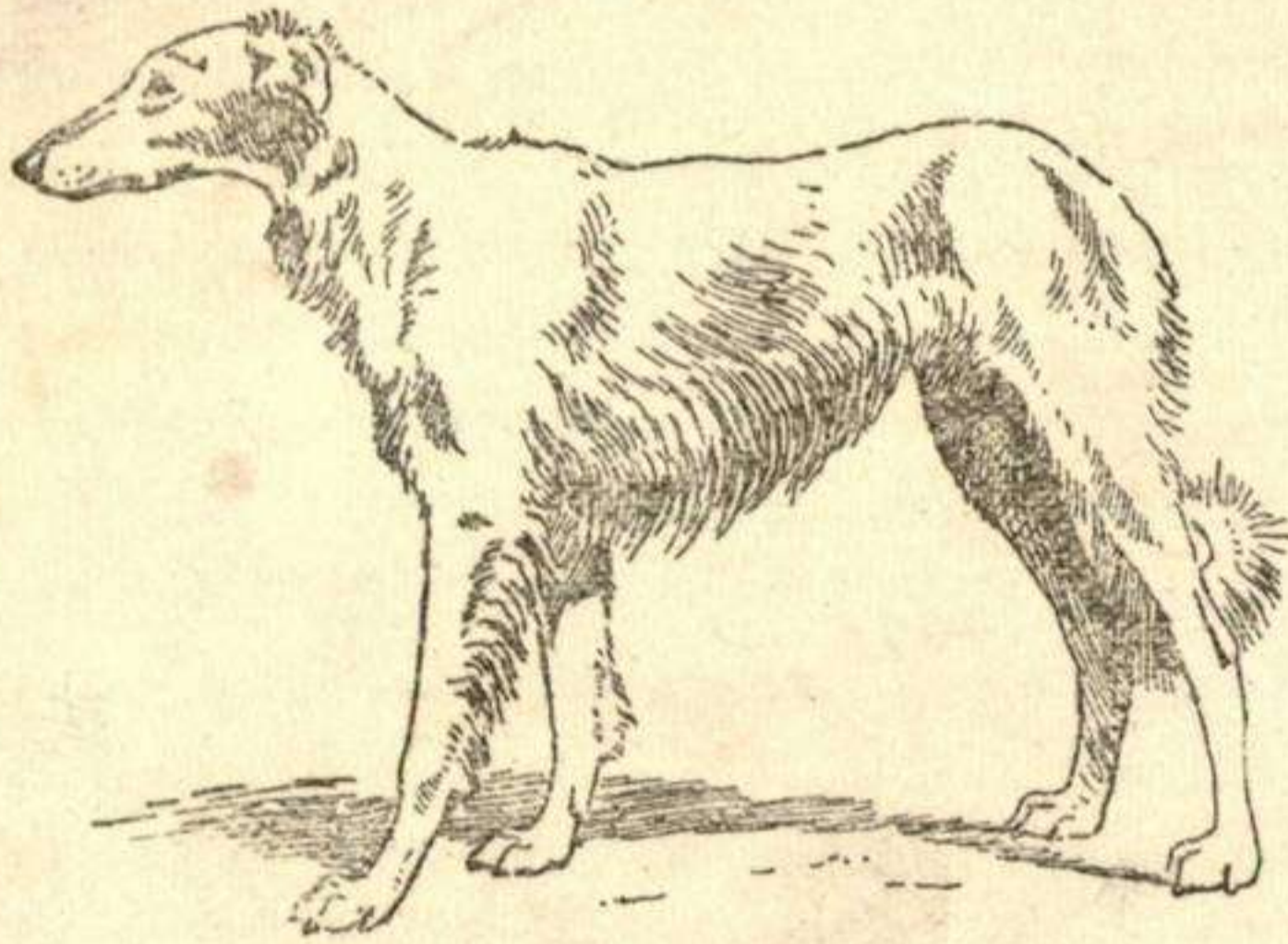


FIG. 24.—Borzoi, o galgo ruso.

sabe correr, seguramente responderá: «Tanto corre, que cuando ve una gacela arrancando del suelo una brizna de hierba, la alcanza antes que haya acabado de tragársela.»

Junto a estos galgos del desierto, los pobres gal-

gos flacos y huesudos que se ven en Europa resultan casi unas caricaturas; solamente el gigantesco galgo ruso de sedoso

pelaje, el *borzoi*, como le llaman en Rusia, puede considerarse también como un perro digno de ser admirado. Los grandes señores

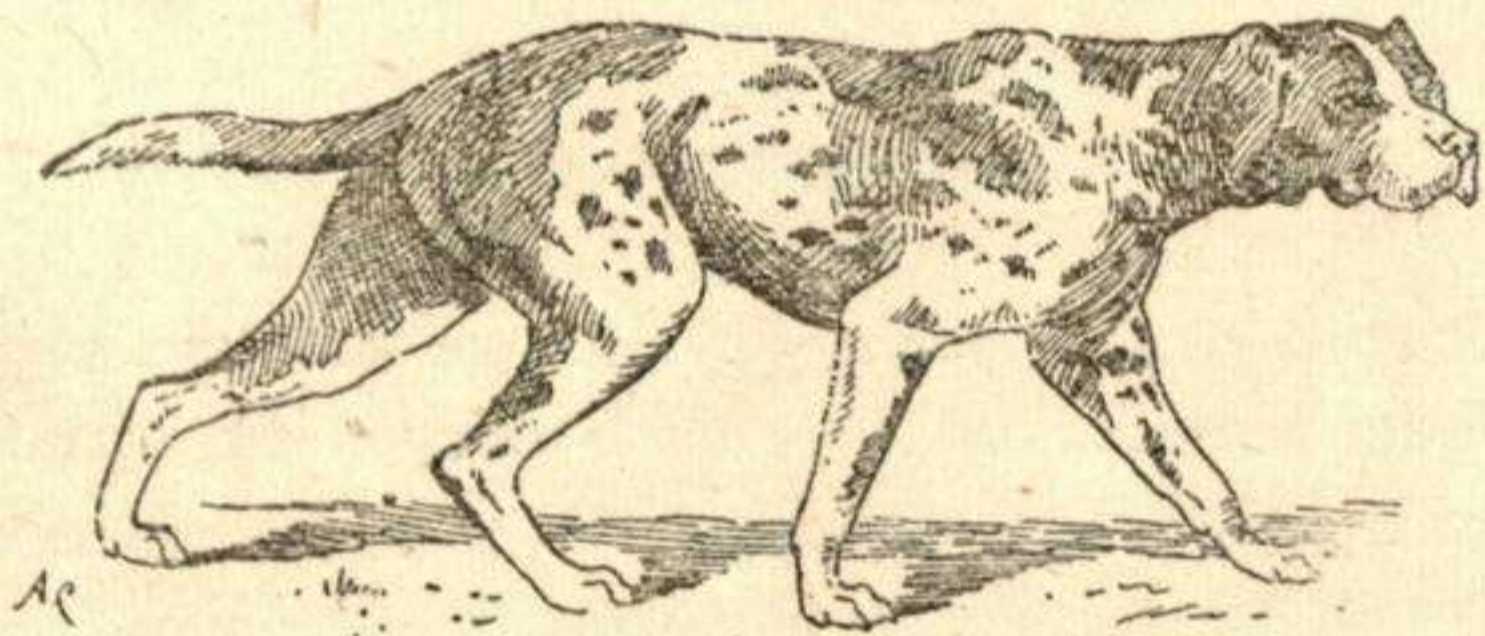


FIG. 25.—Perro perdiguero español.

rusos, cuando en Rusia había grandes señores, empleaban estos perros para cazar lobos a la carrera.

Cuando se empezaron a emplear en la caza las armas de

fuego, se procuró obtener perros que, en vez de correr detrás de la pieza, señalasen dónde se hallaba ésta. Así aparecieron los perros llamados por eso mismo «de muestra», porque muestran o indican. En otro tiempo, los mejores perros de esta clase eran los de España, sobre todo los de Navarra; si el lector ha visitado con alguna frecuencia el Museo del Prado, no habrá dejado de llamarle la atención el magnífico perro navarro pintado por Velázquez a los pies del príncipe Don Baltasar Carlos.

Otra raza española notable, aunque hoy muy abandonada, es el perdiguero, antiguamente llamado «perro de punta» por su costumbre de ponerse de muestra con la nariz le-

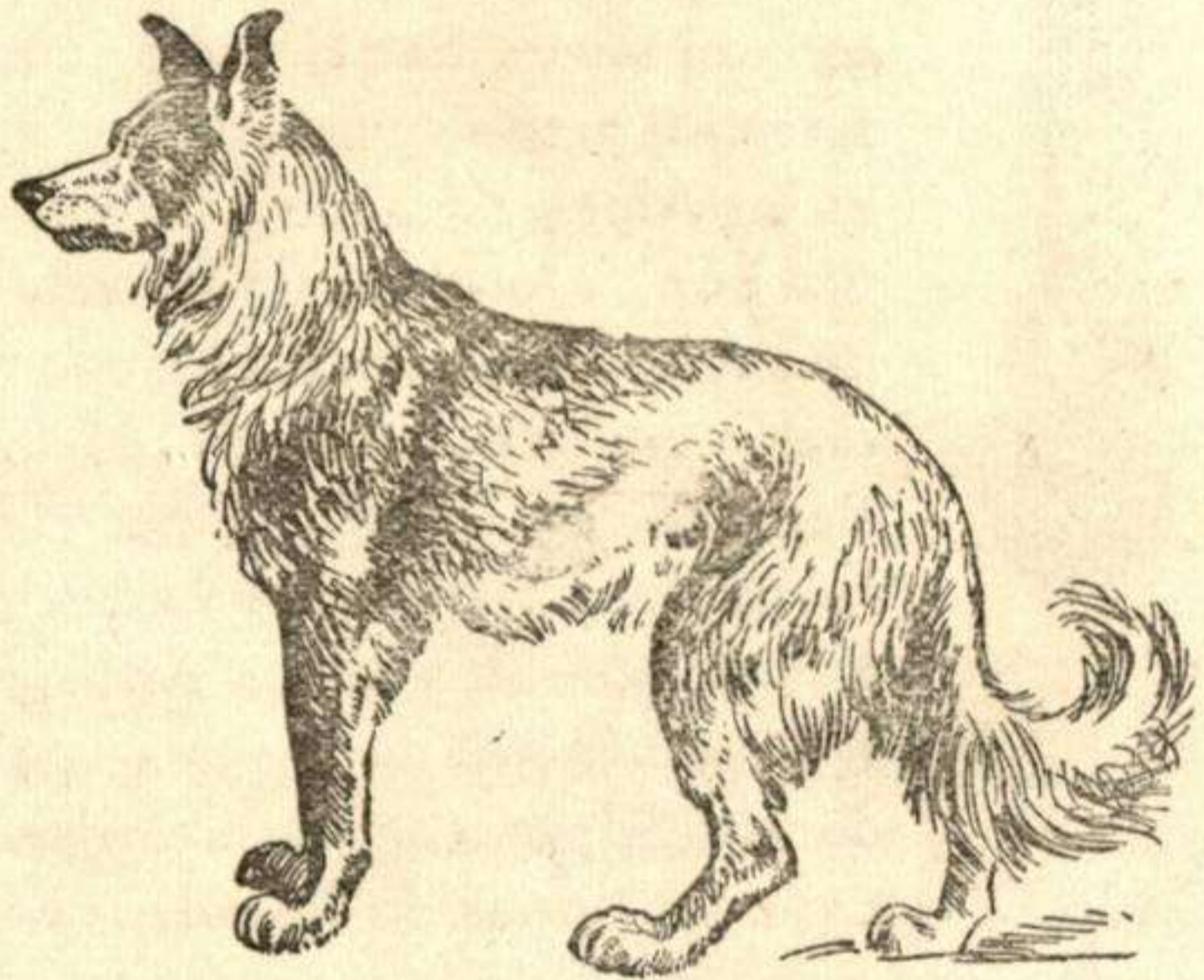


FIG. 26.—Perro inglés de pastor.

vantada al viento. Llevado este perro a las Islas Británicas, los ingleses obtuvieron con él su «pointer», raza apreciada hoy como ninguna por los cazadores del mundo entero.

Si los perros no sirvieran más que para cazar, su utilidad sería muy relativa, pues en los tiempos que corremos la caza ha dejado de ser para el hombre una necesidad y no es ya más que un pasatiempo, todo lo noble y todo lo higiénico que se quiera, pero un pasatiempo al fin y al cabo. Pero el instinto cazador del perro, es decir, su disposición natural para olfatear, para buscar, para perseguir y para traer lo que coge y guiar a

su amo hasta lo que ha encontrado, se ha aprovechado para otros muchos usos. Así tenemos hoy los perros policías, que, al fin y al cabo, no son sino cazadores de ladrones; los perros de guerra, que buscan los heridos perdidos en el campo de batalla, y los perros que se emplean en algunos sitios para ayudar al salvamento de personas a punto de ahogarse en el agua.



FIG. 27.-Moma de gato, del antiguo Egipto.

De todos estos perros filantrópicos, los más famosos son los de San Bernardo, que tan humanitarios servicios prestan en el Hospicio del mismo nombre, en los Alpes, salvando a los viajeros que, sorprendidos por las tormentas o las ventiscas, están a punto de sucumbir sepultados bajo la nieve. Según la tradición popular, esta raza fué llevada al Gran San Bernardo en el siglo XI por el santo que fundó el Hospicio; pero parece cosa probada que los monjes no tuvieron tales perros hasta el siglo XVIII, y que son producto de un cruzamiento del perro de pastor de los Alpes con la raza llamada «gran danés».

En 1800, cuando las tropas de Napoleón cruzaron el San Bernardo, los perros del Hospicio les fueron de gran utilidad; el emperador mismo conoció entonces a *Barry*, perro que llegó a conquistar fama universal por el gran número de personas a quienes salvó de una muerte segura.

El perro no es el único animal cazador que trabaja para el hombre; hay otro que le presta el mismo servicio, pero no en el campo, sino en casa: el gato. Ahora, que el gato, por su tamaño, no caza mas que ratones y ratas, y algún pájaro, si puede atraparlo. En la vida moderna, el gato se ha convertido en un animal de lujo; pero todavía presta incomparable servicio en los almacenes, en las bodegas y en los graneros. No hay cepo ni ratonera tan eficaz contra la invasión ratonil como un buen

gato. Por algo los antiguos egipcios, pueblo muy agricultor y que tenía especial interés en la defensa del grano que recogía, hicieron del gato una divinidad y le rindieron culto. A su diosa Bast la representaban con cabeza de gata, y en el templo de Bubastis, a ella dedicado, se tenían siempre gatos sagrados que

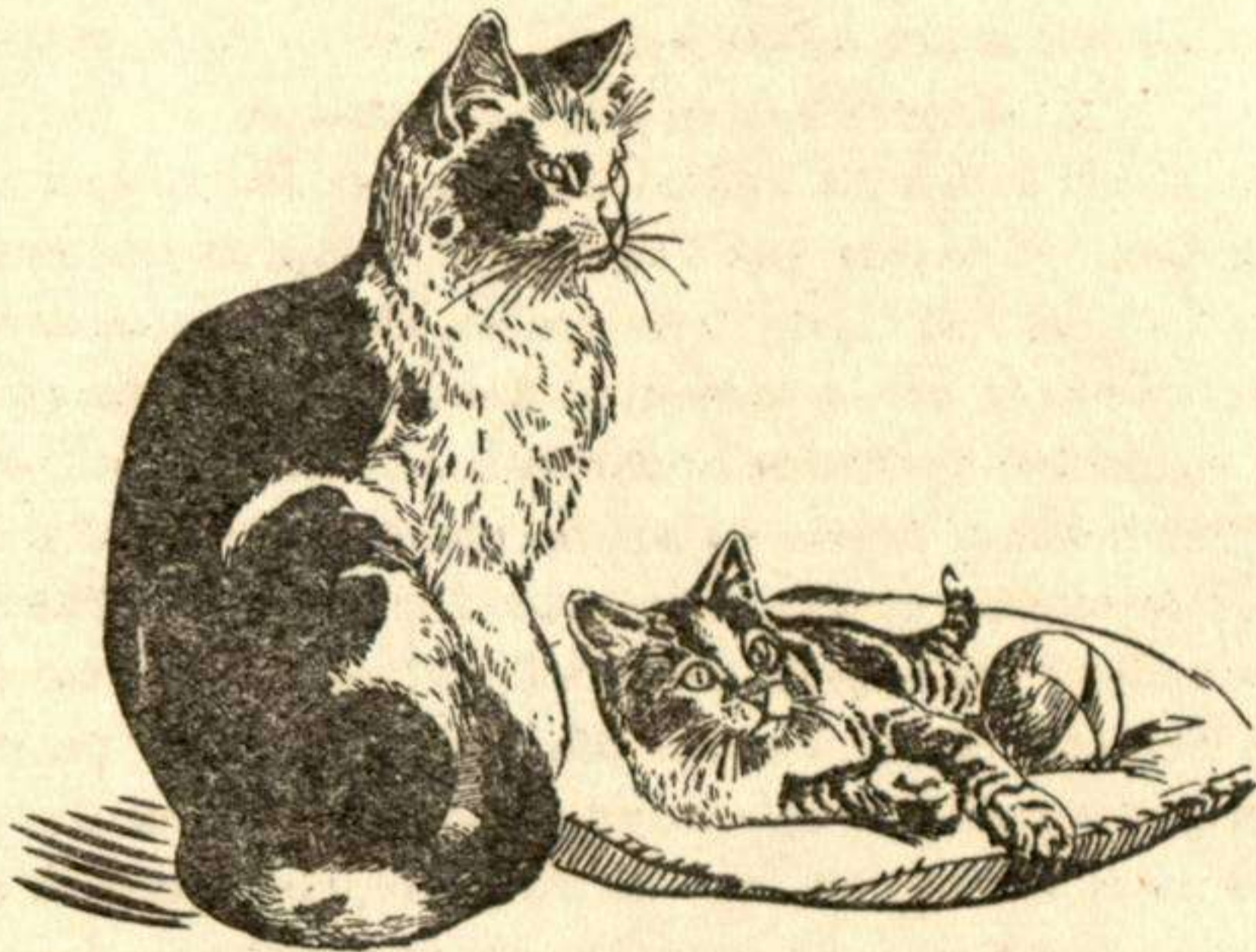


FIG. 28.—Gatos domésticos.

llevaban allí una vida regalada. Matar un gato es siempre una barbaridad, pero los egipcios lo consideraban como un delito que se castigaba con la última pena. Si uno de estos animalitos moría de muerte natural, sus amos se afeitaban las cejas en señal de duelo y hacían embalsamar el pequeño cadáver, que, cuidadosamente momificado, era depositado en los templos de Bubastis, de Heliópolis o de Beni Hassán. El principal lugar de enterramiento gatuno eran los campos tres veces santos de Speos Artémidos, cerca de Beni Hassán, donde millares de gatos han dormido el sueño eterno durante largos siglos.

Se han descubierto en Egipto pinturas que prueban que allí, no sólo se empleaba el gato contra los ratones, sino también contra los pájaros que devoraban el grano en los mismos campos. Domesticado por los egipcios, el gentil minino se extendió muy pronto por todo el Oriente, y fué traído también a Europa. Aquí, entretanto, se había domesticado otra especie de gato que ya no existe en estado salvaje, y de la mezcla de los dos resultaron los actuales gatos domésticos.

Si el lector se fija en todos los gatos pardos que vea, observará que las fajas negras que tienen en el pelaje no son en todos iguales. En unos hay fajas transversales, algo parecidas a las de un tigre, mientras otros presentan anchas bandas diagonales, que se extienden desde los hombros hacia los muslos. Los primeros recuerdan el pelaje de sus antecesores egipcios u orientales; los segundos, el de sus antepasados europeos. Hasta los gatos blancos y los negros, mirándoles el pelo a ciertas luces, ofrecen siempre uno de los dos dibujos, y lo mismo ocurre en esos hermosos gatos de pelo largo, comúnmente llamados gatos persas o gatos de Angora, no «de Angola», como mucha gente dice equivocadamente, porque Angola es una región del Africa occidental con la que nada tienen que ver los gatos de pelo largo. Angora, en la Turquía Asiática, es la ciudad de donde se trajeron a Europa, si no mienten las crónicas, los primeros gatos de esta casta.

Hay en algunos países del Sur de Asia, y muy especialmente en la India, un animal de la familia del gato, que desde tiempo inmemorial se emplea para la caza, mas ya no para la inocente caza del ratón, sino para cazar ligeros antílopes en el campo. Este animal es la onza, que tiene mucho parecido con una pantera, con la diferencia de que lleva siempre las uñas fuera, como los perros. La pantera, el gato, el león y el tigre ofrecen la particularidad de que, mediante el funcionamiento de ciertos

músculos de los dedos, llevan generalmente las uñas escondidas, y sólo las sacan cuando van a hacer uso de ellas. Se dice de estos animales que tienen las uñas *retráctiles*, porque pueden retraerlas. El perro, el lobo, el zorro y el chacal no pueden retraer las uñas; las llevan siempre fuera, y de ahí que las tengan desgastadas en la punta. Lo mismo le ocurre a la onza, aunque no pertenece a la familia de los perros, sino a la de los gatos.

A diferencia de lo que ocurre con los gatos y los perros, las onzas no crían en domesticidad; no son verdaderos animales domésticos, sino solamente amansados. Para amansar una onza, los indios la atan sobre una especie de taburete, le vendan los ojos y la llevan a un mercado o a otro sitio concurrido, donde haya mucho bullicio de gente. A su lado ponen una especie de camastro, y en él se tumba un hombre que no tiene más ocupación que estar molestando constantemente al animal con un mosquero, azotándole los ijares, haciéndole cosquillas en la nariz o en las orejas, procurando, sobre todo, no dejarle dormir ni un momento. Al cabo de algunos días de este trato, la onza parece haberse vuelto idiota y se puede hacer de ella lo que se quiera. Cuando llega el día de la cacería, la llevan al campo atada sobre un carro pequeño, del que tira una yunta de bueyes. En cuanto se ven a lo lejos los antílopes, se la deja suelta, y, como si al punto recobrase toda la pasión por la caza que tiene en su estado natural, en pocos saltos está junto a la pobre víctima, en la que hace al instante presa, derribándola sin vida o, cuando menos, sujetándola hasta que lleguen los cazadores.

Otro animal que los indios amansan, no sólo para la caza, sino como medio de transporte y para otros muchos usos, es el elefante, que, aunque no vive en nuestro país, es demasiado conocido para que sea preciso describirlo. Todo el mundo conoce su alta estatura, su enorme corpulencia; todos han oído

hablar de su inteligencia y de los prodigios de habilidad que hace con su nariz, prolongada en flexible trompa. Hoy que los indostanos ricos gastan ya automóvil y tienen soberbios carruajes a la europea, tirados por magníficos troncos de caballos, los elefantes se usan principalmente para la caza del tigre. Sobre cada elefante se coloca una especie de caja cuadrada, en la que se mete un cazador acompañado de un escopetero, encargado de cargarle y darle oportunamente las armas. Reunidos numerosos cazadores, rodean con sus enormes paquidermos el cañaveral donde se supone oculto un tigre, y apenas la fiera sale y trata de lanzarse contra alguno de los sitiadores, éste le hace fuego. Si el tigre resulta sólo herido, en cualquier dirección que trate de huir encuentra nuevos balazos; pero a veces tiene todavía fuerza bastante para intentar lanzarse contra el cazador, y entonces es cuando se ve la utilidad del elefante en este deporte, pues no sólo dificulta con su elevada estatura el ataque del carnívoro, sino que con su trompa y sus grandes defensas procura resistir el asalto y echar abajo al asaltante.

Para que este capítulo resultase completo, debería ahora hablar al lector de los halcones, de que tanto uso se hacía en la Edad Media para la caza llamada de cetrería; pero, pese a los esfuerzos que para resucitarla hacen algunos entusiastas, esta clase de caza ha pasado a la historia en Europa, y solamente la practican ya los tártaros y los árabes, que ven en ella un pretexto para lucir su habilidad como jinetes.

VI

LA LECHE Y SUS PRODUCTORES

Ni se limita al trabajo la utilidad que en vida pueden reportarnos los animales domésticos, ni es siempre necesario matarlos para que nos suministren preciosos productos. Una prueba de ello la tenemos en el vaso de leche que tomamos a la hora del desayuno, o que la cocinera emplea para añadir al café o para hacer el chocolate.

La leche es un líquido que solamente producen las hembras de los animales mamíferos y que está destinado a la alimentación de sus hijos mientras son demasiado pequeños para comer por sí solos. El hombre aprovecha para su propio sustento la leche de muchos de sus animales domésticos, ya privando de una parte de ella a sus crías, o ya, lo que es más frecuente, procurando que dichos animales produzcan mayor cantidad de leche que la necesaria para alimentar al hijo.

El gran valor de la leche consiste en que es la única sustancia alimenticia que sólo contiene materias necesarias para la vida, o, mejor dicho, que contiene cuanto necesitamos para la vida, y que lo contiene en las proporciones necesarias exactas. En ella hay agua, manteca, azúcar, varias sales y una sustancia extraordinariamente nutritiva, llamada *caseína*. Entre los materiales de que están compuestos los seres vivos, hay algunos muy ricos en nitrógeno, todos los cuales tienen un gran valor alimen-

ticio. Llámase a estos materiales *substancias albuminoideas*, o simplemente *albuminoides*, porque entre ellos está la albúmina, que no es ni más ni menos que la clara de huevo. La caseína es un albuminoide, y constituye el elemento más nutritivo de la leche. Se comprenderá, por consiguiente, que la leche es tanto más alimenticia cuanto más caseína contiene. La leche de oveja, que tiene poco más de un 6 por 100 de caseína, es mucho más nutritiva que la que nuestras propias madres nos proporcionan al darnos el pecho en nuestra primera infancia, porque en la leche de mujer la cantidad de caseína no llega a un 2 por 100 de su composición.

Parece que la leche de todos los animales debiera tener la misma composición, ya que sirve para el mismo objeto; pero no todos los animalitos pequeños tienen las mismas necesidades. Estas dependen de la estructura de su aparato digestivo, del medio en que viven y hasta de la temperatura que les rodea; de modo que un niño no necesita precisamente el mismo alimento que un ternero, que un potro o que un camello recién nacido. Todos estos pequeños seres necesitan las mismas substancias para alimentarse; pero no a todos les convienen en iguales proporciones. La leche de vaca, por ejemplo, es un alimento perfecto para el ternero; pero ya no es tan perfecto para el niño, y aun lo es menos para las personas mayores. Sin embargo, el alimento para el hombre más próximo a la perfección es la leche de vaca, hasta el punto de que sería posible vivir alimentándose exclusivamente de ella, como lo vemos en las personas que han pasado una enfermedad grave, a las cuales, durante los primeros días de la convalecencia, se les recomienda que sólo tomen leche, y se reponen sin probar ningún otro alimento.

A primera vista parece esto imposible, por el hecho de que la leche es líquida. Los enfermos, impacientes por verse fuertes, atribuyen su debilidad a que no toman «nada sólido». Un

terrón de azúcar es sólido, y muy alimenticio, y cuando lo echamos en una taza de café o de te, desaparece, se disuelve; pero a todos nos consta que el azúcar sigue allí, y que sigue siendo tan alimenticio como antes. Pues bien, la leche está compuesta de varias cosas tan sólidas como un terrón de azúcar, y aun de azúcar mismo, sólo que estas cosas están disueltas en agua. Tan pronto como tragamos la leche, se vuelve sólida en nuestro aparato digestivo, se cuaja, como vulgarmente decimos; pero no se cuaja toda ella: el cuajo formado sólo contiene la grasa o manteca y la mayor parte de la caseína, mientras una parte de ésta, el azúcar y las sales quedan aparte, formando lo que llamamos *suero*. La caseína del suero es lo que, cuando hervimos la leche, sube a la superficie y forma una especie de película, que muchos niños miran con repugnancia, y que, sin embargo, es una de las mejores cosas que tiene la leche. El azúcar que ésta contiene, y que también forma parte del suero, es mucho menos dulce que el azúcar de caña o de remolacha que venden en las tiendas, pero está más libre de microbios. En cuanto a las sales de la leche, contienen potasio, sodio, calcio, magnesio, hierro, fósforo y cloro, y son excelentes para la restauración de los huesos, de los dientes y, sobre todo, de los músculos. Resulta, pues, que el suero mismo es por sí solo muy alimenticio, y aun podríamos decir que es lo más nutritivo de la leche. Las sales de hierro que forman parte de él son un gran reconstituyente para la sangre. Lo que hace la sangre más roja es el hierro, y el único alimento que contiene hierro en una forma absolutamente conveniente para el organismo es la leche.

Cuando se deja reposar la leche, no tardan en separarse en ella dos partes: una que contiene la grasa o manteca y sube a la superficie constituyendo la nata, y otra más clara que queda en el fondo. No hay ninguna substancia grasa, ningún aceite vegetal ni animal, ni aun siquiera el famoso aceite de hígado



de bacalao, que sea tan conveniente para el organismo como la manteca contenida en la nata de la leche. Si todos los niños comiesen nata en abundancia, no habría niños raquíticos en el mundo.

Batiendo rápidamente la nata, o simplemente la leche cuya nata aun no ha sido separada, la grasa se reúne en una masa apretada, que después de bien lavada es la manteca del comercio; es decir, la manteca legítima, porque no faltan industriales poco escrupulosos que la adulteran añadiéndole substancias extrañas, no siempre sanas.

Otro producto alimenticio derivado de la leche es el queso. Pocas serán las personas a quienes no les guste el queso; pero seguramente serán muchas las que ignoren que, en igualdad de peso, el queso es doblemente alimenticio que la carne, y muchas también las que ignoren por completo cómo se fabrica el producto en cuestión.

Para obtener el queso, hay que solidificar la leche cuajándola; es decir, mezclando con ella una substancia llamada *cua-jo*, que se extrae del estómago del cordero o del ternero. Esta substancia tiene la propiedad de coagular la leche casi instantáneamente. Una vez coagulada, hay que dejarla secar, y a la vez que la desecación se verifica una fermentación que descompone una parte de la caseína, dando origen a otros compuestos que comunican al queso su aspecto y su gusto particulares.

En los países cultos se obtiene la leche de los mamíferos rumiantes domésticos, y muy especialmente de la vaca. Algunas razas vacunas tienen fama de lecheras en el mundo entero, como ocurre con la holandesa, la suiza y la bretona. Una buena vaca holandesa da, por término medio, 3.200 litros de leche en diez meses, o sean poco más de diez litros diarios. Las vacas de Jersey también son excelentes lecheras; muy rara

vez dan más de doscientos litros al mes; pero es una leche muy rica en nata, bastando quince o diez y seis litros para obtener un kilo de manteca, mientras que en el ganado holandés se requieren, para sacar el mismo peso, treinta litros de leche.

Los filipinos y otros pueblos que tienen búfalos domesticados beben la leche del búfalo hembra, como en la India se bebe la del cebú hembra. En algunos puntos de la India, para que la vaca cebú no se resista al ser ordeñada, se le presenta una especie de maniquí figurando toscamente un ternero, y mientras lo tiene delante se deja manejar sin protesta.

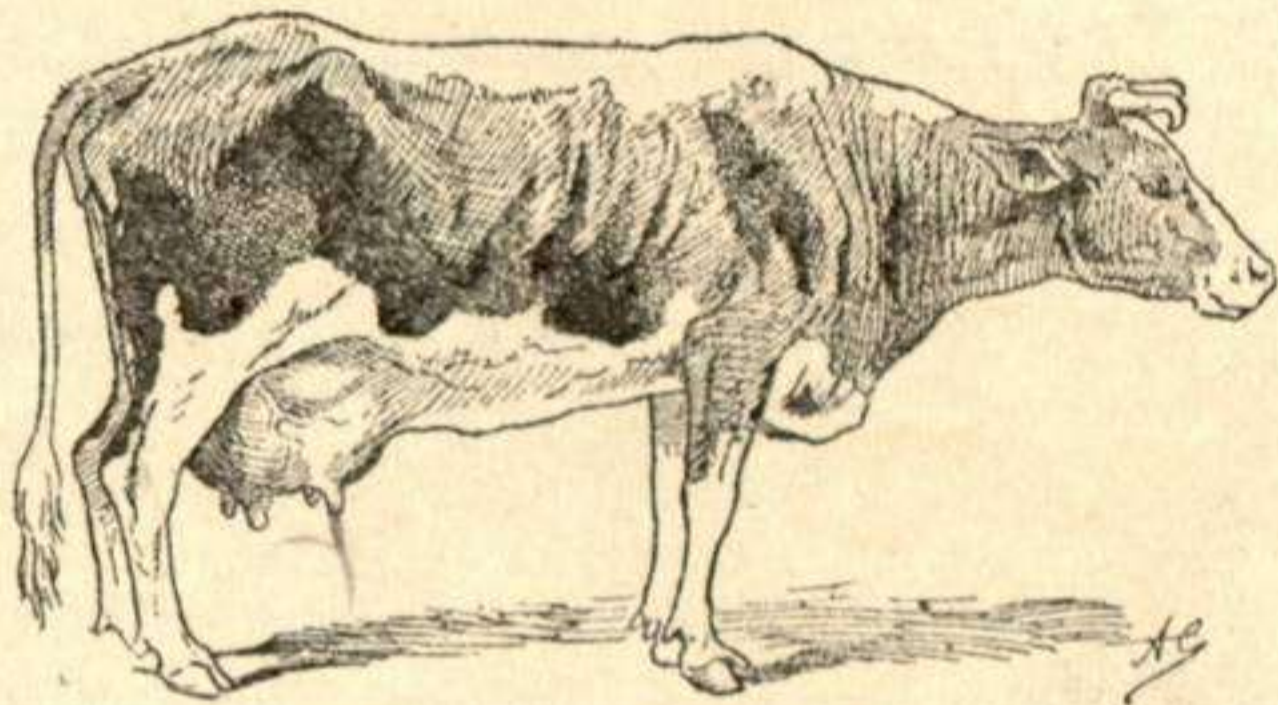


FIG. 29.—Vaca lechera holandesa.

La leche de vaca, aunque la más usada, ofrece un grave inconveniente, que consiste en la propensión del ganado vacuno a padecer la tuberculosis y en la facilidad con que este terrible padecimiento se transmite a las personas por medio de la leche. Esto hace que muchas personas prefieran la leche de cabras, porque estos rumiantes no están nunca tuberculosos.

La cabra doméstica es un animal travieso y vivaracho, que en medio de la domesticidad ha sabido conservar algo de salvajismo y de independencia. Se ve siempre en ella a la hija de las montañas, llena de la alegría del vivir. Se la llama algunas veces «la vaca del pobre», porque su leche, aunque tiene cierto tufillo característico, es buena y abundante y, en cambio, su alimentación, por lo menos durante el verano, resulta sumamente económica. La cabra, en efecto, come de todo: desde

los pastos más substanciosos, hasta papeles y cortezas de árbol. Los brotes y las hojas nuevas son su bocado predilecto, y de aquí que deba evitarse su presencia en las plantaciones y en los jardines.

Es costumbre casi general en todos los países donde se usa mucho la leche de cabra ordeñar a estos animales en la vía pública, a la vista del comprador. Esto se hace lo mismo en Egipto que en España.

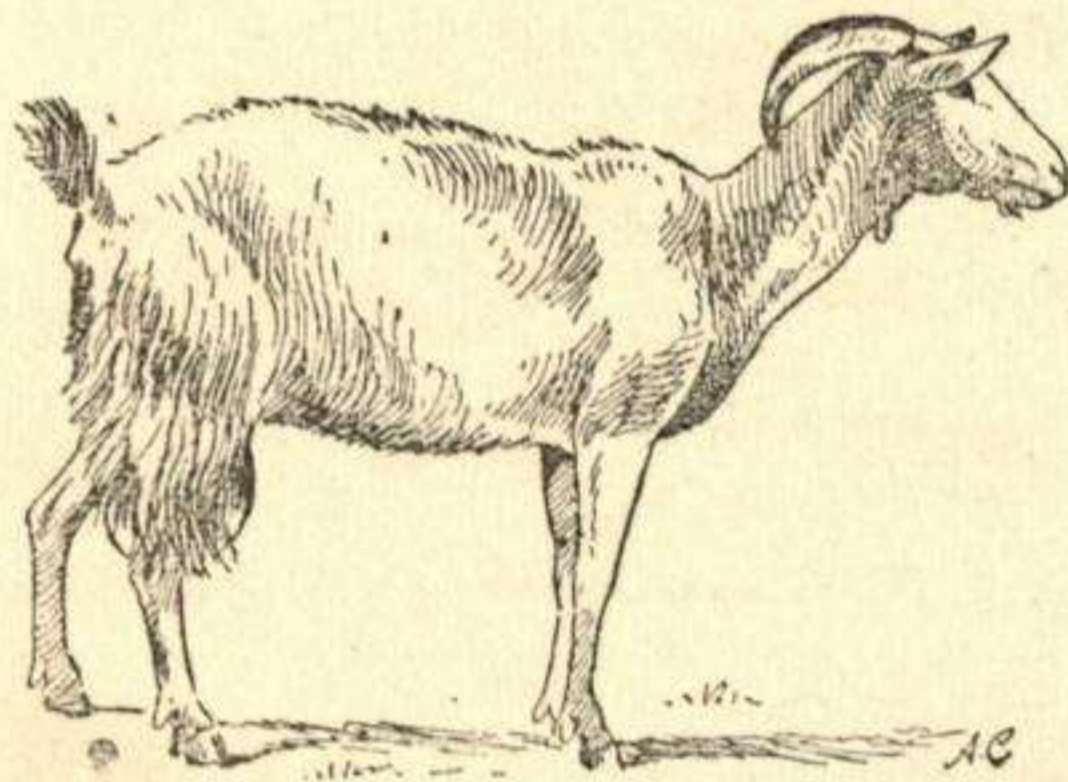


FIG. 30.—Cabra malagueña.

En nuestro país tenemos excelentes razas de cabras, especialmente la malagueña y la granadina. La primera es notable por la gran cantidad de excelente leche que produce. Generalmente, una buena cabra da la octava parte de leche que una vaca; pero la cabra malagueña da hasta cuatro litros diarios. Para ser igualmente productiva, una vaca debería dar treinta y dos litros, lo que no

da ninguna vaca del mundo. La cabra de la isla de Malta es probablemente la única que puede competir con nuestra raza de Málaga. La leche de cabras no se emplea en ninguna parte para hacer manteca; pero, en cambio, se obtienen con ella excelentes quesos.

La leche de oveja, aunque muy nutritiva y más rica en caseína que la de vaca, tiene pocos partidarios entre los habitantes de las ciudades; pero en las montañas se hace bastante consumo de ella durante el verano. En Francia, en el Aveyron, se fabrica con leche de oveja el conocido queso de Roquefort, que se deja fermentar en grandes cuevas. Los trozos verdosos

que se ven en este queso no son, como algunas gentes suponen, unas hierbas empleadas para cuajarlo, sino un hongo microscópico, un moho, que se desarrolla durante la fermentación.

A muchas personas que padecen catarros crónicos y otras enfermedades parecidas se les recomienda que beban leche de burra, y en las farmacias se venden pastillas para la tos hechas con esta leche. Hoy día, un sinnúmero de específicos han hecho que pase de moda este remedio natural; pero todavía quedan en Madrid algunas «burrerías» que recuerdan los tiempos en que, a primera hora de la mañana, con gran ruido de campanillas, iban los grupos de borricas trotando de puerta en puerta para llevar el salutífero desayuno a la humanidad catarrosa.

Si los europeos hemos concedido a la leche de burra virtudes terapéuticas, no debe extrañarnos que otros pueblos beban con gusto la leche de yegua. En este caso se hallan los tártaros del Asia occidental, cuya bebida predilecta es la leche de yegua, fermentada. Su fermentación es debida a un microbio que convierte la lactosa, o azúcar de leche, en ácido láctico y, en virtud de ella, la leche deja de ser dulce y se convierte en ácida. El uso de la leche así transformada se ha extendido a Europa, y, lejos de ser perjudicial, parece convenir a muchas personas delicadas; pero la leche que en nuestro país se toma en esta forma es de vaca o de cabra, mientras el verdadero *kumis*, como le llaman los tártaros, se hace con leche de yegua.

Lo mismo que estos pueblos de las estepas asiáticas ordenan sus yeguas, los lapones obtienen la leche de las hembras de sus renos, y los beduínos del desierto de las de sus camellos. La leche de camella es muy espesa y muy rica en grasa, y resulta repugnante cuando se mezcla con el te o con el café.



Por mi parte, no puedo juzgar acerca de su gusto, porque siempre la he probado mezclada con leche de vaca y de oveja, y por añadidura, esta mezcla se servía ácida. El conjunto resultaba un poco desagradable al paladar, pero sumamente refrescante, que es lo que más se agradece en un día de mayo bajo el sol africano.

VII

LOS ANIMALES QUE NOS VISTEN

LAS primeras vestiduras que se hizo el hombre debió hacerse con las pieles de los animales que cazaba; pero cuando empezó a tener animales domésticos, cuando de cazador se convirtió en pastor, debió parecerle muy duro tener que matar estos animales para despellejarlos, y entonces debió ocurrírsele que era más práctico quitarles solamente el pelo, tejerlo y hacerse la ropa con los tejidos así obtenidos. Esto, claro está, sólo puede hacerse con aquellos animales cuyo pelo es lo bastante largo, fino, flexible y resistente para que pueda tejerse con facilidad y dar una trama fuerte y flexible a la vez. A esta clase de pelo se le llama *lana*.

La prueba de que así fué como ocurrieron las cosas la tenemos en que, de los pueblos que llevan todavía una vida primitiva, los que viven principalmente de la caza, como los esquimales, los pieles rojas y los patagones, se visten con pieles, en tanto que los que son principalmente pastores, como los mogoles y los beduinos, se visten con tejidos de lana. Claro es que no basta que sean pastores, sino que tienen que ser pastores de animales que tengan lana. Los animales domésticos que tienen lana son ciertas razas de carneros y de cabras, los camellos, la llama y la alpaca.

A primera vista parece inhumano o, por lo menos, egoísta,

que privemos a estos animales del pelo con que los ha vestido la Naturaleza para vestirnos nosotros; pero conviene advertir que si el hombre no se lo quitase, la misma Naturaleza se lo quitaría. El pelo largo, en efecto, lo tienen los animales para defenderse del frío en el invierno, y cuando llega la primavera se les cae y es sustituido por otro más corto, que crece poco a poco y es a su vez largo al invierno siguiente. El hombre, al quitar a las ovejas la lana, al esquilarlas, que así se dice, no hace más que adelantar un poco esta pérdida natural del pelo porque si dejase que se cayera por sí solo, la mayor parte de él no podría aprovecharse, porque se quedaría enredado en las zarzas de los campos o se lo llevaría el viento. Los animales salvajes también cambian de pelo y, sin embargo, es muy raro encontrar sus pelos en los bosques o en las montañas. Lo mismo ocurriría con la lana de las ovejas si el hombre no procediese al esquila cuando cree que ha llegado la época conveniente para quitarles su abrigo y recogerlo él.

Dije en el capítulo anterior que la leche era el alimento perfecto; del mismo modo puede decirse que la lana es la materia textil perfecta. A pesar de los miles de años que han transcurrido desde que empezó a usarla, el hombre no ha podido descubrir otra mejor. El carromato primitivo fué sustituido por el coche; el coche, por el ferrocarril; éste, por el automóvil, y el automóvil está a punto de ser vencido por el aeroplano; al alumbrado de velas siguió el de petróleo, después vino el de gas y el gas se abandonó por la luz eléctrica; pero la lana sigue siendo superior, por todos estilos, a todas las demás materias usadas para confeccionar trajes. La lana no comunica de por sí calor al cuerpo; pero impide que éste pierda su calor propio y, además, absorbe a la vez la humedad exterior y la que se exhala de la piel.

Si quisiéramos ocuparnos, aunque fuera muy rápidamente,

de todos los tejidos que el hombre fabrica con la lana, necesitaríamos un libro cuatro o seis veces mayor que éste. Basta con que recordemos que con lana se hacen las innumerables variedades de paño, el muletón, la franela, el casimir, la jerga, el terciopelo de lana, la alpaca, etc., sin contar esa lana hilada que se vende en madejas y con la que se hacen en casa medias gruesas, jerseys y hasta vestidos enteros. No es de extrañar, pues, que la lana llegue a constituir una gran riqueza para algunas naciones y sea la base de una industria importantísima. El país que más lana produce es Australia, donde cada año se obtienen unos quinientos millones de kilos. Europa entera produce anualmente unos cuatrocientos millones, y la Argentina, por sí sola, alrededor de doscientos cincuenta millones de kilos.

Estas cifras se refieren a la lana de oveja, que es la más generalmente usada, y, desde luego, a la lana lavada.

Hay que tener presente, en efecto, que el vellón del carnero no consiste solamente en lana pura, sino que contiene substancias extrañas, principalmente lo que se llama *churre* o *suarda*, que es una mezcla de substancias exudadas por la piel del mismo carnero y por materias procedentes del exterior, como es el polvo, la tierra y toda clase de basuras. La parte natural del churre, formada por el sudor y la secreción sebácea, es una especie de grasa pegajosa, de olor muy fuerte, que mantiene la lana constantemente flexible e impide que el agua de lluvia

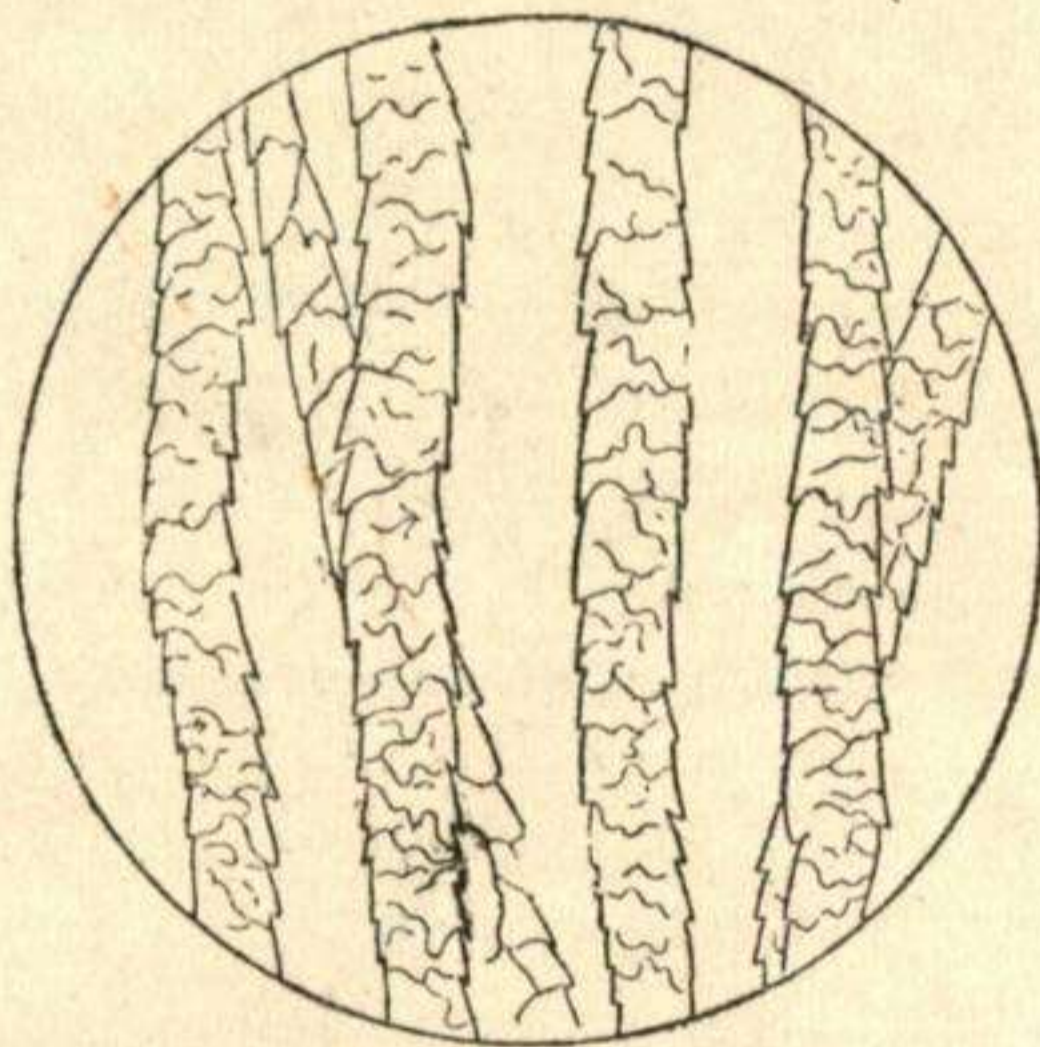


FIG. 31.—Fibras de lana, vistas al microscopio.

penetre entre el vellón. Con ella se mezcla cierta cantidad de carbonato de potasa y otras sustancias minerales.

Para quitar el churre a la lana hay que lavarla muy bien. En muchos sitios se acostumbra lavar los carneros antes de esquilarlos, metiéndolos a viva fuerza en el agua y restregando vigorosamente el vellón hasta que ha salido toda la basura; pero lo más corriente es esquilar al animal sin lavarlo, y luego

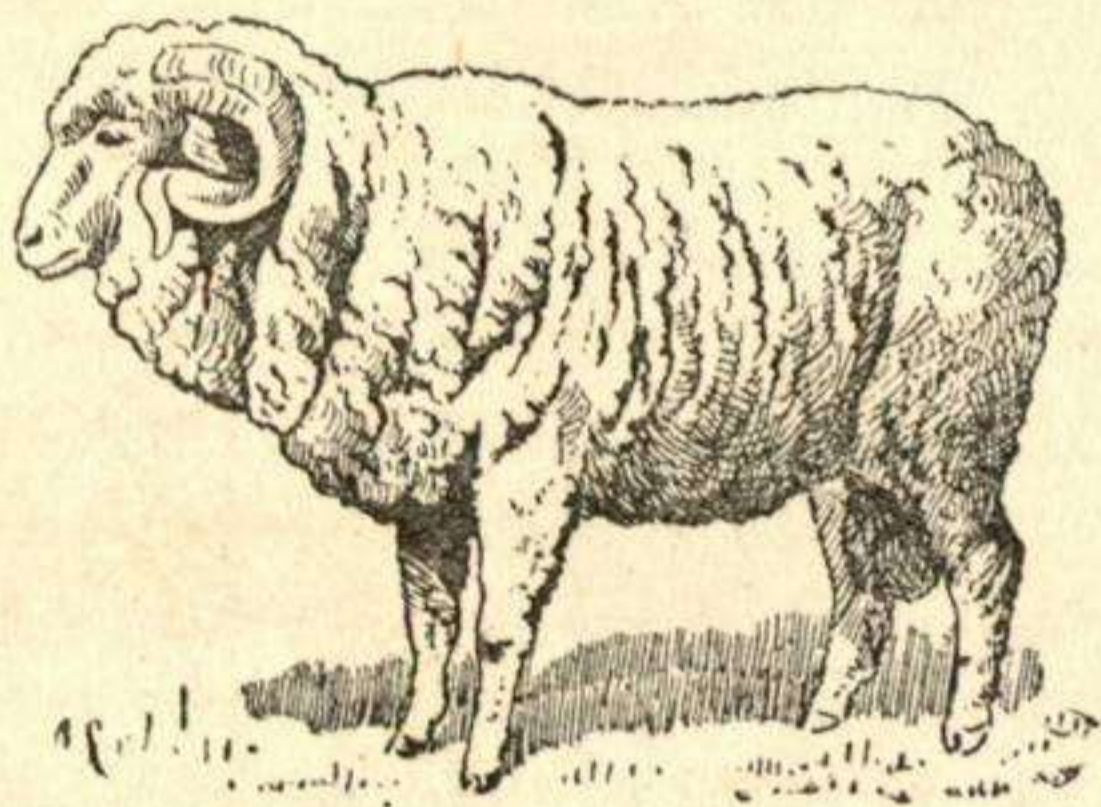


FIG. 32.—Carnero de raza merina.

lavar la lana. El esquila se hace, según los países, entre mayo y julio. Para esquilar los carneros, se les sujetan las cuatro patas con objeto de inmovilizarlos, porque de otro modo sería fácil herirlos, y tendiéndolos en el suelo, o mejor todavía sobre una mesa, con unas grandes

tijeras se va cortando la lana a ras de la piel. Como los vellones son muy tupidos, y lo están más aún por la pegajosidad del churre, no caen sueltos, sino reunidos en grandes capas.

Acaso el lector no sepa que los mejores carneros del mundo, para la producción de lana, son de una raza española. Se les llama *merinos*, y se reconocen en seguida por sus vellones rizosos y muy apretados, que cubren por completo cabeza, cuerpo y patas, dejando fuera solamente el hocico y los pies, y, además, por los grandes pliegues que la piel le forma en el cuello. Hay quien dice que los españoles teníamos ya merinos en tiempo de los romanos, y quien supone que vinieron de África en el siglo XIV, cuando llegaron a la península los musulmanes de la tribu de Beni Merín, explicando así el nombre de la raza.

Sea como fuere, la cuestión es que entre los siglos XVI y XVIII

tenían las lanas españolas fama en el mundo entero. La cría del carnero gozaba entonces de una importancia enorme, y los que se dedicaban a ella tenían ciertos privilegios y disfrutaban de leyes especiales, en lo que entendía una junta o tribunal que llevaba el nombre de Consejo de la Mesta. Los rebaños pasaban el invierno en las llanuras de Andalucía y el verano en las montañas del centro y Norte de España, y cuando se trasladaban de un punto a otro tenían sus caminos marcados por las leyes, en los cuales nadie podía molestarlos ni estorbarles el paso.

Este sistema de criar el ganado lanar se llama *trashumancia*, y aunque en otro tiempo parecía el mejor, era muy perjudicial para los carneros, influyendo mucho en la degeneración de la raza, por lo cual se ha ido abandonando, y hoy existen en España muchos ganados *estables*, es decir, que no viajan al cambiar las estaciones. Lo triste es que esto no lo hemos aprendido los españoles por experiencia propia, sino por lo que hemos visto hacer en el extranjero. En el siglo XVIII, los franceses adquirieron aquí muchos merinos, que llevaron a la Borgoña y a Rambouillet, cerca de París, y allí los criaron por el sistema de estabulación, consiguiendo en poco tiempo mejorar considerablemente la raza. Lo mismo hicieron los alemanes, que en 1778 llevaron merinos a las fincas del elector de Sajonia, donde se formó la variedad llamada «merino electoral», muy superior también a las castas españolas. Hoy día se da el caso de que donde hay más merinos, y mejores, es en Australia, en el África del Sur y en la Argentina.

Mucha gente confunde con los merinos los carneros serranos que se ven pastando en nuestras montañas, y que tienen también el vellón muy apretado; pero este ganado no tiene nunca los pliegues del cuello, ni lanas en la cara, como los merinos. Un carnero serrano nunca da arriba de cuatro kilos de

lana cada año, mientras el merino da hasta seis kilos. En las dos razas, los machos se distinguen de las ovejas por sus grandes cuernos retorcidos. Hay otras razas en nuestro país donde ni machos ni hembras tienen cuernos, como ocurre con la raza manchega, cuyos ejemplares alcanzan un tamaño enorme. Su lana, sin embargo, no pesa más de tres a cuatro kilos. Hay, en fin, la raza churra, que se distingue en seguida porque su lana

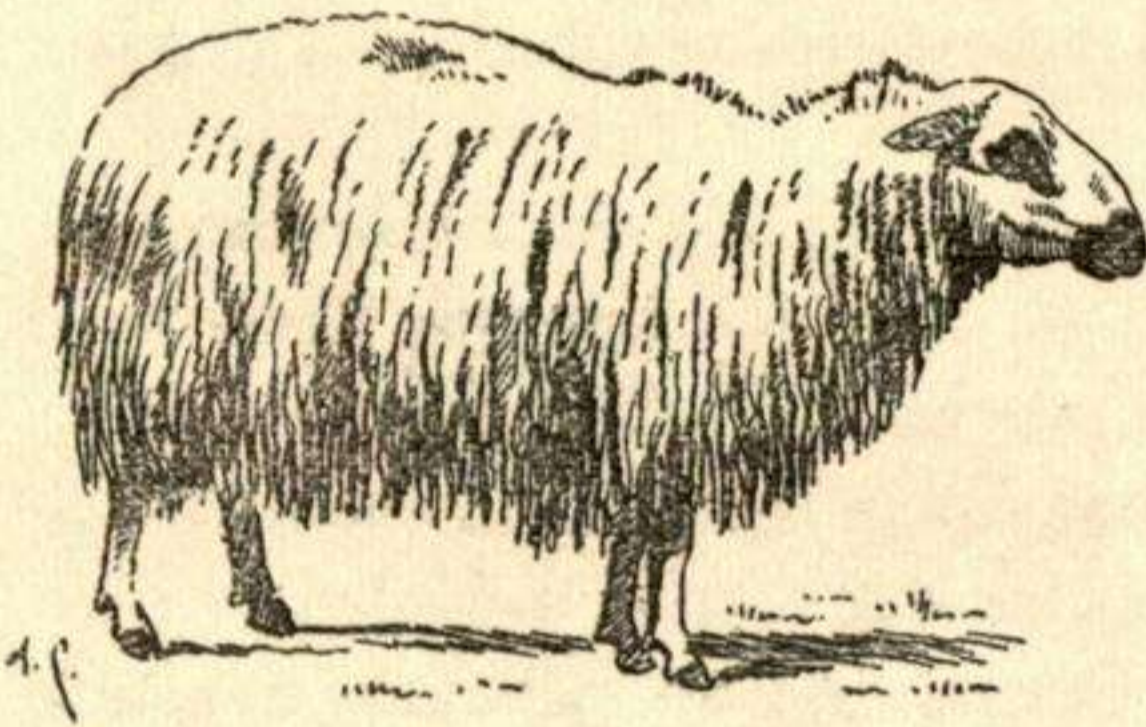


FIG. 33.—Carnero de raza churra.

es muy larga y lisa, no rizada como en las otras razas, llegando los vellones hasta cerca del suelo.

Los tejidos de lana llamados «casimir» no se hacen, cuando son legítimos, con lana de ovejas, sino con la que se obtiene de las cabras de Cachemira y del Tibet. Estos ani-

males están cubiertos de un pelaje muy largo y sedoso, debajo del cual hay una lana blanca, corta y sumamente fina, que les protege contra los fríos de sus montañas natales. Esta lana es la que aprovecha la industria. Los famosos chales de Cachemira, de que, sin duda, habrá oído hablar el lector, se hacen con ella, y su carestía depende, no sólo de lo remoto del país en que se fabrican, sino de la escasez del material, pues cada cabra da solo una pequeña cantidad de lana. Para hacer un chal de vara y media en cuadro hay que emplear la de diez cabras.

Otras cabras que dan una lana muy valiosa son las de Angora, en el Asia Menor. Su color es blanco como la nieve, y su lana larga, fina y suave. Para impedir que se ensucie y estropee, durante los meses de calor tienen los pastores la costumbre de lavar y peinar con mucha frecuencia a sus cabras. Con la lana

de estas cabras, que se conoce con el nombre de *mohair*, se hacen excelentes terciopelos y peluches. Esta raza cabría se aclimata con facilidad en España y en otros puntos de Europa; pero donde mejor resultado ha dado su introducción ha sido en el Sur de África, donde hoy se produce un mohair más fino que el de la misma Angora. La colonia del Cabo exporta cada año más de diez y ocho millones de pesetas en lana de cabra de Angora.

Antes de que llegasen los españoles al Nuevo Mundo no existían allí carneros ni cabras domésticos, y, sin embargo, ya había un pueblo, el pueblo peruano, que usaba

para vestir telas de lana sumamente finas. Este producto lo obtenían de la alpaca, que es una variedad de la llama, notable por lo largo y fino de su lana. Así como en Europa tenemos, por ejemplo, razas vacunas para matadero, razas de trabajo y razas lecheras, los antiguos peruanos, al domesticar el guanaco o llama salvaje, obtuvieron dos razas diferentes: la llama, que es, sobre todo, un animal de carga, y la alpaca, que se cría por su lana.

En la actualidad, el departamento de Puno, en el Perú, es la región más notable por sus alpacas, que tienen un vellón muy largo y espeso. La alpaca se esquila cada dos años, y da de tres a cinco kilos de lana, siendo la mejor la de los animales de tres a cuatro años. La lana de la llama también se usa, pero es

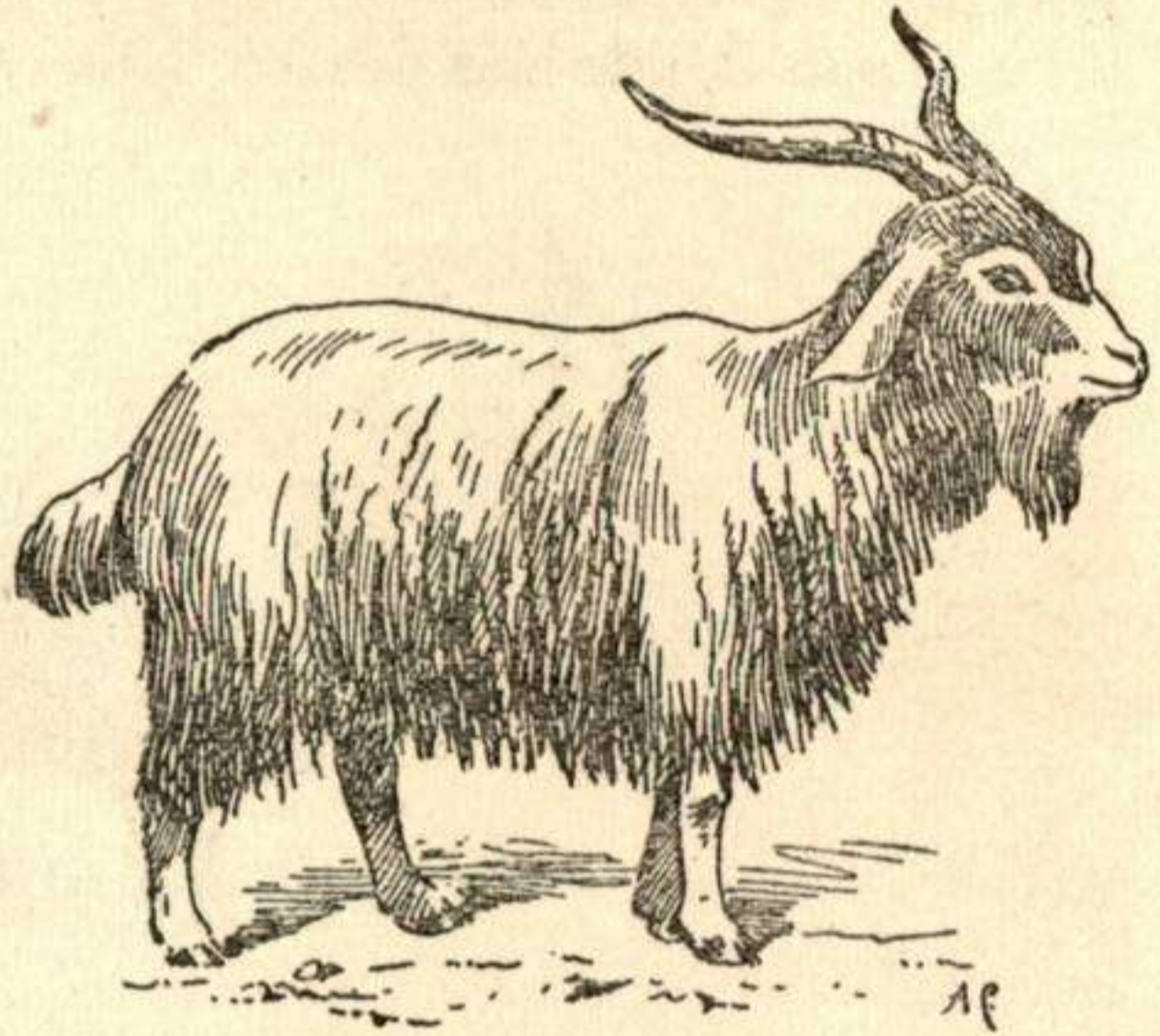


FIG. 34.—Cabra de Cachemira.

mucho más ordinaria. La alpaca es un animal bastante más pequeño que la llama, más pesadamente construido, y sus lanas son tan largas, que la cubren hasta casi tocar el suelo. Todo el mundo conoce el tejido que se hace con esta lana, y que se conoce también con el nombre de alpaca; pero en Europa no se hizo este tejido hasta el año 1836, desde cuya fecha es Inglaterra el país donde más desarrollada está la industria en cuestión.

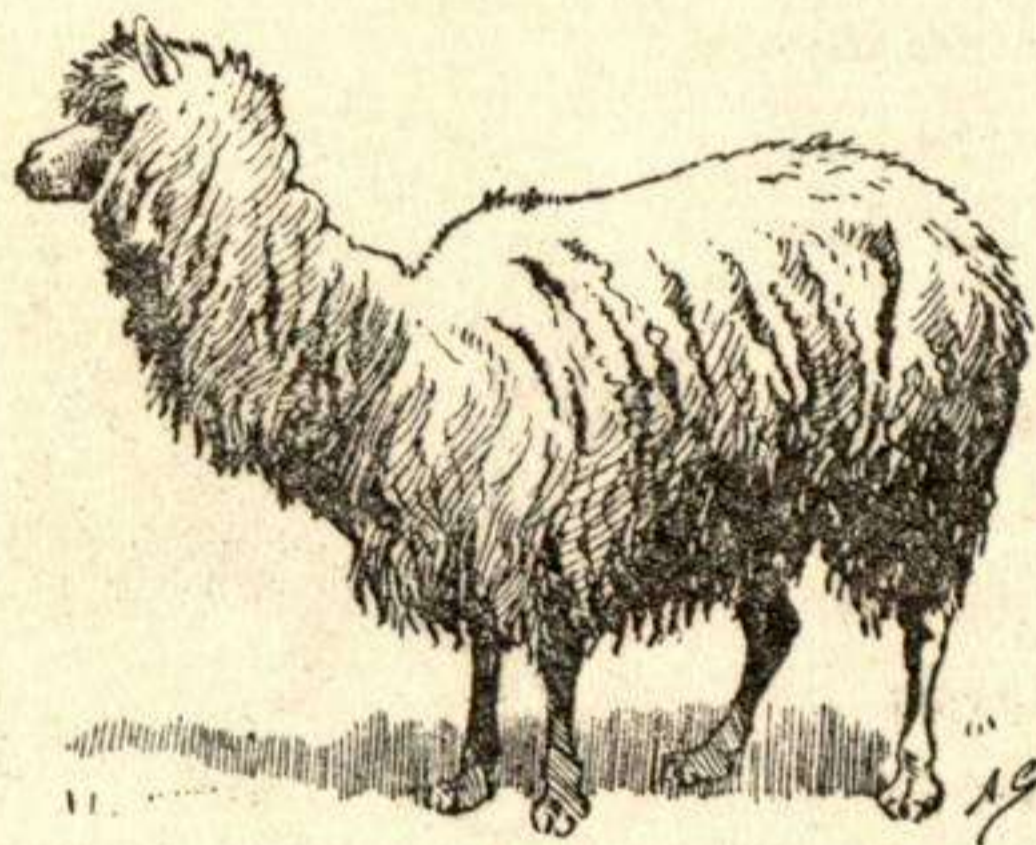


FIG. 35.—Alpaca.

Los rebaños de alpacas pasan casi toda su vida pastando en las mesetas de los Andes. Cerca de ellos pastan a veces otros animales del mismo género, pero mucho más bonitos y completamente salvajes, las vicuñas, que dan una lana mucho más delicada. Lo malo es que, como la vicuña no ha sido domesticada, para obtener su lana hay que matarla. Simón Bolívar, el famoso caudillo de la Independencia sudamericana, dió una ley por la cual se obligaba a todo el que cazase una vicuña a soltarla en cuanto la hubiese esquilado; pero la tal ley no indicaba cómo se podría coger una vicuña viva.

En los países donde se hace uso del camello también se emplea la lana de este animal para hacer tejidos. San Juan Bau-

tista, cuando andaba predicando por el desierto, vestía un traje de lana de camello. En Europa, esta lana resulta bastante cara, lo que se explica teniendo presente que, a pesar de su tamaño, el camello da poca lana, pues solamente la tiene en la jiba y en el cuello. De ahí que el pelo de camello no sea objeto de una industria especial, como ocurre con el de oveja o el de alpaca.

VIII

LOS HUÉSPEDES DEL CORRAL

EL hombre no se ha contentado con domesticar diferentes mamíferos, sino que ha reducido también a la esclavitud varias especies de aves, unas porque le proporcionan excelente carne y abundantes huevos, y otras por el simple placer de recrearse contemplando su belleza o escuchando su canto. Hay, pues, entre las aves domésticas especies útiles y especies de simple adorno. Las primeras se comprenden vulgarmente bajo el nombre de «aves de corral», por la costumbre de tenerlas en corrales o terrenos cerrados.

El ave de corral más común en todas partes, y, sin disputa, la más útil, es la gallina. Con relación a su utilidad es, además, el más económico de los animales domésticos, y de ahí su popularidad. No se concibe una casa de campo ni la vivienda de un campesino, por pobre que sea, en que no haya gallinas; lo mismo se encuentran en el corral a la moderna de la finca rústica del más encopetado lord inglés, que en la mísera casuca del traperero, y hasta en la jaima del moro y en la choza del negro salvaje de la Guinea.

Los huevos son el principal producto de la gallina, porque los da casi constantemente y forman uno de los más importantes elementos de nuestra alimentación. Aunque no tan nutriti-

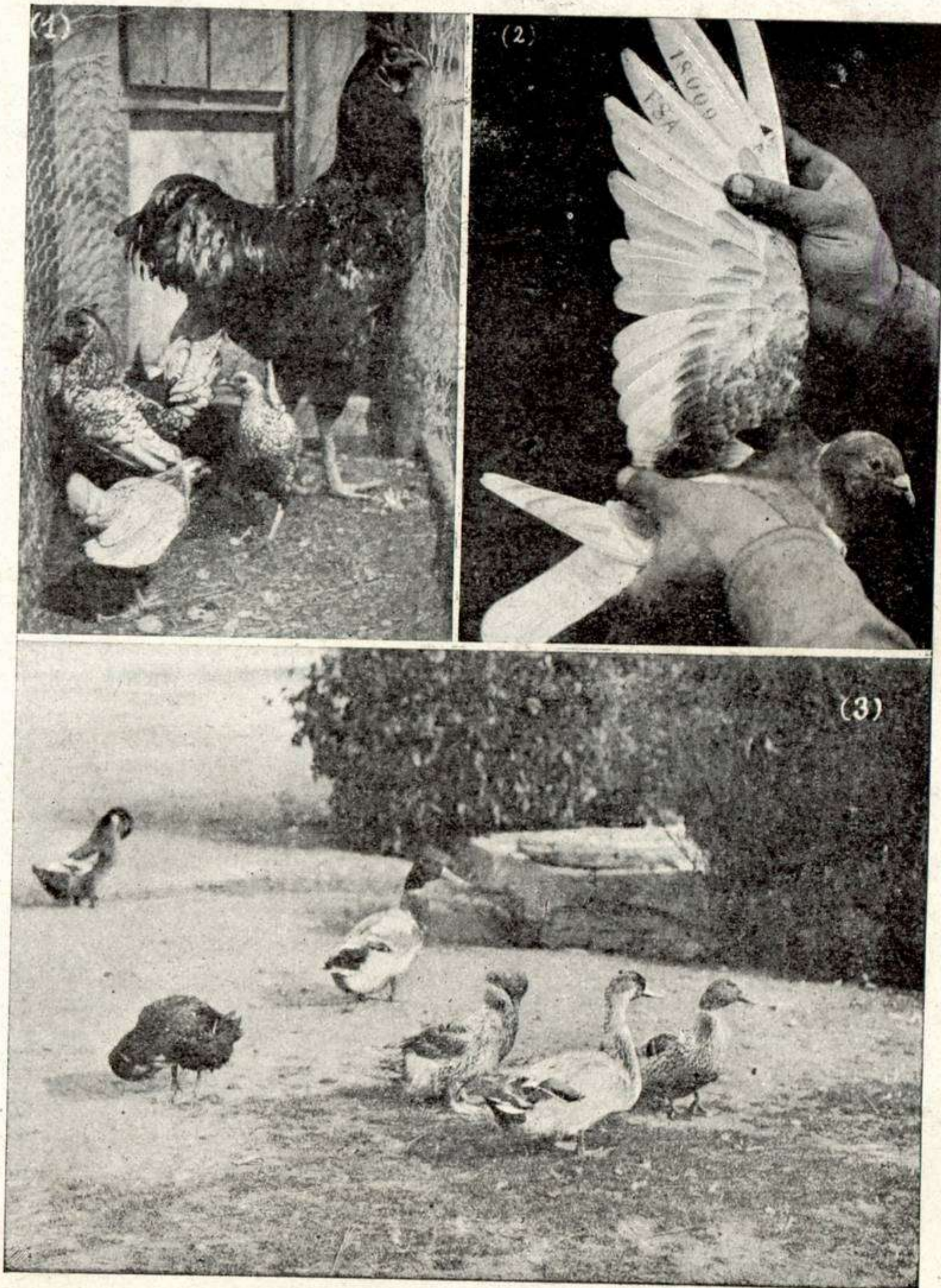
vos como la leche, son, como ésta, un alimento completo, sano y fácil de digerir, y se prestan, por añadidura, a una infinidad de combinaciones culinarias, como ya lo hizo notar el poeta Iriarte en aquella graciosa fábula que comienza:

«Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que ni sé cómo se llama
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas.»

Pero los huevos no sólo sirven para comerse. De su clara se obtiene la albúmina, que la industria emplea para clarificar los vinos, para refinar el azúcar y en tintorería, mientras las yemas se usan para curtir pieles y para cebar aves y terneras.

Precisamente la frecuencia con que ponen las gallinas debió ser lo que decidió al hombre a domesticarlas, con objeto de poder obtener los huevos fácilmente, sin necesidad de buscarlos por los campos. Su domesticación data de la más remota antigüedad, y seguramente comenzó en Asia; por lo menos, allí es donde vive todavía la especie en estado salvaje. Del mismo modo que el hombre ha conseguido obtener diversas razas de caballos, de perros o de ovejas, ha creado también numerosas razas de gallinas, procurando, ante todo, que fuesen buenas ponedoras. Algunas de estas razas llegan a poner doscientos cincuenta o trescientos huevos al año; pero lo corriente es que una buena gallina produzca de ciento veinte a ciento ochenta huevos anuales, y las de raza común nunca dan más de un centenar.

Desde luego, la gallina no pone los huevos para que nos los comamos, sino para la reproducción de la especie; pero no todos los huevos sirven para este fin; muchos carecen de embrión, no son fértiles, y esos solamente sirven para comérselos. Los huevos con embrión, los que dan pollitos, suelen ponerlos en la primavera, y cuando la gallina ha puesto de doce a veinte,



(1) Gallos y gallinas de razas diferentes.—(2) Palomas mensajeras del ejército.
(3) Patos domésticos.

se pone clueca, es decir, manifiesta su deseo de incubarlos echándose en los rincones, erizando las plumas y dejando oír un cloqueo especial. Entonces se le dan quince o veinte huevos, ya sean los suyos o los de otras gallinas, y se la deja que los empolle o incube para sacar la pollada. Naturalmente, estos huevos tienen que ser fértiles, es decir, tienen que estar frescos y tener dentro un embrión vivo, un futuro pollito. Esto se conoce mirando los huevos al trasluz, de noche, contra una luz muy fuerte, o mejor aún con ayuda de unos aparatos llamados *mirahuevos*. El huevo fértil tiene que tener dentro una mancha oscura con largas prolongaciones, como si fuese la sombra de una araña, que se mueve al menor movimiento que se comunique al huevo.

A los diez y nueve o veinte días de estar los huevos recibiendo el calor de la madre, el pollito pía dentro del cascarón, y al día siguiente rompe él mismo su encierro y sale al exterior, revelando desde el primer momento extraordinaria viveza y comiendo ya por sí solo.

La gallina clueca no puede criar más que un número limitado de pollos, y, por regla general, no los saca adelante todos. Hablando con las mujeres del campo, se las oye con frecuencia quejarse de que tal o cual gallina no ha sacado ni la mitad de la pollada. Para regularizar mejor la incubación, y, sobre todo, para poder obtener muchos pollos a la vez, se han ideado las máquinas llamadas *incubadoras*, basadas todas en el mismo principio: una cámara donde se colocan los hue-

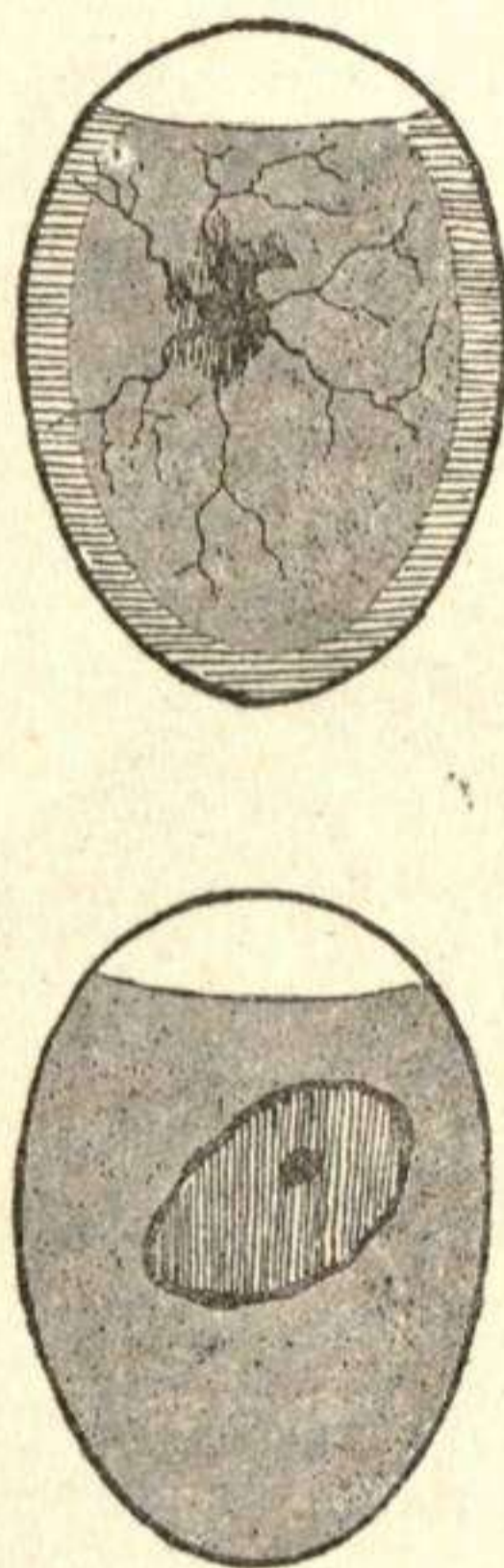


FIG. 36.—Huevos vistos al trasluz. El de arriba, fértil; el de abajo, inútil para sacar pollos.

vos, caldeada por medio del aire caliente, del agua caliente o de la electricidad.

Aunque la máquina incubadora no apareció hasta mediados del siglo XIX, la incubación artificial no es ningún invento moderno. Miles de años antes de la Era cristiana ya la practicaban los chinos, los persas y los egipcios, valiéndose de hornos que calentaban sólo a la temperatura conveniente. Todavía

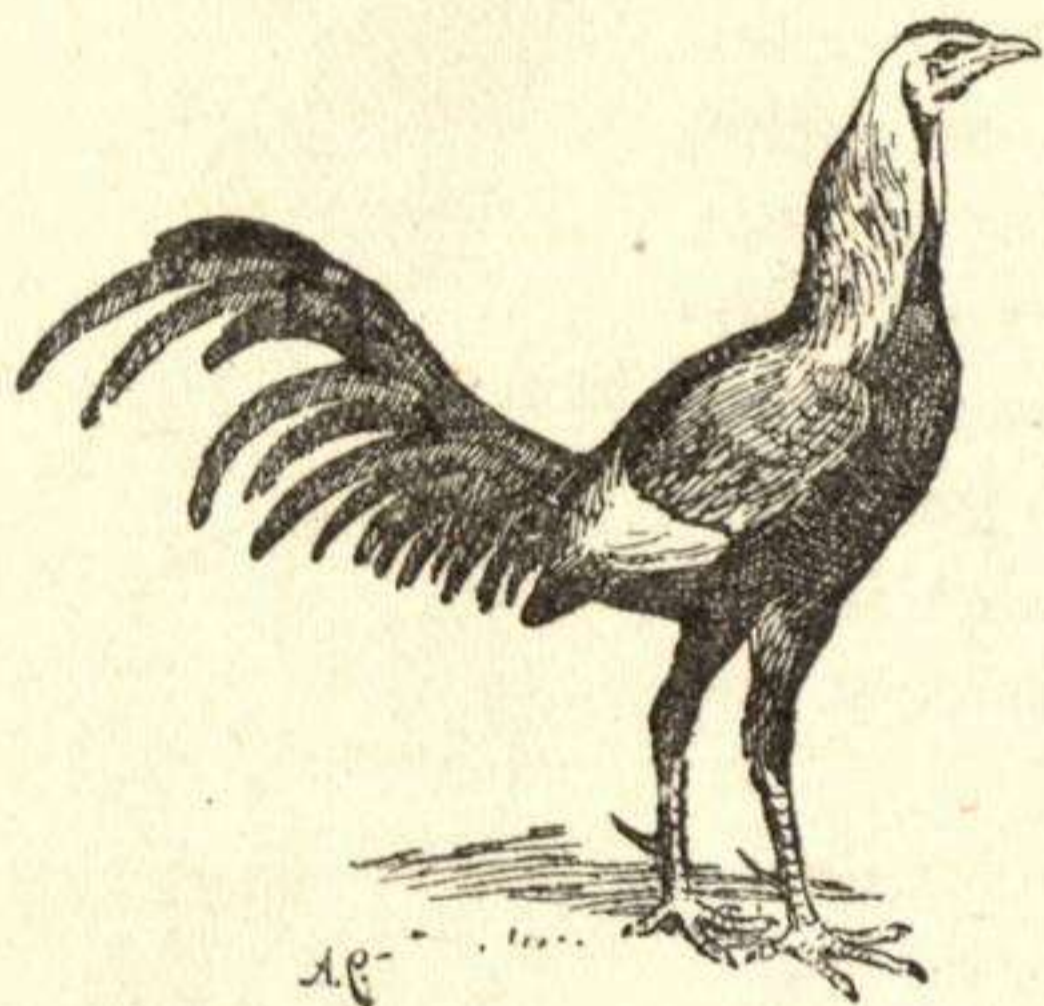


FIG. 37.—Gallo inglés de pelea.

hoy, en ciertas localidades de Egipto, hay gente que vive de la incubación artificial, que hacen en hornos caldeados por la acción del rescoldo del estiércol de camello. El sistema es muy imperfecto: ni siquiera se usa termómetro para medir la temperatura del horno, sino que ésta se aprecia metiendo dentro unas bolas de cera y viendo si están más o menos blandas; pero así y todo, en

Egipto se incuban cada año artificialmente unos catorce millones de huevos.

El pollo es el ave que con más frecuencia comemos los habitantes de las ciudades, por la sencilla razón de que, cuando se obtiene una pollada, la mayor parte de los machos se crían exclusivamente para matarlos. Las hembras, las gallinas, se reservan para que pongan huevos; pero los machos no pueden guardarse, porque en cuanto se hacen gallos, en cada corral no puede haber más que uno, que se considera el sultán de aquel numeroso serrallo y no tolera la presencia de ningún rival. Dos gallos en un mismo gallinero están peleándose constantemente,

hasta que al fin consigue uno de ellos matar al otro. Este instinto batallador ha sido aprovechado por personas de dudoso buen gusto y de sentimientos inhumanos para idear una diversión que nada tiene que envidiar, en cuanto a barbarie, a las corridas de toros: las peleas de gallos. Hay pueblos, como el filipino, que tienen estas riñas como su fiesta predilecta, y lo mismo les ocurría a los ingleses hasta fecha no muy lejana. Hasta hay razas especiales de gallos de pelea, como las hay en nuestro país de toros de lidia.

Las razas de gallinas que deben preferirse son las que, además de ser muy ponedoras, tienen la carne muy fina, como ocurre con la castellana, la andaluza, la catalana o del Prat, la «red cap» inglesa y la francesa de Houdan. Algunas, sin ser grandes ponedoras, son muy apreciadas por lo exquisito de su carne, como ocurre con la raza «orpington», oriunda de Inglaterra, en sus tres variedades, leonada, blanca y negra, y con la «langshank», de tamaño enorme y largas patas. Las gigantescas gallinas de Cochinchina, vulgarmente llamadas calzadas o patudas, son, en cambio, excelentes ponedoras, pero su carne vale poco.

Hay también razas que podríamos llamar de lujo o de capricho, y que se conservan únicamente por lo bonito o lo raro de su plumaje. En esta categoría entra la gallina holandesa, de negro plumaje, con una gran moña blanca; las razas enanas, llamadas «bantam», y la «fénix» japonesa, notable por la longitud que alcanzan las plumas de su cola. En los gallos de esta última raza las plumas caudales llegan a veces a tres metros.

Con las gallinas comparten la vida del corral otras aves útiles, entre las cuales ocupan lugar preferente las palomas. Zoológicamente consideradas, las palomas representan un grupo muy distinto de las gallinas, y basta fijarse un poco en sus costumbres para comprenderlo así. En un gallinero basta un gallo para una porción de gallinas; en el palomar, cada palomo tiene por

compañera una sola paloma. Las gallinas ponen constantemente, y sólo incuban una parte de los huevos que ponen. Las palomas ponen, a lo sumo, ocho o diez veces al año, dos huevos solamente cada vez, y los incuban siempre. Los pollitos, en fin, apenas salen del cascarón son unos animalitos vivarachos y alegres, que corren de un lado para otro buscando su comida, en tanto que los palominos nacen débiles, ciegos y frioleros, siendo preciso que les den de comer sus padres, y no abandonan el nido hasta pasados lo menos veinte días desde que salieron del cascarón.



FIG. 38.—Gallo japonés.

a comer solos. Por regla general, no vuelan hasta que han cumplido cuarenta días.

Dado este modo de criarse las palomas, comprenderá cual-

mas ponen, a lo sumo, ocho o diez veces al año, dos huevos solamente cada vez, y los incuban siempre. Los pollitos, en fin, apenas salen del cascarón son unos animalitos vivarachos y alegres, que corren de un lado para otro buscando su comida, en tanto que los palominos nacen débiles, ciegos y frioleros, siendo preciso que les den de comer sus padres, y no abandonan el nido hasta pasados lo menos veinte días desde que salieron del cascarón.

Durante los siete primeros días de su vida los palominos son alimentados con una especie de papilla que sus padres sacan del buche: a los doce o quince ya están cubiertos de pluma, y entonces los padres les embuchan continuamente grano entero, y a los veinte o veinticinco, fuera ya del nido, empiezan

quiera que con ellas no puede emplearse la incubadora, pues las crías necesitan desde el primer momento el cuidado de sus padres. De todos modos, la cría de estas bonitas aves, bien entendida, puede constituir una industria muy lucrativa, no sólo por ser los pichones muy apreciados en todas las mesas, sino además por la utilidad que la palomina o basura de las palomas tiene para abonar las tierras.

La última gran guerra, cuyas consecuencias aun no ha acabado de sufrir el mundo, dió ocasión para que una vez más se probase la utilidad de las palomas mensajeras, raza especial dotada de un instinto de orientación y una resistencia tan grandes, que siempre vuelven al palomar en que se criaron, aunque se las haya llevado a larga distancia. Llevadas estas palomas a un punto donde se esperen acontecimientos importantes, con un ejército de operaciones o con una expedición geográfica, pueden prestar grandes servicios llevando mensajes al punto de partida. Todos los lectores habrán visto alguna vez, en estampas o en grabados, la alegoría tradicional de la paloma con la cartita atada al cuello. En la realidad, las cosas son menos poéticas; la carta la lleva la paloma en un pequeño canutillo de metal atado a una pata o a una pluma de un ala.

Todas las razas de palomas conocidas, y hay casi tantas como de gallinas, proceden de una especie silvestre, la paloma zurita, que abunda bastante en nuestro país. El gran número y variedad de dichas razas parece demostrar que su domesticación debe datar de tiempos muy remotos. Se sabe con certeza, por lo menos, que los antiguos hebreos ya hacían uso de estas aves en sus sacrificios.

Hay, en cambio, un ave de corral muy popular en nuestro país, que sólo se conoce en Europa desde hace unos cuatro siglos, y es el pavo, el ave clásica de las comilonas de Navidad. El país natal del pavo es la América del Norte, y los pri-

meros que se vieron en España procedían de Méjico. El nombre de pavo que le damos pertenece en realidad al pavo real, que es un ave muy distinta, y así es como se encuentra dicho nombre en escritos anteriores al descubrimiento de América. Su verdadero nombre es, en Méjico, *guajolote*, y en la América Central, *guanajo*. Pero los españoles, cuando descubrimos aquellos países, encontramos los nombres indígenas demasiado raros y dimos a los animales que allí se criaban los que usábamos para las especies del viejo mundo. Así, al yaguar le llamamos tigre; al puma, león, y al guanajo le dimos el nombre de pavo, porque, como el pavo verdadero, tiene un plumaje brillante y hace la rueda abriendo la cola.

Hay que reconocer que los franceses son más exactos que nosotros al llamar a esta ave *dindon*, que se deriva de *d'Inde*, «de las Indias». En Valencia se le da también el nombre de *indiá*, es decir, indiano.

Aunque ave de corral, el pavo necesita libertad, y para que se críe bien hay que sacarlo a pastar al campo. Se les lleva en manadas, de las que puede cuidar un niño. Comen de todo, y una de las cosas que más les gustan son las larvas de las langostas y saltamontes. Una manada de pavos es el mejor procedimiento para tener un terreno libre de langosta.

Cuando en un corral se puede tener una charca o estanque, aunque sea de poca extensión, se recomienda poner en él algunos gansos y patos. No es que estas aves no puedan pasarse sin agua, como mucha gente cree, pero viven mejor teniéndola como aves nadadoras que son. Los gansos llamados de Tolosa sobre todo, son muy apreciados por la facilidad con que engordan. Su carne y su grasa son muy estimadas, y el hígado, que mediante un régimen especial puede llegar a pesar más de un kilo, se emplea para la confección del *foie-gras*, la conserva obligada en meriendas y excursiones. La piel del ganso también

tiene un valor comercial: se le deja el plumón que hay debajo de la pluma y se vende bajo el nombre de piel de cisne.

No todo el mundo sabe que unos cuantos gansos sirven mejor para la custodia de un corral que el mastín más vigilante. Avisan en cuanto llega una persona desconocida para ellos, y no hay miedo de que muerdan ni de que rabien.

La importancia del pato como ave doméstica no es menos grande que la del ganso; su carne es más fina, y su hígado más estimado. El pato silvestre ha dado origen a una porción de razas muy diferentes; algunas, como la de Ruán, han conservado el plumaje multicolor del ave libre, con su cabeza verde y su collarín blanco; pero la raza Aylesbury es blanca como la nieve, y la cayuga, negra como el carbón. En el pato moñudo se ha modificado hasta el cráneo, que presenta dos grandes aberturas bajo el sitio donde se implanta el moño que da nombre a la raza.



FIG. 39.—Ganso de Tolosa, el productor del foie gras.

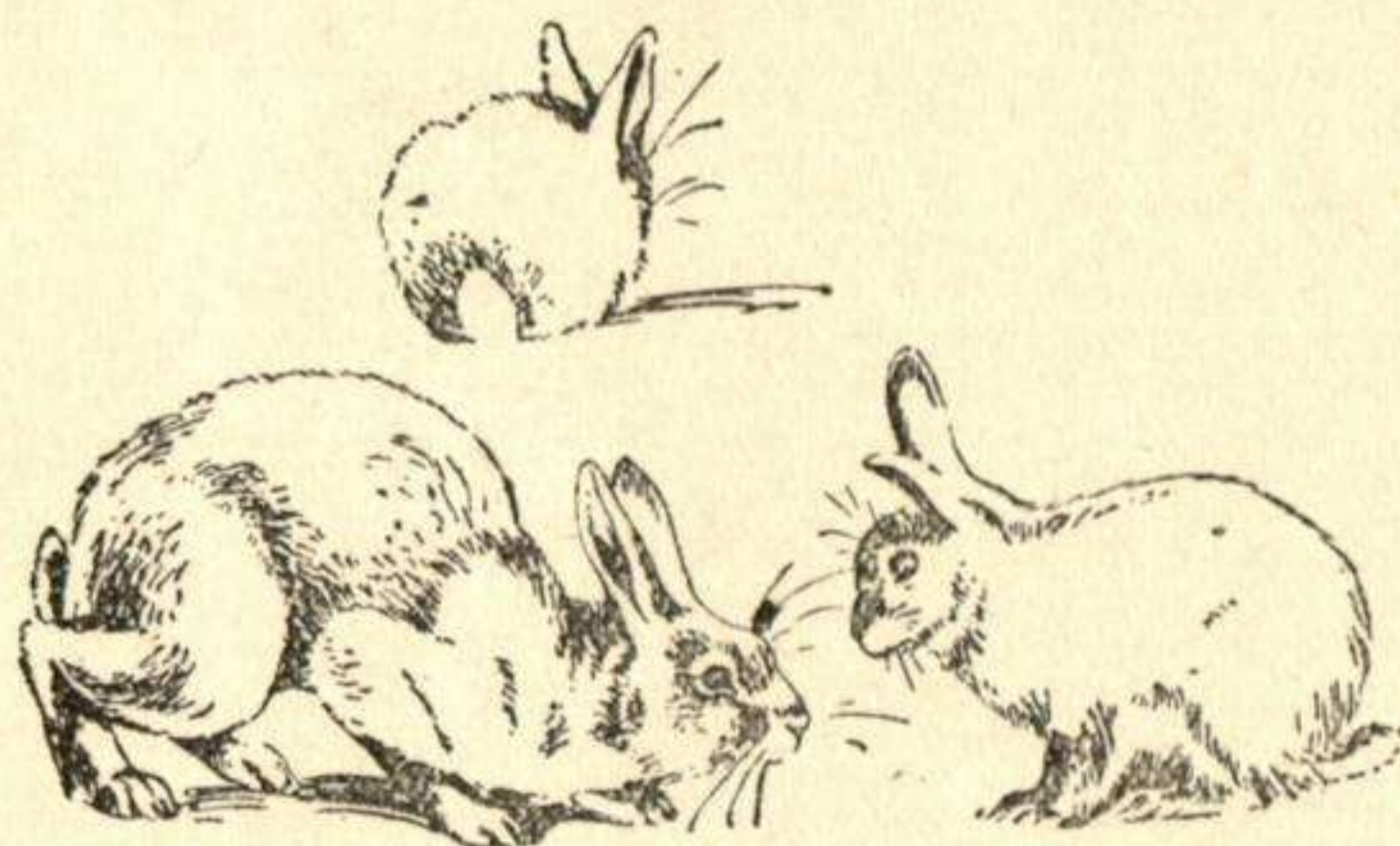


FIG. 40.—Conejos caseros.

Una de las cosas más curiosas del pato es que sus crías, aunque tan precoces como los pollitos de gallina, tardan mucho en tener plumas en las alas. Se expli-

ca esta particularidad teniendo en cuenta que el agua, más que el aire, es el verdadero elemento de estas aves.

No todos los huéspedes del corral son aves; junto a éstas se tiene en domesticidad un mamífero, el conejo, para aprovechar su carne y su piel. En realidad, apenas puede decirse que el conejo se haya domesticado; siempre es un animal esquivo y tímido, y aunque lo que más nos interesa en él es la carne, el hombre no ha conseguido todavía obtener una raza con carne superior a la del conejo de monte. Lo que sí se ha llegado a hacer es crear razas de mucha carne, como el conejo gigante de Flandes, que a veces pesa nueve kilos. Otras son apreciadas por su piel, como ocurre con los conejos holandeses, blancos y negros, o con los de Angora, de largo pelo blanco. Indudablemente, esta última raza es europea, como las demás, y su nombre se debe solamente al parecido de su pelaje con el de los gatos y cabras de Angora. Diríase que la idea de un pelo níveo y sedoso ha de ir forzosamente enlazada al nombre de aquella ciudad asiática.



IX

LAS AVES DE ADORNO

EL hombre no es tan materialista como generalmente se supone. No todos los animales domésticos los ha domesticado para sacar de ellos una utilidad práctica; algunas especies las ha asociado a su vida para recrearse admirando su belleza o escuchando su voz. Esto es lo que ha hecho con ciertas aves, aun de las llamadas de corral.

Es evidente que el pavo real no puede considerarse sino como un ave de adorno, por más que en la Edad Media se sirviese a veces en las mesas de los magnates su delicada carne. La especie es originaria de la India, donde vive en estado salvaje. Dícese que fué Alejandro Magno quien la trajo a Europa, y, desde luego, se sabe que en la antigua Roma la gente rica tenía a gala el criar estas aves en sus jardines.

La magnífica cola del pavo real no es tal cola; sus largas y bellísimas plumas no son otra cosa que las coberteras o cobijas, que en otras aves sólo cubren la base de la cola, y que en el macho de esta especie alcanzan una longitud extraordinaria. Cuando el ave hace la rueda, abriendo la cola en figura de abanico, las manchas en forma de ojos que hay en dichas plumas quedan dispuestas según un trazado perfectamente geométrico.

Los faisanes ocupan hoy en los corrales de adorno un puesto parecido al del pavo real, con el cual pueden competir, si no en tamaño, en la belleza de los colores. El faisán común, originario del Asia Menor, se cría más bien en los cotos como ave de caza; en domesticidad se prefiere tener las especies dorada y plateada, propias las dos de China. La primera tiene un elegante moño de color de ámbar, y el dorso amarillo brillante, mientras la segunda es de un blanco de nieve, con finas rayitas negras en todas las plumas y un moño negro. Son aves que prosperan muy bien teniéndolas en grandes pajareras, y para obtener buenas crías se pueden dar a incubar los huevos a gallinas cluecas de raza pequeña. Los pollitos, en las primeras semanas de su vida, se alimentan con huevos de hormiga; pero como no siempre es fácil procurárselos, se pueden sustituir con una pasta hecha de clara de huevo cocido.

Desde luego, estas aves pueden considerarse más bien como cautivas que como domésticas. Sus caracteres no se diferencian de los que ofrecen su estado silvestre, y el hombre no ha tratado de crear en ellas razas artificiales. Otro tanto puede decirse de los numerosos pájaros (jilgueros, pardillos, verderos, etc.) que con frecuencia se tienen en jaula; el único entre ellos que el hombre ha tratado como un verdadero animal doméstico es el canario.

Las islas Canarias son la patria de este pájaro, que les debe su nombre; pero los canarios silvestres que allí viven se parecen muy poco a los ejemplares domésticos que se venden en nuestras pajarerías. El ave silvestre tiene el plumaje mezclado de color de aceituna, negro y amarillo, muy parecido al del verdecillo de nuestro país, que en realidad es el representante europeo de aquella especie. El canario doméstico es una forma albina, casi podríamos decir «descolorida», y sus variadas notas exceden en sonoridad y en belleza a las del ave que vive en libertad.

Los canarios alemanes de la región del Harz son famosos por lo dulce de su canto; pero dejan de cantar antes que la raza de Norwich, que en este punto no reconoce rival. En la ciudad inglesa de este nombre hay tres o cuatro mil personas dedicadas exclusivamente a la cría de canarios. Un buen macho de esta raza se paga muy caro, hasta cincuenta pesetas o más, y hasta se cita el caso de un macho vendido en mil doscientas cincuenta pesetas para presentarlo en una exposición.

Los musulmanes son muy aficionados a los canarios; todo rico marroquí tiene constantemente en su casa varias jaulas con canarios, de los cuales hay siempre cantando algunos. El sultán Abdul Amid, de Turquía, tenía hecho un contrato con un pajarero de Norwich para que le suministrase constantemente canarios para su palacio. El importe de un solo envío ascendió a siete mil quinientas pesetas.

Aunque el color típico del canario doméstico es amarillo puede variar enormemente dentro del



FIG. 41.—Faisán dorado.

matiz general, desde el marillo pálido hasta el naranja intenso; este último producido dando al ave una comida especial, compuesta en gran parte de pimentón, que tiene la propiedad de colorear de rojo las plumas.

A muchas personas les agrada tener en domesticidad loros o cotorras, tanto por la belleza de su pluma cuanto por la facilidad con que imitan la voz humana y toda clase de gritos y ruidos. El mejor hablador de todos es el loro gris, que vive en la Guinea española y otros puntos del Africa occidental. Su plumaje tiene poco de particular, siendo gris con la cola roja; pero no hay otra especie que imite como él los silbidos, los ladridos y las palabras. Su memoria para retener frases enteras es verdaderamente asombrosa. Por añadidura, es un ave muy sufrida para la vida en jaula, alcanzando algunas veces en cautividad sesenta años o más. Se cita el caso de uno que vivió cien años, después de perder por completo la memoria a los sesenta años y la vista a los noventa.

Entre los aficionados de nuestro país es más conocido el vulgar loro verde, de cara amarilla y frente azul, y también gozan de mucha estima las cacatúas, con su blanco plumaje y su cresta amarilla o roja, que levantan a la menor excitación. Las cacatúas proceden de Australia y del Archipiélago Malayo; no son grandes imitadoras del lenguaje humano, pero reproducen admirablemente los gritos de otras aves. Lo mismo puede decirse de los guacamayos, esos grandes loros de enorme pico y cola larguísima que vienen de América y que tienen la desagradable costumbre de prorrumpir a veces en gritos ensordecedores. Las dos especies de guacamayos que se suelen tener en cautividad, encaramados en una elevada percha para que no se estropeen la cola, son el ara o guacamayo rojo y el ararauna, de plumaje amarillo y azul.

También para los estanques hay un ave de adorno, cono-

cida desde remotísimos tiempos, cual es el cisne. En un jardín o un parque donde haya un estanque, una pareja de cisnes constituye un elegante y poético ornamento, tanto por la blancura inmaculada de su plumaje, como por la gracia de sus movimientos cuando nadan. El pato y el ganso nadan con habili-

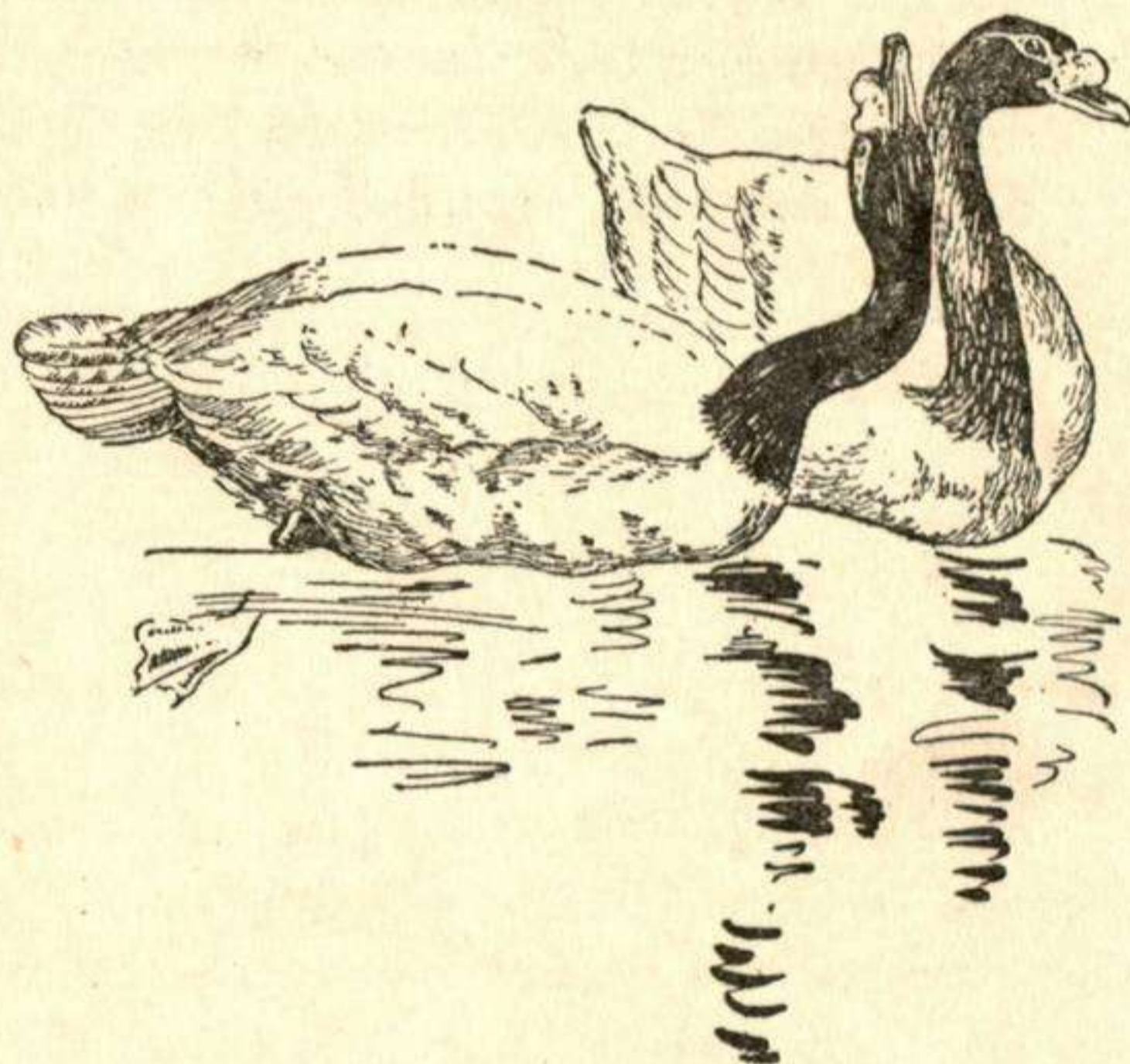


FIG. 42.—Cisnes de cuello negro.

dad sorprendente; el cisne une a la habilidad una elegancia que no tiene ninguna otra ave acuática, sobre todo cuando levantan a medias sus alas, que el viento hincha cual si fuesen las velas de un navío.

El lector conocerá, sin duda, el cuento de Cristian Andersen, titulado *El patito feo*, y por él sabrá que los cisnes pequeños no tienen parecido ninguno con sus padres; no por eso dejan, sin embargo, de ser unos seres bastante graciosos. Cuando están nadando y se cansan, encarámanse al dorso de

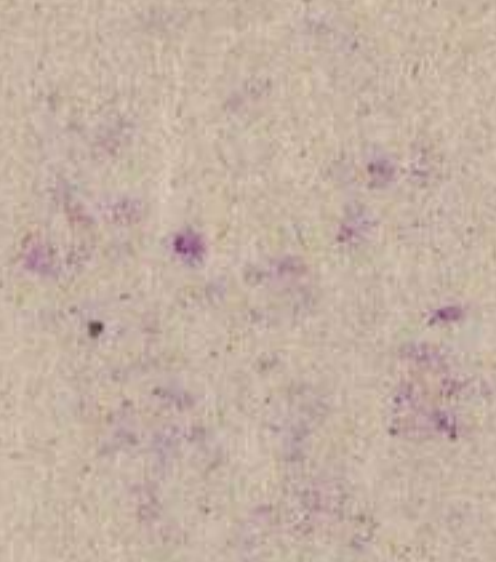
la madre, entre las entreabiertas alas, y se dejan llevar por el agua como si fuesen en un barco. La escena resulta más bonita, por el contraste de colores, cuando se trata de cisnes australianos, que son negros como el azabache, aunque con los pollitos amarillentos. La blancura proverbial del cisne no reza con esta especie, que hoy es ornato de muchos jardines, aclimatándose perfectamente en toda Europa. Menos conocido es el cisne de cuello negro de la América del Sur, en cuyo plumaje puede decirse con toda exactitud que los extremos se tocan.

[Handwritten signature]

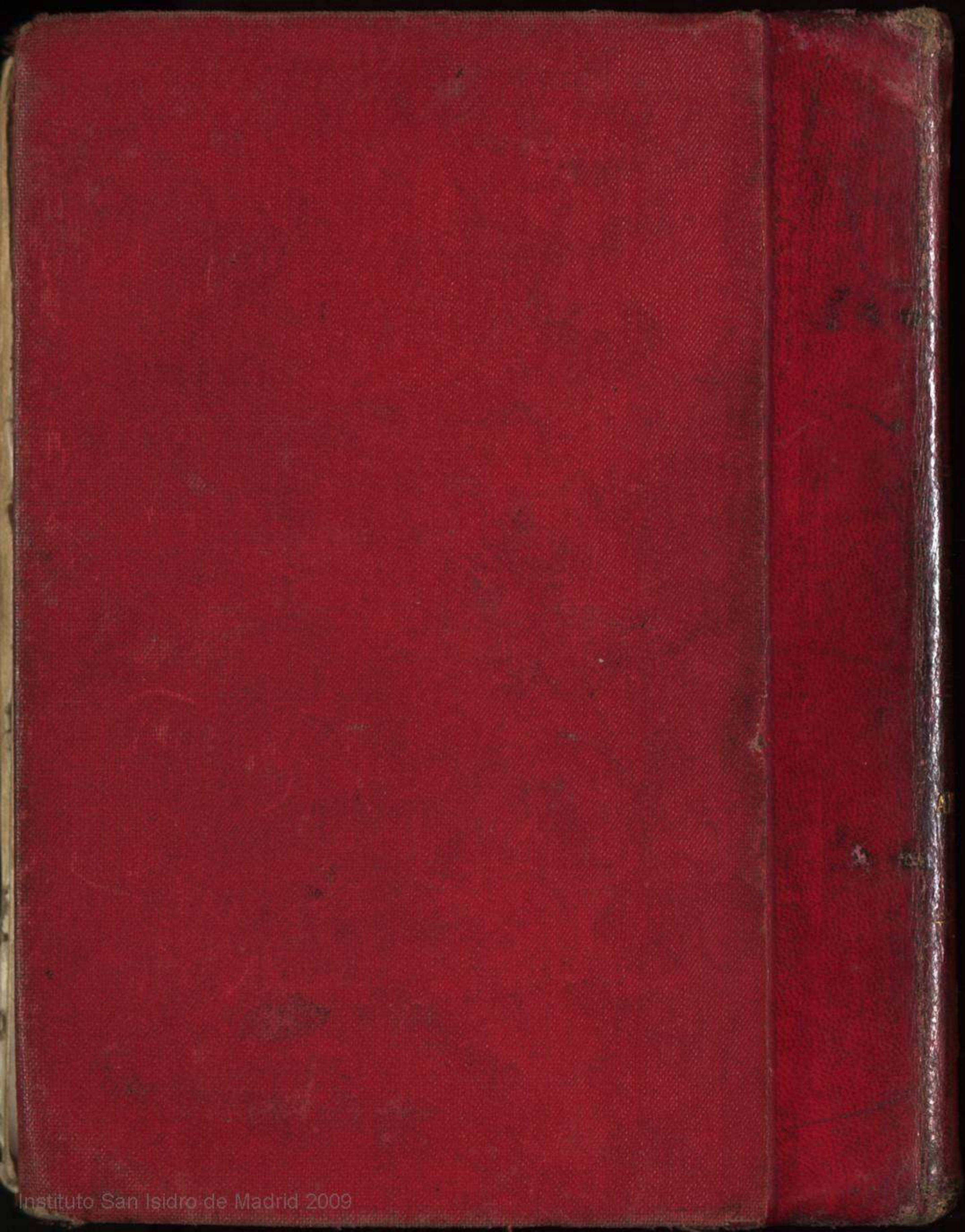
[Handwritten signature]



este libro es un
libro de
de un chico
de un chico







ANIMALES
FAMILIARES

EL MUNDO ALADO

ANIMALES SALVAJES

JA134



Instituto San Isidro de M...